

NO. 125-1934

# Estudios

mero extraordinario

1pta.

# ¡Ayude usted a ESTUDIOS comprando sus libros

La Biblioteca ESTUDIOS tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí mencionados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

## Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque o sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

Se envía el Catálogo General gratis a quien lo solicite.

PARA TODO PEDIDO DE LIBROS ES CONDICIÓN INDISPENSABLE EL PAGO POR ANTICIPADO.— Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

LAS SUSCRIPCIONES SE ABONARAN POR AÑOS ANTICIPADOS (12 NUMEROS, COMPRENDIDO EL EXTRAORDINARIO DE 1.º DE AÑO, 6'50 PESETAS PARA ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICA, Y 8 PESETAS PARA LOS DEMAS PAISES).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjense a: J. JUAN PASTOR. Apartado 158. — VALENCIA

## Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

### EDUCACION E HIGIENE CONOCIMIENTOS UTILES

En rústica En tela

	En rústica	En tela		En rústica	En tela
<b>El exceso de población y el problema sexual</b> , por G. Hardy. Obra importantísima sobre los medios más modernos y científicos para evitar el embarazo y sobre los procedimientos abortivos. Verdadera enciclopedia sexual. Ilustrada con 66 grabados en negro y cinco láminas a tricolor ... ..	10	12	<b>Sexualismo libertario (Amor libre)</b> , por E. Pagán ... ..	1	
<b>Enfermedades sexuales</b> , por el doctor Lázaro Sirlin. Segunda edición ... ..	1		<b>La educación sexual y la diferenciación sexual</b> , por el doctor Gregorio Marañón ... ..	0'50	
<b>Medios para evitar el embarazo</b> , por G. Hardy. Segunda edición ... ..	3'50	5	<b>Lo que debe saber toda joven</b> , por la doctora Mary Wood ... ..	1	2'50
<b>La mujer, el amor y el sexo</b> , por Jean Marestan ... ..	1		<b>Educación y crianza de los niños</b> , por Luis Klune ... ..	0'75	
<b>Educación sexual de los jóvenes</b> , por el doctor Mayoux. Segunda edición ... ..	2	3'50	<b>Camino de perfección</b> , por Carlos Brandt.	2	3
<b>Amor sin peligros</b> , por el Dr. W. Wastoché. Segunda edición ... ..	2	3'50	<b>La expresión del rostro</b> , por Luis Klune.		18
<b>Generación consciente</b> , por Frank Sutor.	1		<b>NOVELAS - SOCIOLOGIA - CRITICA</b>		
<b>Embriología</b> , por el Dr. Isaac Puente ... ..	3'50	5	<b>Gandhi, animador de la India</b> , por Higinio Noja Ruiz ... ..	1'50	3
<b>El veneno maldito</b> , por el Dr. F. Elosu ... ..	1		<b>Como el caballo de Atila</b> , por Higinio Noja Ruiz ... ..	5	6'50
<b>Eugénica</b> , por Luis Huerta ... ..	2		<b>La que supo vivir su amor</b> , por Higinio Noja Ruiz ... ..	4	5'50
<b>Libertad sexual de las mujeres</b> , por Julio R. Barcos. Cuarta edición ... ..	3	4'50	<b>Hacia una nueva organización social</b> , por Higinio Noja Ruiz ... ..	2	3'50
<b>El a b c de la puericultura moderna</b> , por el Dr. Marcel Prunier ... ..	1		<b>El botón de fuego</b> , por José López Montenegro ... ..	3	4'50
<b>El alcohol y el tabaco</b> , por León Tolstói.	1		<b>Un puente sobre el abismo</b> , por Higinio Noja Ruiz ... ..	2	3'50
<b>La maternidad consciente. Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza</b> , por Manuel Devaldés ... ..	2	3'50	<b>La muñeca</b> , por F. Caro Crespo ... ..	1'50	
<b>La educación sexual</b> , por Jean Marestan ... ..	3'50	5	<b>La desocupación y la maquinaria</b> , por J. A. Mac Donald. Segunda edición ... ..	1'50	3
			<b>La vida de un hombre innecesario (La policía secreta del zar)</b> , por Máximo Gorki.	2	3'50
			<b>El año 2000</b> , por Edward Bellamy ... ..	2	3'50
			<b>La conquista del pan</b> , por Kropotkín ... ..	1'50	3

# Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

— Enero  
Año XII 1934  
Núm. 125 —

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
APARTADO 158. — VALENCIA

## Actualidad

Dionysios

Poco más ha durado la segunda República española que la primera. Porque nadie dudará, supongo, de que la República se ha acabado. No porque los gobernantes republicanos hayan hecho mucho, como afirman los pobres hombres que hacen los periódicos, sino porque no han hecho nada. ¿Habrían resucitado todos los fantasmas del ayer si hubieran hecho algo?

A mí claro está, me era indiferente que hicieran mucho o poco. Sabía, como sabe todo el que no tiene nublado el entendimiento, que sus actos, aun habiendo sido muchos, nada fundamental habrían resuelto. Pero si hubieran hecho todo eso de que se les acusa, la República no se habría acabado, antes bien se habría afirmado; por poco tiempo, desde luego, porque una República, ante los problemas actuales, es ya una cosa anacrónica; mas se habría afirmado.

En realidad, sólo han laborado sin tregua en una cosa: en crear nuevos medios represivos. Espléndido regalo para los fantasmas del ayer que han resucitado.

\*\*\*

Nadie colaboró como los socialistas a la creación de esos nuevos medios represivos. De aquí que sea injusta la campaña que hacen los fantasmas contra ellos. Reciben la dirección del país disponiendo de multitud de leyes ni siquiera imaginadas en el anterior régimen, de un aumento de la guardia civil y de un nuevo cuerpo de ataque: los guardias de Asalto. ¿Qué más querían? ¿Po-

dían hacer algo más los socialistas en favor de los fantasmas? ¿Es poco ese arsenal de armas para defenderse, entre otras cosas, de los propios socialistas si es preciso?

\*\*\*

Que no será preciso. A pesar de los revolucionarismos verbales del señor Largo Caballero. La cosa más cómica de cuantas hemos presenciado en la pasada campaña electoral. Todo lo burgués es detestable para el ex ministro del Trabajo..., desde que dejó de ser ministro. Si las masas socialistas se hubieran exaltado oyéndole (el señor Largo Caballero estaba seguro de que no se exaltarían: ¿iba a ser inútil la educación antirrevolucionaria que han recibido?) y se hubieran lanzado a la revuelta, lo primero con que habrían tropezado habría sido con los guardias de Asalto, creación, en primer lugar, de su propio partido.

Sí; la campaña que hacen los fantasmas contra los socialistas en injusta, una de las cosas más injustas que hemos visto. En realidad, sólo debían estarles agradecidos, profundamente agradecidos.

\*\*\*

He dicho aquí más de una vez que los señores de las Constituyentes no representaban la opinión del país. No se espere que aluda, en favor de mi aserto, al resultado de las elecciones. Estas no son una prueba de nada. En el fondo, las nuevas Cortes representan la opinión del país mucho menos que las an-

tiguas. Si éstas estaban a mil leguas de los problemas en que España se debate, las nuevas están a diez mil. ¿Es posible que haya alguien que lo dude? ¿A quién representan los fantasmas que parecían desaparecidos para siempre, y de cuya resurrección son responsables republicanos y socialistas, no por haber hecho esto o aquello, repito, sino por no haber hecho nada, aparte, repito también, de crear armas para sus sucesores, que el más lerdo veía, precisamente porque no hacían otra cosa, que habían de ser los que han sido? ¿A quién representan los infinitos analfabetos de todos los partidos que han sustituido, aunque en doble proporción, como ya dije aquí que sucedería, a los analfabetos que había en las Constituyentes? A nadie. Tampoco representarían a nadie otros hombres que no fueran fantasmas ni analfabetos. Es ya tan vieja la comprobación del hecho, que no vale la pena insistir. Ni siquiera a los que saben por qué votan, una ínfima minoría, los representan los diputados. Pero cuando hay entre los elegidos algunos hombres inteligentes, éstos suelen decir, tal cual vez, algo valedero. Apenas relacionado con la política, claro está. Una frase certera, por ejemplo, que pinte acabadamente la vaciedad de un ministro: cosa siempre divertida. Ni esa diversión nos queda a los espectadores de la comedia con las actuales Cortes. Todo es gris en ellas.

\* \* \*

Afortunadamente durarán poco. Los fantasmas desenterrados volverán a ser enterrados. ¿Para dar paso a qué? A Gil Robles, un joven que parece un hombre de hace siglos, o a Largo Caballero, el hombre a quien le parece inconcebible que le hayan arrebatado el Ministerio. ¿No hay más solución? Sí; hay otra solución, a la que ya aludí en mis notas del número anterior. Hay la solución de que los que viven honestamente arren por la borda todo el lastre y den a la nave nuevo rumbo, tan distinto del que le daría Gil Robles como del que le daría Largo Caballero, ambos igualmente arcaicos.

\* \* \*

Escritas ya las notas anteriores han tenido lugar los hechos revolucionarios de los primeros días de diciembre, chispazos preliminares, sin duda, de la revolución que se hará en España más pronto o más tarde. Más bien pronto que tarde.

Cuando pase algún tiempo y no haya temor de que nada enturbie la mirada, será cosa de hablar con detenimiento de esos hechos. Por el momento, me contentaré con aludir a su más inmediato resultado, que es el siguiente: haber alejado, quién sabe por cuánto tiempo, la posibilidad de los dos fascismos que estaban a las puertas: el de izquierdas y el de derechas. El de izquierdas, o sea la dictadura de los socialistas, podía haberse establecido al día siguiente de estallar los sucesos. Habría bastado que los dirigentes socialistas hubiesen llevado a sus masas a la huelga para que el Poder hubiera pasado a sus manos. Que todo el revolucionarismo de los jefes socialistas era pura palabrería, nada lo hubiera demostrado mejor que lo ha demostrado esa abstención ni siquiera revolucionaria, sino simplemente huelguística. En cuanto a los fascistas de derechas, los hechos que comentamos les han demostrado que no es a los republicanos y socialistas a quienes tienen que vencer —vencimiento fácil, indudablemente—, sino que tendrían que habérselas con otras masas de españoles que no están dispuestos a que se dé ni un paso hacia atrás. Nada intentarán, pues, como no sea lo que ya han iniciado: la aceptación de lo estatuido para apoderarse cautamente de ello.

De ese resultado: el de haber alejado, de momento, la posibilidad del fascismo, se deriva este otro, verdaderamente paradójico: que los hechos revolucionarios han salvado, para los fantasmas que las pasadas elecciones han resucitado, la República. Bueno: lo que queda de República. El pago que los republicanos van a dar a los revolucionarios por haberles salvado la República, ya veremos cuál será, es decir, ya lo estamos viendo: un pago digno de ellos.

## El pensamiento

La experiencia afirma que se corre menos riesgo de equivocarse dirigiendo los ojos hacia adelante que dirigiéndolos hacia atrás, mirando lo que está demasiado arriba que lo que está demasiado abajo. Cuanto hemos obtenido hasta ahora, ha sido anunciado y en cierto modo llamado por aquellos a quienes se acusaba de mirar demasiado arriba. En la duda, es, pues, más juicioso decidirse por el extremo que supone la humanidad más perfecta, más noble y más generosa.—MAURICIO MAETERLINCK.

# Significación cultural y ética de la limitación de los nacimientos

Dr. Juan Lazarte

## X.—EL IMPERATIVO DE LA ANTICONCEPCION

María Carmichael Stopes, valiente mujer, campeona ilustre de la liberación del pueblo inglés, en su famoso libro sobre regulación de los nacimientos, que mereció el honor de ser traducido a diez idiomas, dedica un capítulo a las indicaciones, que más argumento científico encierran un llamado urgente y desesperado a la sensibilidad de los médicos, a la inteligencia de los legisladores y a la justicia de los revolucionarios.

«De lo dicho resulta —dice Stopes— que la mujer, la madre potencial, no tiene opción en el asunto de su embarazo y ha de confiar en el consejo del médico respecto al particular. Pero es discutible hasta cuándo quedará la mujer manteniendo en esta sumisión.

»Pocas personas imparciales y dotadas de compasivos y humanitarios sentimientos negarán el derecho que en casos como los siguientes asiste a la mujer para emplear el mejor contraceptivo conocido, pues fuera crueldad horrible permitir que en tales circunstancias quedará encinta.

»Caso C. 221.—Mujer de muy quebrantada salud, a quien los médicos le habían dicho que no le convenía quedar embarazada. Sin embargo, tuvo catorce gestaciones desde 1900 a 1921. Dió a luz nueve veces y sufrió nueve abortos. De los nueve hijos murieron cuatro, y después del último aborto estuvo nueve semanas en el hospital.

»Caso C. 886.—Edad de cuarenta años, pero que representaba mucho más y de muy mal aspecto. Aborrece la presencia de su marido que no la deja en paz. Ha estado diecisiete veces embarazada desde 1903 a 1922. En los tres primeros partos nacieron los hijos vivos, en los siguientes, uno murió a los pocos meses de nacido, dos nacieron muertos y hubo un aborto. En los restantes diez partos, sólo se bienlograron siete.

»Caso C. 456.—Mujer muy fecunda que tuvo cuatro hijos en cinco años. Decía su marido «que le bastaba mirarla para que quedase embarazada». En el primer parto fué preciso emplear el fórceps y la anestesia; en el tercero, la criatura sólo vivió un mes. Tomaba esta mujer sales todas las mañanas y quinina cada noche, diciendo que preferiría la muerte a tener más hijos.

»Caso C. 1.156.—Mujer sorda. Ha tenido once partos y sólo vive el hijo mayor. Diez partos fueron sietemesinos y las criaturas murieron al poco tiempo.

»Caso C. 1.167.—Quince partos desde 1900. Ocho

hijos vivieron. Tres murieron imbéciles a los dos años. Tres abortos.

»Caso 466.—Siete embarazos. El primer hijo nació a los cinco meses y medio y sólo vivió tres horas. Tuvo dos abortos provocados por tomar sales, uno, y cápsulas francesas, el otro.

»Caso C. 366.—Estuvo algunos meses en el hospital y el médico le previno que el embarazo podía serle fatal. Tiene manchas bronceadas en todo el cuerpo. Ocho partos. El primer hijo nació muerto. Otros seis murieron a los seis meses. En el último parto se desmayó varias veces, y el hijo nació patizambo y raquí-tico.

»Caso C. 627.—Se casó en 1919. En 1920 dió a luz un niño que murió a los siete días. En el mismo año volvió a quedar embarazada, la operaron de apendicitis y tuvo un aborto. En 1921 libró un niño que vivió siete horas, y en 1922, otro, que murió a las tres de nacido. Todos murieron de hemorragia por la nariz, boca.»

En la Asamblea de la Sala de la Reina, de Londres, la doctora Juana Hawthorne expuso un caso en que está indicado el conocimiento de los susodichos métodos.

«En el transcurso de doce años tuvo esta mujer nueve hijos de los que sólo viven dos... El mayor no aprendió a andar hasta los cinco años, y durante este tiempo le nacieron otros tres hijos. De modo que en cinco años tuvo cuatro pequeñuelos a quienes criar. El segundón estaba muy delicado y requería constantes cuidados; pero como la madre había de atender a todos, no pudo proporcionarle las comidas y solicitudes a propósito de robustecerle la salud. El tercer hijo nació sordomudo, y murió a los dos años y medio. El cuarto, era paralítico, y falleció a los dieciocho meses. El quinto y sexto fueron gemelos y sólo vivieron una hora. El séptimo nació muerto a los seis meses. El octavo tenía meningitis congénita y sólo vivió dieciocho meses. El último hijo, muy delicado, y fué el único sobreviviente.»

Oigamos cómo una madre relata «su propio caso» :

«Quisiera saber cómo evitar el tener más hijos, pues me parece que ya he cumplido mis deberes con la patria, por haberle dado trece hijos, nueve varones y cuatro hembras. Me viven seis niños y una niña que en mayo cumplirá tres años. Hace tres semanas se me murió una hija de tos ferina, y digo todo esto porque no puedo cuidar a mis pequeñuelos como quisiera... Como ni mi marido ni yo somos viejos, pues él cumplirá cuarenta años en julio próximo y yo cumplí treinta y nueve el 19 de febrero pasado, temo tener más hijos. Nos casa-

mos hace veinte años y puede usted ver por los hijos que he tenido que no me ha quedado mucho tiempo para divertirme. Ahora estoy muy enferma de varices y apenas me valgo.»

Casos como éstos no son excepciones. Los hay por cientos en todas partes. Los médicos prácticos han visto desfilar muchísimos y los parteros y ginecólogos no tienen más que consultar sus archivos para ofrecer al lector numerosísimos ejemplos en cualquier oportunidad. Trátase de una necesidad pública, de un aspecto impostergable, cuyos resultados no podrán ser más que beneficiosos para los interesados y para la colectividad.

## XI.—HERENCIA Y ENFERMEDADES

Existe en la mayoría de los médicos nuevos un consenso público y tácito de que los medios anticoncepcionales producirán beneficios en numerosas enfermedades incurables y en otras cuya importancia se proyecta a la especie. Por el estudio de las leyes mendelianas de la herencia, examinando un determinado carácter monogénico, dominante o recesivo, pero no heterostático, deducimos lo siguiente: Si se casa un individuo sano con uno enfermo, o todos los hijos son enfermos o solamente la mitad son enfermos. Si se casan dos enfermos sucederá que todos los hijos serán enfermos o que tres sean enfermos y uno sano. La herencia dominante se transmite de padres a hijos. «En tocante a caracteres recesivos sucede: 1.º, que si los padres son enfermos todos sus hijos lo serán también; 2.º, si uno de los padres está enfermo y el otro sano, entonces todos los hijos pueden ser sanos, o bien la mitad sanos y la mitad enfermos; 3.º, si se casan dos personas sanas de una familia en la que hay herencia recesiva puede suceder que todos los hijos sean sanos o que entre cuatro hijos tres sean sanos y uno enfermo.»

La herencia recesiva se transmite a menudo indirectamente, saltando a través de algunas generaciones. Los descendientes de una sola pareja pueden ser todos sanos o todos enfermos, lo que en este último caso quiere decir que la enfermedad era familiar. Por consiguiente, el matrimonio entre individuos pertenecientes a familias portadoras de algún carácter morboso recesivo puede dar lugar a que sus descendientes sean en totalidad o en parte enfermos. Esto explica la carga hereditaria colateral: hijos enfermos de padres aparentemente sanos» (1).

*La ceguera congénita.*—Karl Pearson, en sus trabajos biológicos y matemáticos, dice al respecto: «Una ciega tuvo dos hijos que también se quedaron ciegos a la edad de cuarenta años. De sus cinco nietos, sólo uno se libró. Los otros cuatro cegaron a los treinta años. De sus quince bisnietos, trece padecieron cataratas. De los cuarenta y seis tataranietos de que se tiene noticias, veinte tenían la vista débil a los siete años y algunos se quedaron ciegos. He aquí cuarenta individuos defectuosos en una sola estirpe que se iban multiplicando y que la Naturaleza, dejada en libertad, hubiera eliminado desde un principio.»

*La diabetes.*—El biólogo E. Baur ha calculado que si en un pueblo hubiera 10.000 diabéticos y éstos pudieran reproducirse como los normales, al cabo de unos cuantos años el número de los enfermos sería tanto, que casi toda la población sería diabética. Este fenómeno no es extraordinario, pues en ciudades grandes como la de Buenos Aires hay muchos más de la cifra indicada, y los médicos observadores han notado el inmenso des-

arrollo de esta enfermedad por la supresión de la selección espontánea y por la inconsciente reproducción e ignorancia absoluta de estas leyes por parte de los enfermos y de los medios anticonceptivos.

*Enfermedades de los riñones.*—Pels cita el caso que en tres generaciones de una misma familia encontró dieciocho casos de nefritis crónica, «siendo interesante que un miembro de su tercera generación, cuya madre padeciera nefritis aguda y cuya abuela y bisabuela materna habían muerto de uremia, enfermó, después de una varicela, de nefritis aguda, complicación como sabemos bastante rara en dicha enfermedad, lo cual indica su especial constitución renal. En algunas familias existe predisposición extraordinaria para la nefritis escarlatinosa. El que ciertas enfermedades hematógenas ataquen a la vez ambos riñones indican una inferioridad o receptividad especial».

Verdadera herencia de inferioridad orgánica. Inferioridad constitucional que se puede evitar.

*Sífilis.*—E. Fournier estudió en la primera década del siglo la sífilis hereditaria, llegando a estas conclusiones: De 116 matrimonios tarados, resultaron 177 abortos o muertos de corta edad y 192 vivos. De entre éstos había 31 sanos y 161 portadores de una tara. De estos 161 eran todos distróficos, pero 22 de ellos, además, presentaban caracteres y lesiones de sífilis virulenta y 6, lesiones sospechosas.

El doctor Hochsinger, de Viena, dice que sobre 516 nacimientos contó 253 abortos, nacidos muertos o muertos en los primeros días, y 55 muertos en la primera edad; es decir, en total 308 muertos y 208 supervivientes.

De los 208 supervivientes, 157 presentaron accidentes ulteriores. De los 516 nacimientos, 308 muertos hacen una proporción de 59 %, y sólo de 516 nacimientos, 51 niños sanos: es decir, el 10 % de niños que parecen sanos: 157, es decir, el 30 % quedan tarados de sífilis hereditaria.

En 1916, el doctor Jeaus, en 100 familias, anotó 331 embarazos. De estos 331 nacimientos de niños de padres sífilíticos, contó 131 abortos o nacidos muertos, 48 muertos en temprana edad; un total de 179 muertos.

El doctor Jeaus cuenta, pues, tan sólo 152 niños supervivientes, de los cuales 119 eran portadores de estigmas de su herencia, y de los que únicamente 33 le parecieron indemnes de toda sífilis. Proporción de 54 por 100. (*Sífilis*, tomo II, Fournier y Fernet.)

*La tuberculosis* de los padres da un 40 ó 45 % de niños tuberculosos; del 30 al 33 % cuando uno de los padres es enfermo; pero se sabe hasta el cansancio, que la gran mayoría de hijos de tuberculosos son débiles, raquíticos, campo propicio para todas las enfermedades y terreno de absoluta degeneración física cuando acompaña la miseria.

Así podríamos citar una cantidad numerosa de casos, pruebas estadísticas, experiencias en las siguientes otras enfermedades: ceguera, miopía, corea, epilepsia, demencia, ictericia hemolítica hereditaria, hemofilia, sordera, sordomudez hereditaria, cardiopatías, alcoholismo, lepra, deformación de la espina dorsal o de la pelvis...

En su mayoría, las enfermedades hereditarias que hemos nombrado (invadiendo un poco el campo de la eugenesia) no son más que consecuencia de la inferioridad orgánica hereditaria, a la cual se agregan causas sociales.

C. Zerny —notable especialista en niños— sostiene que la causa esencial de los trastornos nutritivos, que hacen más peligroso el primer año de la vida infantil, se halla representada por las anomalías de la constitución. «Es insignificante el número de niños de pecho

(1) *Herencia y Constitución*, J. Bauer.

que sucumben por efectos de simples transgresiones alimenticias.»

De 322 niños muertos en las clínicas universitarias de Goettinger, afirman Blüdnorn y Ohleman, que 163, la mitad casi, sucumbió a causa de insuficiencia constitucional. Lo mismo puede extenderse a la lactancia.

Lo principal no es discutir las distintas tendencias científicas, sino que se popularice el saber que la mortalidad infantil depende también de los padres, en pequeña o en gran parte, y que ellos pueden aminorarla por consejos o conocimientos, o aumentarla con el desconocimiento de lo elemental que una civilización hipócrita no quiere todavía revelar, por razones de clase o religión.

El hecho es que se casan en la más completa ignorancia del estado de salud.

«A causa de esto —expresa Lindsey— seguimos edificando más asilos de locos, más refugios para deficientes mentales, más hospitales para larvas humanas congénitas y más cárceles para arrojar criminales y demás incompetentes sociales. Se calcula que Norteamérica pierde anualmente, por lo menos, 16 millones de dólares a causa de la incompetencia social y económica de miles de deficientes mentales y delincuentes, muchos de los cuales no debieran haber venido al mundo; y estas masas inútiles siguen reproduciendo su especie sin limitación ni cortapisa alguna, al amparo de las leyes destinadas a evitar que practiquen la contracepción, conservándolos en una ignorancia todavía mayor de la que sus cortas luces le asignan» (1).

Hay dos casos ya famosos y sumamente claros de las relaciones entre degeneración y herencia, de cuánto reporta a la colectividad el desconocimiento de los medios anticonceptivos, la facultad ilimitada que tienen los degenerados en su procreación y las consecuencias que paga por su ignorancia la sociedad.

Investigación de la familia «Juke»: «De un haragán vagabundo apodado «Juke», nacido en el campo de Nueva York, en 1720, cuyos hijos se casaron con cinco hermanas degeneradas, se han seguido las huellas de seis generaciones, compuestas de unas 1.200 personas, en todos los pueblos de haraganería, vicio, prostitución, indigencia, enfermedad, idiotismo, demencia y criminalidad. Del total de siete generaciones, 300 individuos murieron en la infancia; 310 fueron mendigos profesionales; 2.300 fueron recogidos en hospicios de ancianos; 440 fueron físicamente destruidos por su propia «disposición al vicio»; más de la mitad de las mujeres cayeron en la prostitución; 130 fueron criminales convictos; 60, ladrones; 7, asesinos; solamente 20 aprendieron un oficio, 10 de ellos mientras estaban en la prisión; y el total le costó al Estado alrededor de 1.250.000 pesos. Por el año 1915, el grupo había llegado a su novena generación y había ampliado grandemente su dañino record. El número de sus individuos llegaba a 2.820, la mitad de los cuales habían vivido. Hacia el año 1880, los «Jukes» habían perdido su hogar de origen y se habían dispersado por el país, pero el cambio de medio no había producido la menor modificación en sus naturalezas, y continuaban dando muestras de la misma imbecilidad, indolencia, libertinaje, etcétera, aun cuando no se les ponía trabas para asociarse con su mal nombre, de familia, y a pesar de estar rodeados de las mejores condiciones sociales. En esta época el gasto producido al Estado era de unos 2.500.000 dólares. Según observa el investigador, todo este mal se hubiera conjurado evitando la reproducción del primer «Jukes». El problema «Jukes» todavía existe y con cre-

ciente gravedad, pues en 1915, de unos 600 «Jukes» imbeciles y epilépticos, que aún vivían, sólo tres estaban bajo custodia.»

Investigaciones de la familia Kallikak, de New Jersey.

«Durante la Revolución, un tal Martín Kallikak, joven soldado de buena familia, sostenía relaciones ilícitas con una criada imbecil, de quien tuvo un hijo. Algunos años después, Martín se casó con una mujer de excelente familia, de quien tuvo varios hijos legítimos. Y he aquí lo sucedido: todos los hijos legítimos de Martín y de esta segunda mujer salieron buenos, creando una de las familias más distinguidas de New Jersey. En esta familia y en todas sus ramas colaterales no se encuentra nada que no sea la mejor representación ciudadana. Doctores, abogados, jueces, maestros, artistas, terratenientes; en resumen, ciudadanos respetables, hombres y mujeres distinguidos, cada uno en la fase de su vida social. Dispersados por los Estados Unidos, todos han resultado preeminentes en las respectivas comunidades donde han ido a parar... No ha habido entre ellos ningún imbecil, ningún hijo ilegítimo, ninguna mujer inmoral; solamente un hombre se perdió sexualmente. En punzante contraste con esta rama de la familia, se alza la descendencia de la muchacha imbecil. Aquí se ha seguido el rastro de 480 individuos, de los cuales 143 fueron francamente imbeciles; 36, ilegítimos; 33, de gran inmoralidad (la mayoría prostitutas); 24, epilépticos; 82, muertos en la infancia; 3, criminales; 8, al cuidado de casas de mala fama. He aquí dos líneas familiares, con el mismo antepasado paterno, viviendo en el mismo suelo, en el mismo ambiente y bajo la misma atmósfera general, y «la barra siniestra ha marcado todas las generaciones de una de ellas, mientras ha sido desconocida en absoluto la otra» (1).

Lo notable es que en una sociedad como la nuestra la cultura paraliza la selección natural que necesariamente debió formarse y protege un material biológico inferior.

Quienes debieran por sus luces y por su oficio ser factores de mejoramiento humano, resultan por sus ideas y creencias religiosas elementos que contribuyen a la degeneración humana.

¿Qué quieren los higienistas hacer con sus calditos y su asistencia social y demás terapéutica reformista y contemporizadora?

A cuadros como el que dan las enfermedades aludidas, a devastaciones formidables de la especie, no se puede contestar con la ignorancia o metiendo la cabeza bajo el ala, como hace el avestruz.

Quienes están muy bien cuando quedan conformes. Mas quienes sienten interés altamente humano por la salud del pueblo, encuentran toda una serie de factores que, aunque choquen con el ambiente y las costumbres, es bueno ponerlos en práctica; así estará moralmente justificada la aplicación o consjco de anticonceptivos en la serie de enfermedades susodichas. Hecho que evidentemente comenzará desde una época anterior a los veinticinco años en hombres y mujeres, y que debe ser posterior o sincrónico a una organización biológica y racional de las multitudes.

El médico no es un ente extraterráqueo ni sus funciones colectivas están sólo en relación con sus atributos fisiológicos. En primer término es un obrero social en cuya corporación está la salud del pueblo y en cuya alta mentalidad se depositan los destinos de la especie: la más alta función conocida apareada a la más grande responsabilidad.

(1) *Matrimonio de compañía*. Aguilar, Madrid.

(1) Popenoe and Johnson. *Applied Eugenics*. (No estamos de acuerdo en todo con los autores.)

# La vida de los parados narrada por ellos mismos

*El Instituto de Economía Social de Varsovia, en diciembre de 1931, publicó un llamamiento dirigido a los obreros en paro forzoso, invitándoles a «describir los esfuerzos que han de realizar para obtener un pedazo de pan y a pintar su situación actual». A pesar del corto plazo que se señalaba para la admisión de trabajos, el Instituto había recibido, en 15 de febrero de 1932, 774 respuestas, cifra que equivale a una respuesta por cada 400 parados inscritos en los registros de las Bolsas de Trabajo. El Instituto publicó un voluminoso tomo en el que estaban contenidas las 57 respuestas que se consideraron como más interesantes. La Revista Internacional del Trabajo publicó en su número de marzo de 1933, un informe de J. J. Rosner acerca de esta encuesta, que constituye un documento de primerísimo orden, no sólo en torno a los parados polacos, sino también acerca de la psicología de los sin trabajo de todos los países. Nos limitaremos, ahora, a reproducir, en este estudio, los párrafos más esenciales que contiene dicho informe del señor Rosner.*

En realidad, un análisis frío y científico de tales gritos de desesperación, de estas confesiones que casi siempre iluminan hechos dolorosos o pensamientos vergonzantes, parece algo desplazado. Así, nos limitaremos, en lo posible, a conceder la palabra a los propios parados, concretándonos a extraer de sus narraciones algunas ideas generales.

El tema de las explicaciones varía considerablemente: ora se trata de biografías que abarcan la vida entera, desde la más tierna infancia, ora son narraciones detalladas que se refieren sólo al período de paro forzoso. Unos cuentan sus esfuerzos para obtener pan y trabajo; otros pintan la miseria de su vida personal o familiar; los más, en fin, aun haciendo conservar a sus cuartillas el carácter biográfico, desenvuelven teorías económicas o políticas destinadas a resolver los problemas ante los cuales les ha situado el paro forzoso.

El instante más dramático de estas existen-

cias es el que se refiere a la pérdida del trabajo. Las escenas de despido quedan para siempre grabadas en la memoria del parado, y no hay casi ninguna narración que omita describirlas. Cuando, en lo por venir, se estudien las «neurosis del paro forzoso», como ahora se están estudiando las de la guerra, los indagadores habrán de interesarse forzosamente y de una manera especial en el análisis de este momento, que representa la gran catástrofe del sin trabajo: el despido. He ahí de qué manera uno de los afectados describe este acaecimiento:

«¡Bien! ¡Ya nos han despedido! Ahora hemos de preguntarnos: ¿después de tan penosa noticia, queda todo en el estado anterior? Francamente, hemos de confesar que no. Quien se interese por estudiar la psicología del obrero apercibirá, después de tal escena, un cuadro de miseria. Una vez oídas las palabras del director, parecía que todo acababa de cambiar: los hombres, las máquinas; el mundo entero era distinto.

»Los hombres caminaban sombríos, anegada la faz en una palidez mortal. Al cabo de un momento comenzaron a formar grupos y movían la cabeza con perplejidad. Las máquinas, como si quisieran sofocar con su ruido aquel horrendo y angustioso pensamiento, roncaban continuamente y más fuerte que de ordinario, sonando a hueco. Así comienzan dos interminables semanas de extenuante vegetación.»

Otra fase del drama se desarrolla en el hogar cuando el obrero comunica a los suyos la noticia de la pérdida del empleo. A partir de tal instante se inicia su nueva existencia. ¿De qué medios de subsistencia dispondrá de ahora en adelante?

El Instituto de Economía Social ha agrupado los informes contenidos a este respecto en las memorias aludidas, y ha llegado a las siguientes conclusiones:

La principal fuente de ingresos de una familia de parados parece ser las ocupaciones

temporeras que se encuentran al azar: recaudos, reparaciones domiciliarias, fabricación de toda clase de artículos para venderlos por las calles, etc. Las mujeres prefieren lo que vulgarmente se llama «hacer faenas», los trabajos domésticos, etc. En realidad, todo período de paro forzoso transcurre entre esta clase de ocupaciones.

En segundo lugar están las subvenciones de algunos Institutos, socorros muy difíciles de obtener; para percibirlos precísase toda la perseverancia que es capaz de reunir un hombre. Los trabajos recopilados a que nos referimos están repletos de descripciones referentes a las gestiones reiteradas y penosas que hay que hacer, tanto desde el punto de vista físico como moral.

En tercer lugar concurren a mitigar la miseria de los parados los auxilios de los familiares y de las personas caritativas. Existen casos en los que lo mismo los amigos que los vecinos invitan al despedido a comer o cenar. Pero los parados saben por dolorosa experiencia que la miseria extrema crea la aversión, incluso entre los más allegados. Procuran, pues, disimular su verdadera situación durante tanto tiempo como les es posible. Ya que, mientras la familia o los vecinos no están al corriente del verdadero estado del individuo, éste puede proporcionarse, de vez en cuando, el gustazo de hacer una comida o una cena opípara. Pero, tan pronto como la miseria no puede ocultarse, el orgullo o la dignidad impiden al parado explotar esta vena. Así, se agota rápidamente, y, a menudo, en el instante mismo en que comenzaba a hacerse indispensable.

La busca del auxilio de los parientes y amigos se trueca fácilmente en mendicidad. Más adelante nos ocuparemos de este asunto con mayor detenimiento al tratar de los parados mendicantes.

Una fuente de ingresos, también importante para los parados, aunque limitada y pasajera, es la venta o el empeño de los muebles, enseres y prendas de uso personal. La aplicación rigurosa de la ley económica, conocida bajo la denominación de «utilidad marginal», obliga al obrero a desprenderse de objetos que, a veces, le son muy queridos, pero que no son tan indispensables para la vida como los alimentos y la calefacción.

A base de los informes e indicaciones que contiene la memoria del Instituto citado, ésta colocó en último término los recursos que provienen de los préstamos y Seguros contra

el paro, al igual que los socorros de las organizaciones especialmente dedicadas al efecto, porque de entre 556 personas tan sólo 46, es decir, el 8 %, mencionan semejante auxilio. En efecto, gran número de obreros en paro forzoso no llenaron, a su debido tiempo, los requisitos indispensables para obtener los préstamos o el pago del Seguro y menos el socorro prescrito por la ley. De otro lado, tal auxilio tiene una duración limitada, en tanto que el paro se prolonga durante meses y aun años.

Además de estas distintas formas de proporcionarse ingresos, el presupuesto del parado recurre a dos sistemas de crédito: el que le proporciona el comerciante y lo que paulatinamente va adeudando al propietario. Pero también estos créditos son bastante limitados. El comerciante se entera muy pronto de que el cliente se halla sin trabajo y se niega a fiarle más. Las sumas que se debe por alquileres van acumulándose, y, al fin, el obrero es expulsado de su vivienda. Es así como se transforma en vagabundo y su familia se entrega a la mendicidad.

\* \* \*

Después de este rápido análisis del presupuesto del parado, volvamos a ocuparnos de su manera de vivir, según se desprende de lo que se cuenta en los datos biográficos que han dado origen a este resumen.

En la enorme mayoría de los casos, las primeras semanas de la vida de parado se caracterizan por una febril actividad en busca de trabajo. Los socorros del Seguro contra el paro forzoso, que el obrero percibe durante trece o dieciséis semanas, o las insignificantes economías que logró reunir, le permiten sostenerse a flote y no sumirse inmediatamente en la miseria. Por lo general conserva algún optimismo durante tan corto período. La experiencia de los despidos de otras veces, que iban seguidos de un nuevo contrato de trabajo, le incitan a buscar ocupación, primero, en aquella rama de la actividad profesional en que se sabe fuerte; luego, en otras, y finalmente, en todas.

Veamos de qué manera uno de los más jóvenes participantes en este concurso traduce su estado de espíritu durante esa primera etapa.

«Mañana será otro día; un día en el que, acaso, encontraré trabajo. Cada día me agarro a este pensamiento como a una tabla de

salvación. A veces me asalta la idea de que es lo único que me une a la vida, de que esta misteriosa fe en el mañana me traerá, como una buena nueva, el trabajo. ¡El trabajo! Quiero trabajar. Esta voluntad laboriosa es lo único que poseo, y es tan absolutamente lo único, que me parece curiosísimo cuando me detengo a reflexionar acerca de ello. Me estoy paseando por sobre un abismo cubierto tan sólo de débiles y finas tarimas. Estas maderas son mi fe en el mañana. Y es que el mañana crea una ilusión de mejoramiento. Hoy me hallo sumido en la miseria; pero, ¿y mañana? Mañana puedo encontrar trabajo. ¿Cómo puedo? Mañana debo encontrar trabajo, he de poder comer según las exigencias de mi hambre. Y, asimismo, deben poderlo mi padre, mi madre y mis hermanos.

»Arrojo de mí el pensamiento de que llegará un día en que ya no podré saltar de la cama, salir a la calle y recorrer febrilmente las columnas de anuncios de los periódicos matutinos; que no podré descender a los barrios fabriles acechando escaparates y puertas en busca del anuncio: «Falta operario.»

»Si algo hay en mí que se mantenga joven es eso solamente.»

El mismo obrero describe a sus camaradas cuando deambulan por las calles.

«Un paso peculiar, un caminar sin fin, una mirada errante. Acuden temprano a los transparentes de los periódicos y a las listas de la Bolsa de Trabajo. Devoran con los ojos las columnas impresas con caracteres diminutos. Absorben las direcciones hasta que el cerebro las asimila... y corren ansiosos de llegar primero. Debèn correr. Les va en ello la existencia.»

Pero, a menudo, la búsqueda de un empleo —el más penoso de todos los trabajos puesto que es gratuito— no da resultado alguno.

Esta primera fase de una actividad febril va seguida, entonces, de un estado de pesimismo que, luego, se convierte en apatía. Paralelamente al agotamiento físico, que es la resultante de una falta de alimentación progresiva, se apodera del parado una depresión psíquica, porque comprueba la inutilidad de sus esfuerzos por hallar una ocupación duradera. A menudo, los obreros en paro forzoso experimentan una a modo de vergüenza por su situación; se consideran como seres de quienes nadie necesita. Su falta de trabajo les parece un signo evidente de inferioridad en este mundo, en el que el

trabajo es la única riqueza y el exclusivo medio de asegurarse un lugar honrado en la sociedad; se sienten, a veces, como el campesino del medievo debió sentirse ante los nobles.

«Los amigos de antes y los conocidos de otros tiempos —dice uno de los parados— no me demuestran el mismo afecto; me tienden la mano con indiferencia, no me ofrecen ya cigarrillos, y su mirada parece decirme: «No eres digno porque no trabajas.»

Hase hablado a menudo de la pereza voluntaria de los obreros que se sienten satisfechos de poder cobrar su pensión de parados sin trabajar. Los relatos de aquellos de entre los mismos que concurrieron al concurso, son una prueba fehaciente de la falsedad de tal alegato. Los obreros parados no acuden alegremente a cobrar esos auxilios o cualquier otro que les otorgue el Poder público. Y si lo aceptan, es porque se ven constreñidos a ello para no morir de hambre; pero al cobro de tales pensiones prefieren un trabajo cualquiera, por penoso y duro que sea.

Las narraciones de los parados, que permiten abarcar en lo vivo todo el proceso de degradación física y moral a que lanza el paro forzoso a la clase obrera, evocan, asimismo, todos los peligros que presentan una formidable masa de parados para las condiciones de trabajo de los propios obreros. Allí donde no hay Sindicatos fuertes y compactos, los obreros se hallan siempre dispuestos a aceptar trabajo en no importa qué condiciones. Casi siempre las huelgas que se declaran, fracasan. Uno de los parados describe una huelga de obreros a los cuales no se les pagaba con regularidad los jornales. Estos obreros se habían agrupado ante la puerta de la fábrica y no permitían la entrada a nadie. Al cabo de algunos días corrió el rumor de que algunos de ellos habían entrado al trabajo saltando por la tapia. Diéronse gritos con objeto de obligar a salir a los «esquiroles» e incluso se eligió una Comisión para invitarles a hacerlo. Pero otros protestan, temerosos de que los delegados aprovechen la ocasión para sumarse al trabajo. Entonces se acuerda que nadie entre. Pero pronto el grupo de huelguistas comienza a disminuir hasta que, pasadas unas horas, todos están ya frente a sus máquinas.

Y ¿qué decir de lo que acontece en el hogar? Temprano o tarde, todo parado cae en la más extrema miseria, ya sea por unos me-

ses, ya durante años. Poco a poco desaparecen los muebles y las habitaciones están vacías, sin luz por las noches, y los vestidos se transforman en harapos. Uno de los que han vivido esta situación describió una vivienda habitada por una familia de cuatro personas, dos de ellas niños menores...

«Viven todos de lo que gana el padre fabricando persianas de caña, que vende enseñada por las casas al mayor precio posible, pero a veces muy barato, porque lo esencial es vender. Durante la semana expende de quince a veinte piezas y viven de la ganancia que esto reporta. Su existencia es tan mísera, que apenas puede comprenderse cómo se sostienen en pie. Desayunan alrededor de las once de la mañana y como plato fuerte toman una sopa de pan de cebada con aceite o sebo y algunas patatas. El pan blanco lo prueban tan sólo una o dos veces por semana. La comida tiene lugar de cuatro a cinco de la tarde y se compone del mismo «menú». Esta es su vida de cada día y de todo el año. No hay fiestas para ellos, ni domingos, ni nada; y no puede haberlos, puesto que todos los días comen lo mismo.

»Son las seis de la tarde. La habitación en que vegetan está a oscuras; todos duermen. Pero no, no duermen; están acostados para ahorrar la luz, y, aunque nadie habla, todos se hallan despiertos. Cada uno de ellos tiene una preocupación; a cada uno le atormenta un sufrimiento, le devora un malestar..., pero no duermen, porque no pueden. Y llega la noche, silenciosa como la tumba, interminable como la eternidad. Y tampoco duermen, porque sopla el frío y les corroe el hambre.

»En un rincón del cuarto, un hombre permanece encorvado trabajando día y noche, aspira el aire enrarecido con el pecho hundido, y el sudor humedece, a pesar del frío, su frente. Es el padre de familia que trabaja, trabaja, para terminar cuanto antes todas las persianas y salir, para gritar de casa en casa: «¿Faltan persianas?»

»La habitación está helada porque no pueden encender fuego... Tan sólo algunos días hacen arder el carbón que el niño mayor recoge por las calles, del que cae de los carros de transporte o de los capazos del carbonero...»

He aquí otra escena del mismo tenor:

«Un día, mi madre nos coció las pocas patatas que quedaban con la piel y todo. De repente alguien llamó a la puerta. Abrió mi

madre y se nos presentó un mendigo que pedía limosna. Le enseñamos las patatas, explicándole que no nos quedaba más que aquello para comer. Y el mendigo se apiadó de nosotros..., sacó del zurrón todo el pan que llevaba, algunos terrones de azúcar y algún que otro pedazo de salchichón, lo dejó sobre la mesa y salió sin pronunciar palabra. Y mi madre lloró largamente, amargamente.»

No es, pues, extraño que, con semejante régimen, las fuerzas disminuyan rápidamente. Los hábitos se truecan en costumbres y los parados permanecen cada vez más en su casa. En invierno, cuando el frío aprieta de veras en la calle y en el interior del hogar, los parados y sus familias procuran dormir lo más posible y pasan la mayor parte del tiempo en la cama.

Inevitablemente, tal situación ejerce una nefasta influencia en la vida familiar. La convivencia de varias personas en una misma habitación en la que al poco tiempo empiezan a faltar los muebles y no hay dónde sentarse, dónde comer o dónde dormir; en donde cada vez hay menos comida a repartir y la atmósfera se va haciendo deprimente y desesperante, todo contribuye a desencadenar constantes altercados. «Donde hay miseria entra la discordia...» Este es un refrán acertado que inventó una muchacha en paro forzoso y que cita en su informe. Se acentúa la disolución de la familia y se abre el camino al vagabundaje y a la prostitución.

Las primeras víctimas del paro forzoso son los niños. Los niños de los parados, naturalmente. Tan importante tema forma un capítulo aparte en la descripción de la miseria de los sin trabajo. No hay relato alguno en el que no se pinte la desesperada y tenaz lucha de los padres para poder llevar pan a sus pequeños, los sacrificios que han de hacer para salvarlos. Véase a este respecto un cuadro por demás emocionante:

«No sólo los adultos, los que tenemos hijos y nos sentimos padres, cargados de deberes, no apreciamos ya más la belleza de la primavera, sino que también nuestros hijos se muestran indiferentes a la pulsación de la vida primaveral. Como hay mucho rencor y tristeza en la vida de nuestros hijos, nosotros, los padres, procuramos ocultar a su vista todo infortunio; queremos permitirles que sean niños; tratamos incluso de mostrarnos alegres para infundirles jovialidad. Pero es en vano. El niño que tiene hambre y frío adivina en nosotros esa alegría ficticia y no

la absorbe, porque jamás ha sido niño. Desde su más tierna edad ve lágrimas, preocupaciones y tormentos en el rostro de sus padres.

»El hijo del sin trabajo es un niño en apariencia tan sólo. Está pálido, enfermizo, esmirriado y esquelético. Bajo su cráneo escóndense no pocas experiencias tristes y dolorosas, mucho desespero, dolor y sufrimientos. Jamás está despreocupado ni alegre. Son niños por su aspecto externo, pero sus actos no son infantiles: son de anciano.

»Al comienzo de nuestra miseria, los niños lloraban cuando querían comer. Caminaban por la habitación gimiendo y empujándose, lo cual provocaba todavía más llanto y tribulación. Queriendo castigarles, la madre les golpeaba ciegamente, en medio de las tinieblas, porque, casi siempre, por la noche quedábamos sin luz. Pero cuando les oía llorar más fuerte, sollozaba ella también. Se sentaba sobre las baldosas y abrazaba a sus hijos que se apretujaban contra su pecho... y, entonces, durante largo tiempo, los cuatro derramaban copiosas y cálidas lágrimas.

»Luego cesaron de llorar. Y hanse puesto monótonos y silenciosos. Sus rostros están como esculpidos en mármol, con sus grandes ojos muy abiertos en una expresión continua de horror. Puede leerse mucha, mucha tristeza en la mirada de esos niños; desde hace mucho tiempo ninguna sonrisa ha desplegado esas caras, de las que ha desaparecido toda alegría, ahuyentada por el hambre y el paro forzoso.

»He aquí cómo son nuestros hijos, los hijos de los obreros sin trabajo.»

Pero hay, asimismo, descripciones de escenas brutales:

«Lo más difícil para una madre es la distribución de las patatas cocidas a los niños indisciplinados. Cada uno se cree lesionado en sus derechos y quiere reivindicarlos. Y no creáis que una querrela de niños sea cosa de risa. A menudo se convierte en una verdadera y seria batalla. En tales casos jamás la pelea se desarrolla a puñetazos, puesto que todos se sienten débiles y vacilantes como una sombra. Cogen cuchillos, tijeras, pedazos de hierro y los lanzan contra los demás con toda la fuerza de que son capaces. Y ¿por qué? Tan sólo por la posesión de unas patatas podridas.»

Esta vida miserable, caracterizada por los sufrimientos morales y la inactividad, por las humillaciones constantes, por el hambre y el frío, produce efectos dispares entre los para-

dos. Cada uno de ellos reacciona de manera distinta.

Recorriendo las narraciones autobiográficas contenidas en las *Memorias de los parados*, se distinguen dos tipos psicológicos esenciales entre los sin trabajo.

En primer lugar está el grupo, numéricamente el más importante, de personas que todavía no han perdido la esperanza de hallar un nuevo empleo y la fe en poder mejorar su situación social ante la crisis. Todas han reducido enormemente su nivel de vida y se sostienen merced a trabajos temporeros y a algunos auxilios externos: pensiones o auxilios en especie que les proporcionan las Instituciones de socorro a los parados. Entre esta categoría de individuos la mayoría son resignados, sobre todo cuando se trata de obreros ya entrados en años. Pero aquellos jóvenes que se hallan incluidos en tal división, proclaman casi siempre, más o menos abiertamente, su espíritu de rebelión contra el orden económico y social existente. Son, por lo general, individuos imbuídos de un espíritu socialista: su actitud frente a los problemas de la vida está siempre caracterizada por la reflexión y la crítica. Pero, prácticamente, no se salen del límite que se habían trazado en su vida anterior.

El segundo grupo lo componen los «desplazados». Después de realizar esfuerzos más o menos prolongados para conservar su rango social, decídense a abandonar el medio en que vivían; los varones se hacen vagabundos, mendigos, ladrones o bandidos; las mujeres se prostituyen.

Es natural que tales gentes no figuren entre los participantes al concurso. No obstante, los relatos de otros parados los mencionan.

No resulta factible trazar una línea divisoria neta entre estas dos categorías, ya que se ha comprobado existen fluctuaciones constantes entre ellas. Particularmente la mendicidad y el robo hállanse a menudo también entre las personas del primer grupo, y, otras veces, los «desplazados» se deciden a ejecutar un trabajo temporero.

Hemos dicho que las ideas críticas se manifiestan sobre todo en el grupo primero. Esos obreros sin trabajo sufren tanto por las privaciones como por las humillaciones constantes de que son víctimas. Los más débiles ven enemigos en las personas de quienes depende directamente su suerte: el patrono, el propietario del inmueble, el funcionario de la oficina de colocaciones o el de la de

socorros, etc. Pero aquellos de entre los mismos que poseen cierta cultura y han llegado a comprender la complejidad de la vida social, formulan críticas mucho más generales a base de su experiencia personal; hablan de la política del Estado, de los problemas políticos y económicos internacionales, de la distribución de las riquezas, del estado de espíritu de la clase obrera, etc.

No nos es posible, en tan corto espacio, citar todos los razonamientos, a veces ingeniosos y simplistas, algunas veces repetidos por haberlos oído a otras personas o en mítines obreros o por leerlos en periódicos, pero algunas veces también, reflexionados y lógicos. Nos limitaremos a dar uno o dos ejemplos:

«Con semejante régimen se justifica el bandidaje, ya que el crimen proviene de la organización social, no del carácter humano. Bajo ese régimen no vivimos en sociedad. Entonces, ¿a qué viene la sociedad? ¿Para que unos mueran de hambre y se sumerjan en la miseria, en tanto otros engordan en un exceso de riquezas? Para esto no necesito la sociedad. Puedo fallecer de hambre y revolcarme en la miseria lo mismo sin sociedad, puesto que ésta existe para que mutuamente nos facilitemos la vida y para evitar la explotación y la opresión. Bajo semejante régimen, los hijos de los obreros no pueden siquiera disfrutar de escuelas gratuitas. Bajo el régimen capitalista, la humanidad se empobrece, no sólo material sino también moralmente. Acá y allá campea una completa degeneración. El régimen capitalista ha fracasado.

»¿Y luego?

»Mientras el régimen se considera necesario, se le sostiene; cuando ya no es necesario, se le tolera; pero cuando comienza a ser molesto, se le destruye.»

Al lado de esos rebeldes existen hombres a quienes la miseria física y los sufrimientos morales han destrozado. He aquí un ejemplo de éstos:

«La vida me ha hecho perezoso. A veces me entran ganas de arrojar el sombrero a los pies del mundo e implorar con humildad:

»¡Compradme! ¡Compradme! Quiero servirlos más fielmente que el tío Tom. Llevaré en mis espaldas las piedras para la construcción de vuestros palacios. Roturaré vuestros campos, pero permitidme dormir y vestirme. ¡Oh!, también puedo vivir desnudo, no importa; lo esencial es comer.»

Y añade:

«Entonces me abrasa la vergüenza... ¿La vergüenza? ¿Qué es la vergüenza? ¿Acaso un paria como yo puede sentir la vergüenza?»

Nada, pues, de extraño que no haya narración alguna que no contenga ideas macabras acerca del suicidio y aun de crímenes.

\* \* \*

Hemos procurado, por medio de breves extractos y en algunas frases sintéticas, evocar la impresión que se desprende de las *Memorias de los parados*. Es natural que dicha impresión sea triste y deprimente. El vagabundaje, la mendicidad y el robo; el asesinato y el suicidio: tales son los caminos hacia los que el paro impele a sus víctimas. A pesar de un sistema de Seguro contra el paro forzoso y de los grandes esfuerzos de la colectividad y el Estado, la vida de los parados hállase envuelta en una atmósfera de terrible miseria y de desesperación. Esas, miseria y desesperación, las hallaríamos, seguramente, en cada país afectado por el paro forzoso, y tal vez sería útil que en otras naciones, organismos semejantes al Instituto de Economía Social polaco, emprendiesen encuestas análogas.

No obstante, a pesar de tan deprimente atmósfera, a despecho de los trágicos relatos, la lectura del libro nos deja la impresión de que hay una enorme fuerza moral que detiene a esos hombres al borde del abismo. Cuanto más leemos nos damos mejor cuenta de que esta fuerza es un amor inmenso al trabajo, amor que aquí se transforma en apoteosis del trabajo perdido —y casi nos atreveríamos a decir del paraíso perdido—, tan profunda es esa adoración al trabajo. Tal es el *leit motiv* de todas las Memorias:

«Nada queda por decir; todo se ha hecho diminuto e insignificante, inútil. Tan sólo tiene valor lo que proporciona trabajo...

»Ya que, vive Dios, ¿qué puede desear y pedir un obrero, sino trabajo? ¿Y por qué no puede obtenerlo? ¿Por qué esas fuerzas sobrenaturales o la maldad y el odio humanos impiden que el obrero aproveche los beneficios del trabajo? ¿Por qué?...

»¡Oh! ¿Cuándo terminarán esos sufrimientos? ¿Cuándo dejaremos, por fin, de ser miserables, todos los que tenemos brazos fuertes y vigorosos para el trabajo, con lo cual podríamos vivir como hombres? ¿Cuándo oiremos de nuevo silbar las sirenas de las

*¡Amaos, pero no os multipliquéis!*

# Neomaltusianismo, maternidad consciente y esterilización

*Diógenes Iliutensis*

Un político español, profesor de Derecho penal por más señas, intentando destruir las tesis sustentadas por los neomaltusianos, afirmó, en cierta circunstancia, que la limitación de nacimientos es debida al miedo a la prole, es decir, que las prácticas neomaltusianas débense tan sólo a un concepto de tipo egoísta, elaborado a través de fines personales.

El aludido profesor examinaba, claro está, el problema desde el punto de vista estrictamente burgués y, a sabiendas, dejó de analizar y sopesar los motivos éticos —de una ética altísima e inmaculada— que aducimos los propagandistas del neomaltusianismo al preconizar la restricción de la natalidad. Para no ser prolijos enumeraremos someramente los principales enunciados que aconsejan, a

---

fábricas para anunciarnos que hay trabajo?  
¿Cuándo llegará esto, cuándo?

» ¡Oh, trabajo, trabajo! ¡Bendito trabajo!»

\*\*\*

No compartimos íntegramente la opinión que J. Rosner expresa en la conclusión de su artículo, innegablemente interesantísimo. El «amor al trabajo perdido», es decir, esta obsesión del trabajo que decora toda la vida de un hombre y al hombre mismo, nos parece una de las consecuencias lógicas del paro forzoso. Es la forma exasperada de la «abnegación de sí mismo».

todo individuo que posea la plena conciencia de su humanidad, la adopción de los métodos neomaltusianos, a saber:

La disminución de la natalidad contribuirá en gran medida a la solución de la crisis económica, atenuando el paro forzoso al eliminar la concurrencia obrera; hará desaparecer, paulatinamente, los conflictos armados. Al no sobrar brazos para las labores del agro y de la industria, éstos habrán de dedicarse a sus faenas y no será posible sostener ejércitos que, de otro lado, no podrían reclutarse, ya que al ascender el nivel de cultura popular como consecuencia de la limitación de la prole, las ideas humanitarias, pacifistas y libertarias se adueñarán de las conciencias. La práctica del neomaltusianismo procurará a los humanos la plena satisfacción de todas las necesidades físicas y morales, desapareciendo, por tanto, la miseria y el hambre que ahora reinan en el mundo entero como consecuencia de la superpoblación.

Pero todas estas ventajas —y otras que no citamos— del neomaltusianismo, son silenciadas por los partidarios de la intensificación de los nacimientos, quienes aseveran, por el contrario, que los métodos anticoncepcionales son peligrosos para la salud de los cónyuges. Así como el naufrago que se agarra a una tabla de salvación, recurren esos turiferarios del capitalismo al terreno científico y preconizan, en vez del neomaltusianismo, la «maternidad consciente», la «eugenesia» y la «esterilización de los anormales». Ahora bien; es evidente que no puede existir

## Estudios

maternidad consciente, es decir, voluntaria, sin la práctica más o menos declarada del neomaltusianismo, puesto que cualquier procedimiento que se emplee para evitar una concepción no deseada o para provocar un alumbramiento en el período que se preestableciera, ha de provenir de la higiene concepcional. Cualquier sistema a que se recurra para practicar la eugenesia e incluso la esterilización, ha de pedirse prestado al neomaltusianismo, cuyos propagadores, en su afán de poner a disposición de la humanidad medios eficientes de acción anticoncepcional, idearon multitud de medios preventivos.

No ha de valerles, por tanto, a los adversarios del neomaltusianismo, subterfugios ni argumentos falaciosos. Conocemos de sobra los recursos capciosamente dialécticos del mal llamado sistema sofístico, y a refutarlos claramente, sencillamente, para que nuestra exposición sea comprensible aun al no iniciado, dedicaremos, siempre que nos sea posible, parte de la labor que realizamos en estas columnas. Nuestras afirmaciones las verá corroboradas el lector en las breves notas informativas que contiene esta sección. Meditando acerca de ellas extraerán, todos, provechosas lecciones que les inducirán, más que nuestros consejos, a ingresar en los rangos neomaltusianos para bien de la humanidad doliente.

### Procreación y mortalidad en Iberia

Los doctos sermones de los lacayos del Estado, aconsejando al pueblo no recurra al neomaltusianismo y procee a mansalva, parece que todavía tienen virtualidad, pues el índice de nacimientos aumenta día a día, cual si las gentes no se percataran de que cada nuevo hijo que nace es una víctima más destinada a ser ofrecida en holocausto al Moloch moderno: la guerra. Además, como se verá a continuación, horroriza la intensidad de los óbitos infantiles, y, por poco que los padres piensan en la responsabilidad que contraen al engendrar seres que, luego, carecerán de viabilidad, creemos que no habrían de vacilar ni un instante en abstenerse de perpetuar la especie.

El aumento de la población en España es notable, pues mientras en 1914 nacieron 598.000 niños, en el año 1932 vieron la luz

692.500 infantes. Reducida esta cifra a coeficiente y habida cuenta de que la población actual de la península asciende a 23.656.300 habitantes, contra 18.618.000 que contaba en 1901, resulta que por cada mil habitantes hay un término medio de 18'34 nacimientos.

Ahora bien; de los 682.500 niños nacidos en el pasado año, 22.054 llegaron al mundo ya cadáveres, o sea, nacieron muertos. De los restantes 670.546, fallecieron, antes de llegar a los siete años, aproximadamente el siete por mil, y, antes de los veinte años, el diecisiete por mil. Teniendo presente que estos datos son «oficiales», y que, por tanto, no expresan *toda la verdad*, cabe preguntar: ¿Vale la pena de procrear sin ton ni son para que, luego, la muerte arrebate en flor esas vidas que no pidieron nacer? Y, además, ¿es justo que nazca una prole numerosa para que aquellos retoños humanos que escapen a la precoz siega de la Parca, hayan de morir en los campos de batalla defendiendo los privilegios de los bienhallados?

### Cómo progresa el neomaltusianismo

Una estadística recientemente publicada, refiere que en Europa, especialmente en los países nórdicos, la natalidad disminuye de una manera paulatina. La crisis económica, a no dudar, ha constituido una dura lección para los obreros, los cuales hanse dado cuenta, quizá un poco tarde, de cuál era el verdadero camino para combatir la miseria. Y se han decidido por la restricción de nacimientos.

Así, Francia, que en 1850 poseía una natalidad de 38'4 por mil, descendió, después de la guerra de 1870, al 25'04, y, en 1900, al 21. En 1912, la natalidad era de un 19 por mil, y, en 1932, se reducía al 17. En Alemania, donde la natalidad, a principios de siglo, era crecidísima —445 por mil— ha descendido, en seis lustros, al 16 por mil. Suiza tiene el 16'7 por mil de nacimientos; Noruega, también el 16'7; Inglaterra, el 15'8, y Suecia, el 14'8. España e Italia figuran en la estadística como países prolíficos —ya hemos visto que así es— al lado de los Balcanes. Bulgaria en 1921, tenía un 39 por mil de nacimientos, y, en 1932, los redujo al 29. La Ucrania soviética, en el mismo período, pasó del 42'7 al 30 por mil.

Pues bien; si de la estadística exceptuamos a Inglaterra —que tiene una natalidad reducida, pero una población enorme con respecto a lo limitado de su territorio— todas las naciones que presentan un tanto por mil de nacimientos inferior a 20 se resienten mucho menos de la crisis económica, y, por ende, del paro forzoso, que aquéllas que lo tienen superior. El caso de Alemania, como el de Inglaterra, no tiene base de discusión, pues en este país el descenso de natalidad se ha operado aproximadamente en cuatro lustros, de suerte que le agobia, todavía, el peso de la superpoblación que la ignorancia del pueblo y la política imperialista del kaiser le impusieron y que, ahora, el nefasto Hitler quiere reavivar. No obstante, si las clases laboriosas de todos los países persisten en esa actitud digna, es seguro que, a no tardar, la solución de los problemas que la humanidad tiene planteados habráse impuesto automáticamente.

### El dictador «dictado» o la tragedia de Mussolini

Es evidente que los italianos han hallado una manera, hasta cierto punto cómoda y nada peligrosa, de fastidiar al «Duce». Como quiera que en la vida cotidiana los sicarios de éste, en cuanto afecta a trabajo, intelectualidad, enseñanza, etc., cuidan constantemente

de tener sojuzgados a los ciudadanos, éstos han decidido burlar al dictador en la vida familiar. Así, el propio Mussolini, en el *Mes-sagero*, órgano oficial del fascismo, ha lanzado el angustioso grito de socorro ante la baja de natalidad en Italia, porque, sin duda alguna, sus «súbditos» ponen en práctica los medios neomaltusianos de una manera subrepticia. Las estadísticas demuestran que así es, pues los nacimientos, en marzo del corriente año, ascendían tan sólo a 89.500, contra 90.760 en el propio mes de 1931, y

103.500, en 1930. En el último trimestre de 1932, los nacimientos, en Italia, fueron de 273.357, con un descenso de 14.323, en comparación a los habidos en 1931, cuya cifra era de 287.680, con la particularidad de que, ya en esa fecha, la natalidad era inferior a 1930, en cuyo año vinieron al mundo 301.041 infantes. En totalidad, el año 1932, nacieron vivos tan sólo 992.049 niños, mientras que en 1930, la natalidad rebasó el millón. Reducidos estos números a porcentaje, resulta que en 1930, la natalidad tenía un coeficiente de 29 por mil, en tanto que en 1932 había descendido ya al 28 por mil. Es obvio, por tanto, que, a este paso, el «pobre Mussolini», viendo la ineficacia de sus recomendaciones superpoblistas, habrá de convencerse de que ya no dicta «ni ná». Y el neomaltusianismo habrá realizado un prodigio antidictatorial.



# Las celos

Luis Bonilla. G.

Es un estado afectivo innegable, como la tristeza, como la alegría, que presenta profundas raíces en lo inconsciente.

No falta quien pretende colocar esta clase de sentimientos en un lugar paralelo a la envidia; mas ¿no sería más verosímil considerarlo como una manifestación, como un estado *alotrópico* del egoísmo? Quizá tuviéramos que buscar la etiología de los celos siguiendo el camino que Alfredo Adler nos marca, cuando dice:

«La línea de la vida de un hombre permanece invariable.» Es decir, que el individuo guarda inconscientemente de su primera infancia experiencias fijadas de tal modo que invariablemente le obligan a seguir aquella línea que ellas mismas iniciaron. He aquí uno de los pilares que han de sustentar nuestro edificio. Y que nos ha de servir para ver con toda claridad el porqué no sólo las defraudaciones del niño pueden ser el origen del hombre celoso, sino también la influencia de la madre que atribuye Freud a este respecto y sus derivaciones hacia el homosexual.

El mismo Adler nos cita en su obra *Conocimiento del hombre*, un caso que demuestra con su realidad indiscutible lo enca-

minado de nuestras ideas: «Un hombre de treinta años, en perspectiva de casamiento, se presenta al médico quejándose de no tener ganas de trabajar y de vivir relatando su desconfianza acerca del futuro, pues tiene unos celos violentísimos que ponen en trance peligroso la proyectada unión. Los hechos que él cita no son convincentes, ya que a la muchacha ningún reproche puede hacerse. Y he aquí cómo recurriendo a las primeras impresiones de la infancia, el sujeto narra cómo hallábase con su madre y su hermano menor en el mercado, y en vista del gentío, le tomó su madre en brazos; pero al advertir su error le dejó de nuevo en el suelo y cogió al otro mientras él continuó andando cari- acontecido. Y ahora como un reflejo para el inesperado, no está seguro de ser el preferido y no puede soportar el pensamiento de que pudiera preferirse a otro.»

De manera es que si queremos investigar en la etiología de los celos, tendríamos que atenernos a la línea directriz de la vida. Esto en lo que respecta al caso característico del hombre celoso, pues no queremos decir con lo expuesto que los celos hayan de responder invariable-



blemente a estas causas, por lo cual expandremos la siguiente clasificación: *celos naturales, irracionales y de reflejo*.

Los celos *naturales* son aquéllos que podríamos decir lógicos, hermanos de un sentimiento egoísta; son aquéllos en que se verifican los dos procesos siguientes: La exteriorización de la tristeza, el abatimiento, la tortura, en fin, efectos del ser perdido o, como dice Freud: del *objeto erótico*, y la serie de sentimientos ofensivos y defensivos hacia el contrincante.

El segundo caso (*irracionales*) ya es algo más complicado y requiere un estudio psicoanalítico mucho mayor. Se presentan de múltiples formas y vienen caracterizados por la actitud de acecho, de desconfianza, de zozobra constante hacia un algo que parece preverse y no se acierta a distinguir, y en la que el más ínfimo argumento, por absurdo que parezca, adquiere en el sujeto proporciones gigantescas que envuelven los razonamientos más convincentes. Es el caso de que hablamos antes al referirnos a aquella experiencia de Adler. Esta especie de celos, verdaderamente, podríamos decir que hunden sus raíces en la vasta región de lo *subconsciente* y aun en algo más hermético: en lo *inconsciente*. La fantasía del sujeto se adentra en el campo del delirio. Y no sería de extrañar que, así como el primer caso de nuestra clasificación lo hermanábamos al egoísmo, éste lo pusiésemos en situación paralela y hermanada a la neurosis.

Y nos queda el tercer caso de nuestra clasificación: *celos de reflejo*, que también podríamos llamar de disculpa, ya que no son en realidad otra cosa. El sujeto pretende disculpar inconscientemente a su «yo» de ciertas infidelidades propias mediante estos celos hacia la persona engañada. Es una reacción que se realiza en el laboratorio psíquico y que podríamos llamar de retruécano, ya que estos celos no son sino el reflejo de sus propios sentimientos.

Ahora bien; enumerados ya los tres casos de celos: *naturales, irracionales y de reflejo*, falta recoger el cabo de un hilo que más arriba y al indicar la influencia de la madre citábamos al decir: *y sus derivaciones hacia lo homosexual*. ¿Qué pretendíamos aludir con esto? Sencillamente el caso en que los celos se presentan de una forma bisexual y a la que alude Freud en uno de sus formidables ensayos cuando dice al hablar de los celos: «Es también singular que muchas per-

sonas los experimentan de un modo bisexual, apareciendo como causa eficiente de su intensificación en el hombre, además del dolor por la pérdida de la mujer amada y el odio contra el rival masculino, la tristeza por la pérdida del hombre inconscientemente amado y el odio contra la mujer considerada como rival.»

¿La causa de esto que podríamos denominar aberración celosa? Sigamos la pauta hasta aquí trazada, partiendo siempre de la *línea invariable* de Adler, de la que hablamos anteriormente al exponer la importancia que las primeras experiencias e impresiones infantiles pueden suponer en el complejo psíquico del individuo y fácilmente comprenderemos cómo determinados hechos de la primera infancia, por ejemplo, la falta de autoridad del padre y el consiguiente acercamiento excesivo a la madre, el concepto de rivalidad con el padre respecto a la madre, y un sinnúmero de fenómenos y hechos que, por inverosímiles que parezcan, pueden ocasionar estados reversibles, convirtiéndose así lo que antes era objeto de odio en objeto de admiración, etc., y marcar una huella en el individuo, que al encontrarse en circunstancias propicias brotan con perceptible luminosidad.

Ahora bien: ¿Vamos a dejar a estos hombres indefensos en la lucha con su inconsciente? Harto difícil es hacer cambiar esa *línea invariable*, mas quizá la ciencia del conocimiento del hombre que tan bien supo enfocar Alfredo Adler nos vaya conduciendo poco a poco a la perfección de la humanidad.





Padre nuestro...  
" El pan nuestro de  
cada día, dános-  
le hoy y perdo-  
nanos nues-  
tras de-  
bidas..."

monlan

# EL DESNUDISMO EN LA VIDA Y EN

## EL ARTE POR EL

### Dr. GEORGES GOTARD

ABUNDANTES  
FOTOGRAFÍAS  
SOBRE PAPEL  
COUCHE

PORTADA CORRIDA Y CUATRO LÁMINAS A TODO COLOR.  
NUMEROSOS DIBUJOS DE LOS MÁS CÉLEBRES  
ARTISTAS DEL DESNUDO, INTERCALADOS  
EN EL TEXTO. UN ALARDE EDITORIAL.



P R E S E N T A C I Ó N P L Á S T I C A D E J O S É R E N A U

NO SE HABIA PRESENTADO HASTA AHORA EL DESNUDISMO DESDE EL PUNTO DE VISTA CIENTIFICO, HISTORICO Y ARTISTICO CON QUE LO HACE EN ESTA OBRA EL INSIGNE DOCTOR GOTARD, COLOCANDOLA EN EL PLANO DE ELEVADA CONSIDERACION MORAL QUE MERECE ESTA PRACTICA NATURISTA, TAN BENEFICIOSA PARA EL CUERPO COMO PARA EL ESPIRITU.

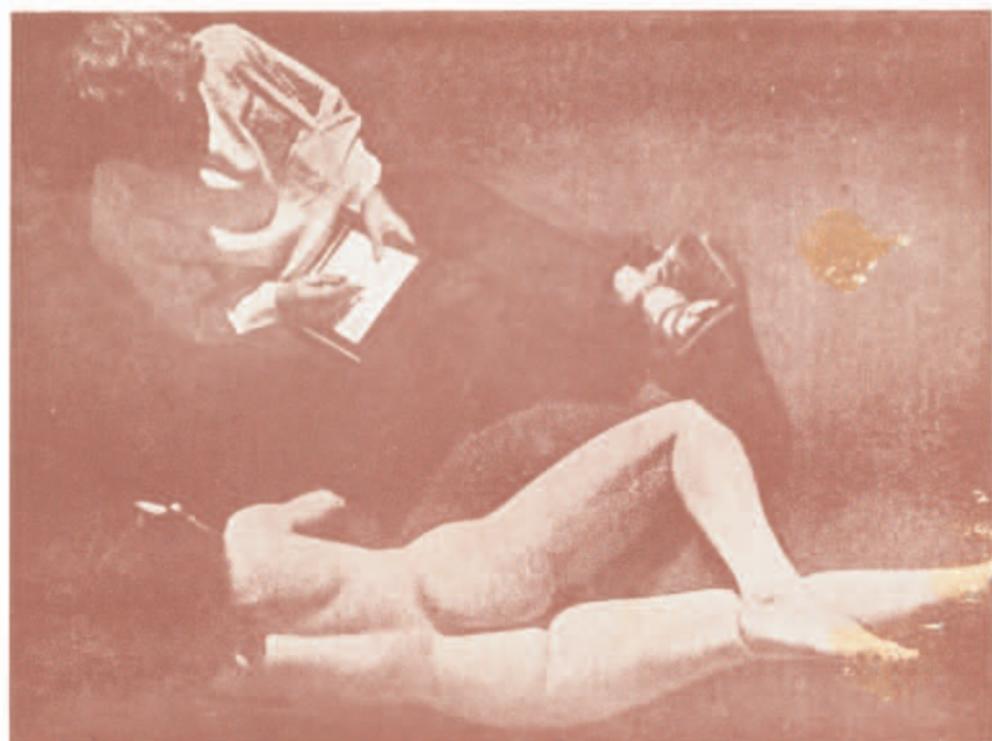
SE TRATA DE UNA MARAVILLA DE ARTE Y DE BUEN GUSTO QUE «ESTUDIOS» OFRECE A LAS PERSONAS DE CRITERIO ELEVADO Y DE MORAL LIMPIA.

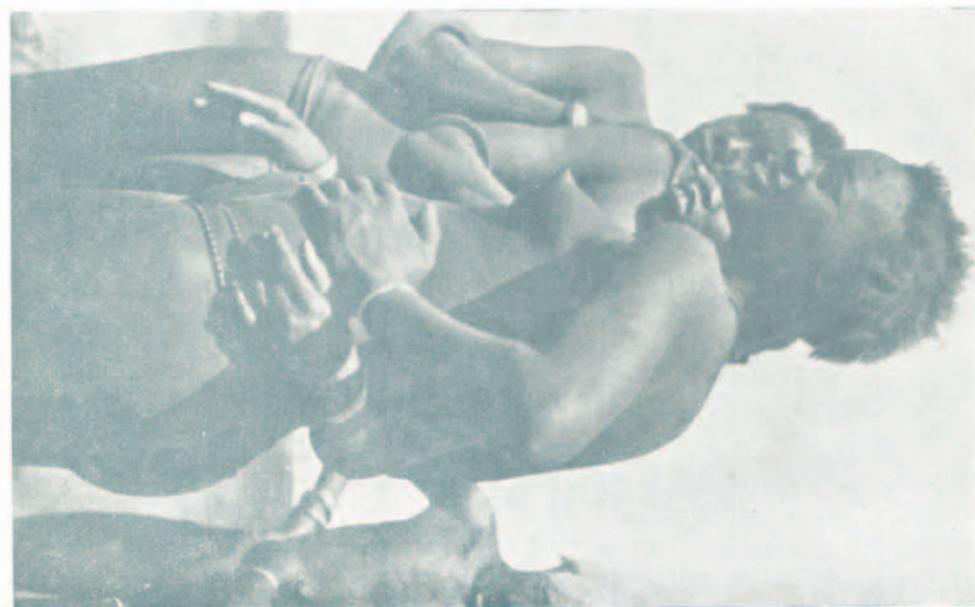
¡LA VIDA EN TODA SU HERMOSA PLENITUD, EN TODA SU AUGUSTA BELLEZA!

**ALGUNAS DE LAS FOTOGRAFÍAS  
DEL LIBRO DEL DR. G. GOTARD**









¡¡Atencion!!

Los diez mandamientos

Bajo este título nuestro dibujante Renau va a desarrollar una crítica implacable de la burguesía internacional. A partir de Enero "Estudios" va a publicar en cada número una gran lamina suelta a dos colores sobre uno de los diez mandamientos.

Estudios

PAGINAS NEGRAS

# CÓMO

El Capitalismo pretende solucionar la CRISIS



España



Bélgica



Australia



Inglaterra



E.E. U.U.

# El sistema Kuhne

Dr. Paul Cartón

Cuando se habla de naturismo con un inglés, un sudamericano, un español o un italiano, inmediatamente exclaman: «¡ Ah!, sí; el método Kneipp y el método Kuhne!» Para la mayoría de las gentes, imbuídas por el espíritu de propaganda alemana y tenidos en la ignorancia de la evolución naturista grecolatina y del esfuerzo de síntesis naturista francesa, el naturismo se presenta, en efecto, como un sistema de prácticas empíricas, donde la hipoterapia y un régimen a menudo extremista desempeñan el papel principal. A la gente inteligente y a los espíritus científicos, este naturismo rudimentario y mal construído no les inspira confianza. Por el contrario, gente sin conocimientos y ciertos cándidos llenos de buena voluntad se han adherido a este naturismo simplificado, sin duda porque les ofrece facilidades engañosas con un mínimo esfuerzo.

Hemos de exponer en qué consiste el sistema Kuhne e indicar cómo la celebridad de que goza este autor entre los naturistas del mundo entero es francamente usurpada y netamente nociva. Para esto es necesario hacer la crítica imparcial de sus dos obras y examinar los resultados que se han observado en los enfermos que siguieron su sistema.

Desde el primer capítulo de su libro *La nueva ciencia de curar*, Kuhne demuestra su espíritu primario y charlatán, con esa perfecta inconsciencia que esconde su inmensa mediocridad. Sobre el modo enfático, pretencioso, él entona su propio elogio, proclama sus *grandes verdades*, esparce su propia cura y no cesa de repetir: «mi» método, «mi» sistema, «mis» descubrimientos; «mi» diagnóstico, «mi» ciencia de la expresión del rostro, «mi» experiencia, «mi» práctica, «mis» aparatos, etc. Pero, ¿qué encubre aquel montón de alabanzas?

Esto:

1.º «...al fin haber encontrado —escribe—, después de largas reflexiones, un modo perfeccionado de baño de asiento» (podríamos decir que toda la terapéutica de Kuhne reside en este único modo de tratamiento: el baño de asiento con fricción que, en su espíritu de simplificación algo necia, él estima debe sustituir o reemplazar todas las prácticas hidroterápicas (envolturas, fricciones, lavativas, irrigaciones, etc.).

2.º Haber descubierto un procedimiento *infalible* de diagnóstico con «su» ciencia de la expresión del rostro. Y por *ciencia de la expresión del rostro no tiene en cuenta*, ni el estudio de los múltiples signos patológicos que se pueden extraer del examen de los ojos, de la lengua, ni de las características de temperamento inscritas en el rostro. Su ciencia se reduce sólo a una ob-

servación simplista de los diferentes hinchazones o abultamientos que, bajo formas anormales, se presentan en el cuello y en la cabeza.

3.º Haber descubierto dos reglas fundamentales que permiten afirmar el estado de salud (que son, además, tan falsas como pueriles). «Una buena digestión —dice— es el signo de buena salud. Si ella se efectúa cada día sin perturbaciones, el cuerpo está indudablemente en excelente estado.» Pero él ignoraba que hay personas dotadas de un estómago demasiado complaciente que les permite digerir las peores alimentaciones, y, no obstante, en éstas se encuentran las más graves enfermedades.

Luego anuncia este otro principio revelador de la enfermedad: «Toda persona que se vea obligada a servirse en el retrete de papel higiénico, *esta conquistada de la humanidad que sufre*, es enferma», pues, según él, las personas en perfecto estado de salud no tienen realmente necesidad de tal higienizante.

La forma en que el autor describe su propia curación dibuja al charlatán. Hablando de él, ha escrito:

«Mi estado empeoraba día tras día, hasta el punto de hacerme insoportable la vida. El cáncer hereditario me atacaba el estómago; los pulmones estaban en parte destruídos; los nervios de la cabeza se hallaban talmente atacados, que yo no encontraba más reposo que al aire libre. Por otra parte, puedo sinceramente decir hoy que, a pesar de aparecer en buen estado de salud, con buenos colores, no era sino un pobre enfermo; fué entonces cuando descubrí por medio de mis observaciones sobre la Naturaleza, las leyes sobre las cuales reposa el tratamiento que enseño hoy día.» ¡Qué prueba de charlatanismo la de este autor, que se describe como canceroso del estómago, con tuberculosis, con cavernas al mismo tiempo, y a pesar de esas dos taras *caqueclizantes* asociadas se mostraba en buen estado trófico y con buenos colores!

Su concepción de los estados mórbidos hay que reconocer que es bastante justa. Solamente que él había percibido la unidad mórbida esencial, y se atribuye el mérito de tal descubrimiento, ignorando que este principio capital de medicina naturista había sido ya sentado netamente en los escritos de Hipócrates. En cuanto a sus opiniones sobre la fiebre y los agentes microbianos, son de una pobreza lamentable. La fiebre no es debida, según Kuhne, más que a la fermentación espontánea de sustancias extrañas introducidas en los cuerpos que entran en eferescencia y escapan como un líquido fermentado metido en una botella. Y en el curso de esta fermentación, estas sustancias dan naci-

miento directamente a los gérmenes microbianos por generación espontánea, lo mismo que los microbios desaparecen al momento de la curación. «Una vez las sustancias depositadas en el vientre entran en fermentación —escribe—, los bacilos se producen espontáneamente en el cuerpo; y desaparecen espontáneamente una vez terminada la fermentación.» Todos los mecanismos de defensa activa, humoral y leucocital que crean la reacción febril y el acto de protección natural del cuerpo, de una parte, y de otra, la presencia sáprita o el contagio necesario anteprealables son ignorados por Kuhne.

El no ha percibido la acción activa de las defensas naturales, no ha concebido la enfermedad más que como una podredumbre pasiva.

Esta apreciación estrecha sobre la génesis de las enfermedades y de sus síntomas se explica por el hecho que Kuhne ignoraba lo principal de la constitución del hombre: es decir, las fuerzas potenciales, la vitalidad personal nativa y la entidad psíquica e inmaterial. Para él, el hombre es una materia que se deja más o menos invadir por las sustancias extrañas que fermentan, y la fuerza vital puesta a la disposición del hombre es únicamente préstamo exterior (alimentos y aire). «La fuerza vital del cuerpo —dice— depende únicamente y resulta solamente del material de la digestión y de la capacidad del cuerpo a transformar este material de la manera más ventajosa.» (Pág. 132.)

Advierto seguidamente este otro error: «Es casi seguro —afirma— que todo hombre debe tener las enfermedades de los niños», porque, según él cree, al nacimiento los cuerpos contienen provisiones de sustancias en fermentación. Y, precisamente, es lo contrario; porque al nacimiento del niño acompañan todas las inmunidades naturales nativas que posee de una forma sorprendente en su organismo como defensa contra las probables infecciones de los primeros meses de vida y que casi siempre son producto de la mala y defectuosa alimentación (período de lactancia tóxica, debido al régimen inapropiado de alimentación materna y al régimen impuesto equivocadamente a los niños), que son la causa generatriz de las enfermedades en la infancia. Estas enfermedades consideradas por todo el mundo como casi fatales y naturales a la infancia, no son más que en gran parte las consecuencias de la alimentación viciosa. En cambio, los niños bien cuidados y dirigidos evitan, en efecto, las enfermedades infecciosas.

En lo que se refiere al tratamiento de las enfermedades él lo concibe de una forma jerárquica, que es el principio erróneo que se encuentra en casi todos los empíricos naturistas alemanes. Para ellos la piel es el medio principal de excitación y eliminación, y la terapéutica hidroterápica forma el principal elemento de todos sus tratamientos. Nosotros sabemos que en el mantenimiento de la nutrición, en primer lugar, viene el tubo digestivo, y que la dietética y la eliminación intestinal son, por consecuencia, las dos preocupaciones que dominan la terapéutica naturista racional. Los medios de acción cutánea, el agua, el aire, el sol no son en los tratamientos naturistas más que agentes complementarios lógicamente jerarquizados.

Sobre la piel, Kuhne nos aconseja obrar por los ba-

ños de vapor y por el enfriamiento consecutivo del baño de asiento ordinario; y descuida completamente las envolturas de tronco, no obstante estar consideradas entre los medios de acción más eficaces, al mismo tiempo que los más simples para ayudar a la Naturaleza a ejecutar el trabajo de purificación, de limpieza y de eliminación orgánicas de los períodos agudos. Las envolturas tan afortunadamente puestas en práctica por PRIESSNITZ y sus continuadores, la terapéutica de Kuhne las olvida en absoluto.

Pero su principal manía consiste en el baño de asiento con fricción, sirviéndose de un grande recipiente (bañera o cubo) de agua, y al cual acompaña una fricción genital, ejecutada con la ayuda de una toalla y en el agua fría, durante un tiempo que oscila entre diez y sesenta minutos. El autor pretende por medio de esas fricciones, ejercitadas sobre las terminaciones de los nervios genitales, vigorizar, vitalizar y dar calor al organismo. Este procedimiento que nosotros hemos constatado en un cierto número de adeptos al método Kuhne, nunca nos ha permitido conseguir resultados satisfactorios. En ciertos casos, hasta se han irritado los músculos por la intemperista y fuerte frotación. Además, no podemos imaginar cuán pesada es esa práctica para el espíritu y el poder que ejerce sobre el individuo, ejercitándole a sugerencias viles, por la intensa excitación nerviosa en una zona bajamente animal del organismo. Este procedimiento de cura, que es la sola parte de su método hija de su invención, y que es considerada como la base de su sistema, no merece más que reprobación.

En lo que concierne a su régimen alimenticio, reconocamos para ser equitativos que en sus consejos se encuentran una serie de cosas exactas. Podemos abogar en favor del régimen anticárneo; la necesidad de un ayuno invernal relativo, porque la reducción de la alimentación en invierno es una ley natural que se impone a los animales como asimismo a los vegetales, y que constituye el descanso que precede a la primavera. El valor de la sobriedad; el hecho de digerir mejor si se come en pleno aire que en el comedor; la constatación que todos los alimentos frescos y de época son más fácilmente digeribles y buscados por los animales; la necesidad de guardar en los alimentos las partes inasimilables (detritus celulósicos) para facilitar la circulación intestinal; la afirmación de que el agua natural, no mezclada con el jugo de frutos ni cocida, es la bebida más natural, la más sana y apta para restablecer los enfermos; la no aceptación de los extractos artificiales y los productos concentrados, tales como el azúcar industrial, del cual debemos reducir la consumición.

Una vez realizadas estas opiniones debemos hacer constar que ninguno de los principios directores que deben presidir a la constitución de un régimen puro y bien dirigido no se expresa en su libro. En el libro de Kuhne no se encuentra absolutamente nada respecto a la división de los alimentos en sus diversas categorías indispensables ni sobre la composición lógica de la comida. Al contrario, se nota en su exposición una especie de caos alimenticio. Cada uno es libre de hacer lo que le convenga. Y lo que se debe comer es

aquello que nos ofrece la Naturaleza, es decir, una alimentación frugívora compuesta de frutos, de cereales, de bayas, de tubérculos. Con tal ausencia de precisión y tal exclusivismo, no hay que extrañarse, como pasa a menudo en la práctica naturista, de encontrar desgraciados adeptos del sistema Kuhne que, habiendo ejecutado al pie de la letra sus recomendaciones, se presentan con esas señales de desnutrición y de desequilibrio vital extremadamente graves, debidos a la carencia alimenticia y a la falta de transición. Envolviendo en la misma reprobación la carne y los huevos, no hablando nunca de la utilidad del queso, no dando en sus recetas culinarias como alimento animal más que muy poco de leche y de mantequilla (una sola vez en toda su obra aconseja el huevo), así el régimen de Kuhne constituye el medio más seguro de que sus adeptos se desmineralicen y caigan en los mismos estados mórbidos que el resto de los mortales. Sin contar que se encuentran toda la gama de consejos peligrosos que son moneda corriente en todos los empiricos vegetarianos o naturistas alemanes, como: el uso del pan integral, para los enfermos; recomendación y ditirambo de las frutas verdes y ácidas para curar la anemia y las inflamaciones de las vías digestivas; prohibición de las frutas maduras para los débiles del aparato digestivo; empleo sistemático de las aguas de cocción de las legumbres y de las legumbres cocidas sin casi agua; recomendación continua de alimentos ácidos y desmineralizantes: limón, tomate; abuso repetido de legumbres secas. Tal es el régimen pobre, pesado y desmineralizante del sistema Kuhne. Y este régimen es tanto más peligroso por su exclusivismo, su ausencia de reglamentación y la elección de sus elementos, que Kuhne lo preconiza sin preocuparse de la transición progresiva ni de la adaptación individual. En su espíritu simplista, Kuhne no ha comprendido la necesidad de individualización que, equivocadamente, reprocha al otro grupo de empiristas (Priessnitz, Schroth, Rausse, Habron), calificándolo de «manía de individualización». (Pág. 7.)

¿Qué relaciones hay entre ese pobre sistema de Kuhne, intitulado pomposamente por él *La nueva ciencia de curar*, y el naturismo verdadero, que es la síntesis de la ciencia integral del hombre y de las leyes sobrenaturales y naturales, objetivo que debe seguir en todos los aspectos para evolucionar hacia el término supremo del orden, la sabiduría y la bondad? Las relaciones son casi inexistentes y para aquellos que conocen el origen hipocrático del naturismo, su lengua tradición grecolatina y el esfuerzo de reconstrucción sintético y de perfeccionamiento científico con que el naturismo (1) francés ha contribuído, el sistema Kuhne, cuya fórmula

(1) El doctor Cartón parece atribuir casi exclusivamente a los doctores naturistas franceses la orientación racional del naturismo moderno. Debemos aclarar, a este respecto, que hace ya bastantes años, los médicos naturistas españoles, y entre ellos muy particularmente los doctores Puente y Remartínez, desde estas mismas páginas, impulsan al naturismo hacia la moderna evolución fisiátrica que inspira al doctor Cartón a combatir el absurdo empirismo de Kuhne en este trabajo.—*N. de R.*

puramente materialista y débil se limita a un régimen casi vegetariano y sin reglas fijas y a un baño de asiento con fricciones prolongadas durante varias horas sobre los órganos del bajo vientre, aparece como una pobre caricatura del naturismo.

Entonces, ¿cómo explicar que el libro de Kuhne sea tan alabado y encomiado en los medios naturistas extranjeros (españoles, sudamericanos y otros) hasta considerarle una obra genial? Desde luego porque este libro ha sido impuesto al espíritu de una multitud de personas por el genio de la propaganda alemana. Luego, porque hoy día el movimiento naturista ha sido conducido en los países antes citados de una forma anticientífica y no sintética, y también porque ha sido difundido, muy a menudo, por los empiristas que encontraron en los consejos limitadísimos de Kuhne y en su estrecho materialismo, en su caos alimenticio, en su ausencia de educación científica y en su falta de conocimientos generales, defectos que concordaban con sus defectos, al mismo tiempo que era fácil asimilar las concepciones infantiles por él vertidas. Así comprendemos por qué el naturismo en ciertos países está representado por el sistema Kuhne, que se encuentra entre las manos de autodidactos que se pavonean con títulos de profesores sin haber jamás disecado un cadáver ni haber seguido a un enfermo en clínica hospitalaria. Los clamores kunistas de estos autodidactos se propagan en una multitud de pequeñas publicaciones, en folletos y revistas, tan numerosos como efímeros, que llegan a imponerse a gran número de personas poco versadas en estas tan intrincadas cuestiones, faltas de clarividencia; pero, por otra parte, los errores que en sí encierra y sus exageraciones no hacen más que apartar del verdadero naturismo a una gran cantidad de gente seria y de médicos de espíritu abierto.

Es por ello que nos ha parecido necesario y oportuno proclamar que el naturismo kunista sólo tiene muy lejanos similares con el naturismo sintético, tradicional y científico, nacido de la obra de Hipócrates y construído científicamente por el esfuerzo grecolatino, enriquecido con algunas prácticas útiles descubiertas por empiristas de talento que no son ni Kuhne ni Kneipp, sino Priessnitz y Rikli.

## El trabajo y el dinero

... El trabajo es la gran ley, la fuente de la vida, el verdadero esfuerzo del progreso humano; y el dinero, simple medio convencional de cambio, si ha sido uno de los factores más poderosos de la civilización, ha traído también todas las injusticias y todas las iniquidades. Si con una palabra pudiera suprimirse el dinero; si enseguida los pueblos se sometieran al trabajo y viviesen como hermanos, ¡ah, qué grito de libertad lanzaría la pobre humanidad redimida!—EMILIO ZOLA.

# La verdadera moral <sup>(1)</sup>

Darraud

¿Cuál es la causa que produce las acciones inconscientes de todo ser? —La vida.

¿Y cuál es el *objetivo* que determina las acciones conscientes? —La vida.

En los seres inferiores la vida es simple.

En los seres superiores es compleja.

Por consiguiente, un ser es tanto más perfecto cuanto más *intensa* es su vida.

Un hombre será tanto más perfecto, es decir, tanto más *moral*, cuanto más intensamente se manifieste su actividad.

De ahí se sigue que el primer concepto de la moral consiste en decir: *Acrecienta de una manera constante la intensidad de tu vida.*

\*\*\*

La vida consiste tanto en adquirir por medio de la *nutrición*, como en gastar por medio de la *producción*.

En efecto, cuando el ser ha adquirido superabundancia de vida, debe gastarla. Tal es, por ejemplo, el origen de la generación.

Pero la generación no es más que uno de los efectos más primitivos de la necesidad de gastar, es decir, de la necesidad de *fecundidad*.

Hay, además, la fecundidad de la voluntad, la de la inteligencia, la de la sensibilidad, puesto que todo el organismo sufre esta fuerza de expansión que impulsa al individuo a dar a los demás una parte de sí mismo.

Cuando más intensidad de vida posee, más se prodiga uno a los demás, más sociable es.

\*\*\*

La fecundidad de la voluntad, al darnos el *poder* de obrar, nos impulsa a obrar.

Por esto, *poder equivale a deber*

(1) He procurado resumir en pocas líneas las doscientas cincuenta páginas del libro de Guyau, *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*.—N. DEL A.

Para ser moral precisa hacer todo lo que uno es capaz de hacer.

\*\*\*

La fecundidad de la inteligencia, al hacernos concebir algo mejor de lo que existe, nos impulsa a la realización de esta obra.

*La idea produce la acción.*

Para ser moral es necesario obrar como se piensa.

\*\*\*

La fecundidad de la sensibilidad, al someternos a emociones simpáticas, nos empuja hacia los demás.

*Haz a los demás lo que quisieres hiciesen contigo en iguales circunstancias.*

Para ser moral es necesario conformarse a esta máxima de solidaridad.

\*\*\*

Fecundidad de la voluntad, de la inteligencia y de la sensibilidad: tales son los tres móviles de una vida correctamente moral.

Pero hay otros móviles que llevan la expansión de la vida hasta el sacrificio de la vida.

\*\*\*

Habiéndose hallado el hombre primitivo en presencia de continuos peligros, se habituó a luchar, y el atractivo de la victoria le hizo seductor el peligro.

Este amor al riesgo no tiene, pues, nada de contrario al desarrollo regular de la vida.

El riesgo ha podido evolucionar, cesar de ser físico para volverse intelectual o moral, pero el placer de la lucha no deja por esto de apasionar y llega hasta a afrontar una muerte segura.

\*\*\*

## Estudios

No vivimos únicamente en el mundo real; vivimos también por el pensamiento en un mundo ideal que cada uno de nosotros concibe a su modo.

Y cada uno, según su concepción del ideal, se crea obligaciones que constituyen una moral *individual*.

Así existe, más allá de la moral positiva, una moral que es *hipotética*, y, por consiguiente, muy variable.

\*\*\*

La moral hipotética no deja de ser por esto una fuente de actividad.

Pero las hipótesis *autoritarias* deben ser rechazadas en nombre de la libertad, y todas las religiones o doctrinas que pretendan gobernar los espíritus, deben ceder el lugar a las filosofías individuales.

Este ideal hipotético, que cada uno concibe a su modo, constituye un riesgo del pensamiento.

La acción conforme a esta hipótesis es un riesgo de la voluntad.

El que más emprende y arriesga, sea por sus ideas, sea por sus actos, es un ser superior.

\*\*\*

Los hechos de voluntad, de inteligencia, de sensibilidad, el amor al riesgo, la concepción del ideal, son los cinco móviles que equivalen a lo que se llama *el deber*.

Sentado esto se trata de examinar la cuestión de saber si, para las prescripciones de la moral científica, existe una sanción cualquiera fuera de las consideraciones sociales.

\*\*\*

Nadie puede violar las leyes de la Naturaleza. Por consiguiente, la Naturaleza no tiene nadie a quien castigar. Permanece indiferente al mérito o al demérito de nuestros actos. Arrojaos al agua sin saber nadar; sea por desesperación o por abnegación, lo mismo os ahogaréis.

\*\*\*

El castigo no puede ser justificado sino por su eficacia como defensa social.

Prescindid de la utilidad social, y el asesinato legal cometido por el verdugo será me-

nos disculpable que no importa qué homicidio cometido por un criminal.

El castigo no repara nada. El mal efectuado subsiste, a pesar de todo el mal que se le agregue encima.

\*\*\*

Todo animal responde a un ataque con la defensa.

Al principio la defensa iba más allá que el ataque.

Irritad a una bestia feroz y os destrozará. Atacad a un hombre de mundo y os responderá con un rasgo de ingenio. Injuriad a un filósofo y no os responderá nada.

Lo mismo sucede con la defensa social: tiende a reducirse a lo estrictamente necesario.

\*\*\*

En definitiva, la Naturaleza no castiga a nadie; y la sociedad nada repara con su castigo.

Pero, a falta de sanción exterior, ¿no hay una sanción interior llamada remordimiento?

Cuando hemos desobedecido una de nuestras inclinaciones, ¿no nos hace este hecho experimentar un dolor? Seguramente, puesto que el remordimiento no proviene de que hayamos infringido la moral, sino de que hemos desobedecido nuestras inclinaciones. Y como nuestras inclinaciones pueden ser muy inmorales, podemos hasta experimentar el remordimiento de no haber hecho un acto inmoral.

\*\*\*

Guyau ha resumido todo su libro aun más sucintamente en su prefacio, diciendo:

«Los únicos equivalentes o sustitutos admisibles del deber nos parece que son:

1.º La conciencia de nuestro *poder* interior y superior, a la cual se reduce prácticamente el deber.

2.º La influencia ejercida por las *ideas* sobre las acciones.

3.º La fusión creciente de las *sensibilidades* y el carácter cada vez más social de nuestros placeres y dolores.

4.º El amor al *riesgo* en la acción.

5.º El amor a la hipótesis metafísica, que es una especie de *riesgo en el pensamiento*.»

Estos móviles reunidos son para nosotros

# Balance de la guerra

Francis Delaisi

## El pasivo

El telégrafo anunció el 11 de noviembre de 1918 a todos los pueblos de la tierra, que Alemania había capitulado. El mundo encontraba, al fin, la paz, al cabo de cincuenta y un meses de guerra universal. Pero, ¿a qué precio?

Las destrucciones de hombres y de bienes fueron enormes. He aquí, según estadísticas de la Oficina Internacional del Trabajo, las pérdidas sufridas en soldados por los grandes Estados, con la proporción que suponían éstas en relación a la población masculina (excluidos los niños y los ancianos):

	Muertos o desaparecidos		Mutilados	
Alemania: . . . . .	2.000.000	9'8 %	1.537.000	7'5 %
Rusia. . . . .	1.700.000	"	775.000	"
Austria-Hungría . . . . .	1.542.000	9'5 %	"	"
Francia. . . . .	1.400.000	10'5 %	1.500.000	11'2 %
Italia. . . . .	750.000	6'2 %	800.000	"
Reino Unido. . . . .	744.000	5'0 %	900.000	6'5 %
Estados Unidos. . . . .	68.000	0'2 %	157.000	0'3 %

En total, para siete naciones, 8.204.000 muertos o desaparecidos y 5.669.000 mutilados.

Si sumamos a éstas las pérdidas de otros beligerantes: Servia, Rumania, Bulgaria, Grecia, Japón, Portugal, Brasil, etc., llegaríamos

todo lo que una moral reducida exclusivamente a los hechos y a las hipótesis que los completan podría poner en sustitución de la antigua obligación categórica.

En cuanto a la sanción moral propiamente dicha, distinta de las sanciones sociales, la suprimimos pura y simplemente, porque como *expiación*, es, en el fondo, *inmoral*.

Nuestro libro puede, pues, ser considerado como una tentativa para determinar el alcance, la extensión, y asimismo los límites de una moral *exclusivamente científica*.

a una cifra superior a los nueve millones de muertos y seis millones de mutilados.

Lo que representa, por término medio, siete muertos y cinco mutilados por cada cien hombres, que se hallaban en la flor de la edad (1). ¡Sangrienta hecatombe ofrecida al Moloch del imperialismo industrial!

Por lo que se refiere a las destrucciones materiales, no ha sido posible todavía establecer el total aproximado.

Devastaciones enormes en la zona de los ejércitos: carreteras, puentes, canales, ciudades y aldeas enteramente destruidas, en una extensión de miles de leguas cuadradas, en Francia, Italia, Servia, Grecia, Rumania, Rusia. Barcos hundidos con sus cargamentos en las aguas de todos los mares del mundo. Destrucciones sistemáticas de establecimientos industriales, minas, azucareras, a fin de despojar al adversario de todos los medios de producción.

Imaginaos un inmenso taller en el que trabajaban de día y de noche 15 millones de obreros, armados de un formidable herramental. Detrás de ellos hay 55 millones de obreros que trabajan exclusivamente en fabricar y transportar todo lo que necesitan para su sustento, equipo, aprovisionamiento y renovación de su herramental. Y más atrás todavía los pueblos de 29 naciones que reducen al *mínimum* su consumo (a veces ni siquiera tienen lo necesario) y consagran sus privaciones y sus ahorros a alimentar aquel equipo gigantesco.

Todos los recursos del universo llegan hasta aquel taller. Ahora bien; aquellos 15 millones de hombres que allí están pensando, no solamente no producen nada, sino que no tienen otra ocupación que la de destruir todo lo que llega a su alcance y la de destruirse mutuamente.

(1) No están comprendidas en estas cifras las innumerables víctimas civiles de la guerra, los ancianos, las mujeres y los niños muertos de privaciones; habrá también que agregar la reducción de la natalidad.

Se trata, desde luego, de un cuadro fantástico que ni el mismo genio de Wells se habría atrevido a concebir hace diez años. Sin embargo, éste es el espectáculo que nos ha ofrecido el mundo durante cincuenta y un meses.

Se ha invertido en la guerra más de cien mil millones de jornadas de obreros. Centralizando y organizando un esfuerzo como éste, se habría podido transformar el planeta y crear una masa enorme de riquezas. Pero sólo se han empleado en destruir.

Lo que constituye seguramente la prueba de la formidable potencia de nuestra civilización industrial, el que haya podido el mundo aguantar durante cuatro años y medio una empresa semejante, viene también a ser la prueba de la inconcebible ceguera de sus dirigentes.

Su excusa, si es que pueden tenerla, consiste en que no habían pensado jamás en que fuese posible semejante destrucción de hombres y de riquezas. Los dos grupos enemigos estuvieron durante toda la guerra firmemente convencidos de que su enemigo no podría resistir arriba de tres meses. Esta ilusión constante se debió a un doble error.

Se había menospreciado la fuerza del mito nacional: nadie pensaba que los millones de campesinos, obreros, intelectuales y empleados podrían aguantar durante años el horror pasivo de las trincheras; desde luego, sólo se pudo conseguir esto ideando el sistema de relevos y de licencias regulares de descanso. La guerra vino a ser algo así como un trabajo industrial, hecho con regularidad por equipos que se alternaban, del mismo modo que en las fábricas en que no se apagan los fuegos. Gracias a esto pudo dar el mito nacional todo su rendimiento durante varios años sin que se quebrase el resorte moral de los hombres.

También se menospreció la fuerza del crédito internacional. Esta fué la verdadera armazón de la guerra.

Todos los Estados beligerantes recurrieron en primer término al ahorro nacional para cubrir los gastos extraordinarios de la guerra. Una vez agotado este recurso, apelaron al crédito de sus aliados. Ya hemos visto cómo los aliados ricos se convirtieron en banqueros de los aliados pobres. Primero, Francia e Inglaterra, luego, Inglaterra sola, y, finalmente, los Estados Unidos solos, financiaron en sus necesidades a los serbios, griegos, etc. Mientras tanto, los húngaros, turcos y búlgaros

vivían, bien o mal, a costa de los créditos alemanes.

Por último, se hizo un llamamiento a los neutrales, pagándoles primero con los empréstitos hechos en Londres o en Nueva York. Más tarde se solicitó de ellos «créditos comerciales». Satisfechos estos países de poder dar salida, a precios elevados, a sus productos, otorgaron empréstitos a los beligerantes: se pagaron ellos a sí mismos sus propios abastecimientos y enviaron su trigo, su lana y su algodón a los combatientes. Gracias a este ingenioso sistema se fueron encaminando hacia la sima del frente todos los recursos disponibles de Suiza, Holanda, Países Escandinavos, España, Argentina, etc.

Todos los países neutrales nadaron en oro y en títulos de empréstitos; pero se vaciaron de sus productos utilizables.

Cuando terminó la guerra apenas si existían riquezas reales (alimentos y objetos fabricados) en cantidad superior a las necesidades, fuera de los Estados Unidos. Todo lo demás se había fundido en el crisol. De no haber existido el maravilloso mecanismo del crédito internacional, la guerra habría sido de corta duración y sus destrozos limitados. El crédito hizo posible la explotación pacífica del globo; también hizo posible su agotamiento.

## El activo

¿Qué es lo que se puede poner en la columna del activo, frente a este pasivo formidable? Todos los grandes países industriales han aumentado prodigiosamente sus medios de producción. Para satisfacer las necesidades enormes de los ejércitos y estimulados por los altos precios, Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, Italia y también Alemania, desarrollaron considerablemente sus establecimientos metalúrgicos, textiles, químicos, etc.

Pero todas estas fábricas nuevas trabajaban para el frente. Una vez que acabó la guerra tuvieron que buscar nuevos mercados en el exterior. Por desgracia, eran muchos los pueblos que habían quedado completamente arruinados por la guerra; los demás salían de ella muy empobrecidos. La consecuencia iba a ser una crisis económica universal.

Pero en el primer momento no se comprendió esto. En el transcurso de aquellos cinco años se habían hecho numerosas fortunas. Proveedores de todas clases y especuladores de toda suerte habían realizado ganancias

enormes; los obreros habían conseguido salarios muy elevados; los campesinos se habían enriquecido; los intereses del ahorro se habían duplicado. El mundo entero presentaba un aspecto de prosperidad imprevista, por lo menos en los países vencidos.

Pero esta prosperidad era ficticia. Casi todos los Estados beligerantes habían tenido que recurrir a la fabricación de billetes de Banco para cubrir sus enormes gastos. Al principio, estos billetes representaban ciertamente mercancías auténticas (cañones, obuses, capotes, calzado, etc.). Pero estas mercancías habían desaparecido rápidamente en la hoguera y los soldados que las usaban no producían nada, en cambio. De modo que cuanto menor era la cantidad de riquezas reales, mayor era el número de signos monetarios en circulación. La consecuencia de todo esto tenía que ser a la larga una depreciación de las monedas de papel, que provocó la crisis de los cambios.

Esta crisis alcanzó hasta los neutrales. No hay duda que las cajas fuertes de sus Bancos estaban rebosantes de oro, pero sus países se habían vaciado de productos de consumo. Por eso subieron los precios en todas partes. En los Estados Unidos, el dólar representaba siempre, en el mes de agosto de 1919, el mismo peso de oro que en 1913; pero era necesario desembolsar dos dólares y dieciocho céntimos para obtener la misma cantidad de mercancías que se compraba el año 1913 con un dólar.

El oro mismo se había depreciado por efecto de la rarefacción general de los productos.

Entonces cayeron en cuenta los obreros de que, con salarios dobles, eran más pobres que antes; los que habían hecho ahorros vieron que, con sus economías colocadas al 6 %, tenían menos comodidades que cuando sólo cobraban 3 %. Las cotizaciones de todos los valores bajaron rápidamente. Los capitales fueron cada vez más escasos, y el año 1920 estalló una crisis económica terrible en todos los países: quebraron Bancos, pararon industrias, encareció la vida, faltó el trabajo, etcétera.

Como es natural, esta crisis, que afectó a todos, fué más intensa y violenta en los países vencidos. Rusia, primero; luego, Austria, y después Hungría, Bulgaria y Alemania conocieron las angustias del hambre y de la revolución. **La crisis comunista se propagó momentáneamente hasta Italia. El régimen social y político de estos países se bamboleó hasta en sus cimientos.**

El mecanismo del crédito permitió atenuar y retrasar la crisis en los países vencedores. No por eso dejó de ser grave. Llegó un momento en que los Estados Unidos tuvieron tres millones de parados, y la Gran Bretaña, dos millones y medio. Las clases poseedoras, que antes habían tenido que sostener un ejército de soldados, tuvieron ahora que pagar enormes impuestos para mantener a aquel ejército de parados.

Francia se libró de la falta de trabajo gracias a que se reconstruyó con su propio dinero las regiones devastadas; pero pagó esta ventaja con la depreciación de su moneda, la baja de sus fondos públicos y el desquiciamiento completo de su Hacienda, que llegó a una situación peligrosa.

A medida que unos tras otros iban perdiendo su poder adquisitivo los signos monetarios, las fortunas ficticias realizadas durante la guerra se fundieron como la nieve al sol. Hoy tiene ya el mundo entero conciencia de su empobrecimiento. Y la gente empieza a preguntarse para qué ha servido la terrible guerra.

El año 1914 se disputaban los grandes países industriales en todos los puntos del globo los mercados en donde vender sus productos, porque aquéllos se habían hecho pequeños para su equipo industrial, demasiado grande. Para decidir el reparto movilizaron su mecanismo político y recurrieron al cañón.

Como es de suponer, los vencidos han perdido el sitio que tenían, y, además, su mecanismo político ha quedado destrozado.

Los vencedores, por su parte, han conseguido mantener casi intacto su sistema político y social. Pero se encuentran con que sus medios de producción han aumentado, pero sus clientes se han arruinado y sus mercados de venta son más restringidos que en 1914. Lejos de haber mejorado su situación con el triunfo militar, éste ha hecho que aquélla empeore.

Hasta la misma victoria ha fallado.

Y todo esto ha venido, por lo menos, a demostrar esta verdad fundamental: así como no es posible arreglar a cuchilladas un reloj, tampoco se resuelve a cañonazos un problema económico.

### La soldadura mortal

Hoy, por fin, a medida que se desvanecen las ilusiones de la victoria, se descubren mejor los nuevos caracteres de la guerra mundial y la profunda diferencia que hay entre ésta y las guerras anteriores.

## Estudios

### GUERRAS DEL PASADO

**CAUSA:** política (ruptura de equilibrio entre naciones autónomas).

**OBJETIVO:** anexión de territorios.

**MEDIOS:** guerra de maniobra; respeto a los bienes particulares; respeto a los neutrales.

**DECISION:** por la batalla napoleónica.

**CONSECUENCIAS:** guerras cortas (de algunos meses); guerra local, limitada a algunas naciones; simple cambio en las fronteras; reconstrucción fácil, merced a empréstitos en países neutrales; rápida reanudación de los negocios.

### GUERRA ACTUAL

Económica (excedente de producción industrial).

Conquista de mercados.

Bloqueo. Guerra a las fábricas. Presión sobre los neutrales, a los que se arrastra militar o económicamente al conflicto. Guerra sin cuartel.

Por el desgaste y la revolución.

Guerra larga (de varios años). Guerra universal. Empobrecimiento general de los Estados y de los particulares. Ruptura del mecanismo internacional de los negocios. Prolongada crisis económica.

comprende que ha cambiado verdaderamente de naturaleza.

En tanto que el aparato militar no hería a los pueblos sino en su organización administrativa, las heridas que producía eran fácilmente curables. Desde el día en que apuntó al mecanismo económico, el golpe llegó a las obras vivas y provocó heridas mortales.

Y aquí es donde surge el peligro de la soldadura de lo económico con lo político. El globo hubiera podido ser puesto en explotación de una manera pacífica si se hubiese dejado actuar en libertad a la competencia industrial. El error más monstruoso de los tiempos modernos es seguramente el imperialismo, que ha venido a sustituir la competencia entre las sociedades particulares con la competencia entre Estados; que ha querido subordinar la interdependencia funcional de los pueblos a un sistema caduco de equilibrio entre las potencias; que ha pretendido enriquecer a los proveedores arruinando y matando a sus clientes (1).

Como todo lo contradictorio, lleva dentro de sí mismo el germen de la muerte, que es necesario hacer desaparecer inmediatamente.

«Si yo llegase hasta el fondo de mi pensamiento —decía el señor Painlevé, presidente del Consejo, en su discurso de Grenoble (21 de mayo 1925)—, me atrevería a afirmar que durante los diez años próximos o se logrará organizar la paz o llegarán las naciones europeas al borde de la más espantosa de las guerras. Es un vencimiento que ningún hombre de Estado deberá perder de vista si no es un criminal.»

En efecto, la repetición de una catástrofe semejante equivaldría al suicidio de nuestra civilización.

Por primera vez en la historia del mundo, la guerra ha llegado a ser mortal.

(1) Esto lo había demostrado antes de la guerra Norman Angell, en su célebre libro *La gran ilusión*.

Estas diferencias tan notables provienen, en realidad, de la diferencia entre las dos civilizaciones.

Las guerras que se han registrado en el transcurso de treinta siglos de civilización agraria han sido: o guerras muy largas, en las que intervenían ejércitos profesionales, con efectivos reducidos, o guerras hechas por ejércitos nacionales, con efectivos poderosos, pero de corta duración. Sus efectos han sido siempre estrechamente limitados en el espacio o en el tiempo. No afectaban sino a la epidermis del ser social o su excedente de fuerzas. Por eso han podido repetirse indefinidamente sin coartar la continuidad y el progreso de la especie humana. La sabiduría popular, que sabía a qué atenerse merced a una larga experiencia, pudo por eso decir con resignación: *guerras ha habido siempre, y siempre las habrá*.

En el fondo, si los pueblos han admitido la fatalidad de la guerra es porque no les era mortal. Pero, después del advenimiento de la civilización industrial, fundada en la especialización y en la interdependencia de producciones, era fatal que la guerra afectase en superficie a todos los pueblos y en profundidad a todas las fuerzas vivas.

El que sabe columbrar los hechos nuevos directamente y no a través de ideas antiguas,

## Democracia y libertad

Cuando un pueblo pasa del estado monárquico al democrático, hay, sin duda, progreso, puesto que, al multiplicarse el soberano se ofrecen más probabilidades a la razón de sustituir a la voluntad; pero el caso es que no se realiza revolución en el Gobierno, toda vez que subsiste el mismo principio. En efecto, tenemos la prueba, actualmente, de que con la democracia más perfecta se puede no ser libre.—J. P. PROUDHON.

# La compulsión religiosa y el instinto sexual

S. Velasco

XI

## Las dos fases de la prostitución sagrada en Caldea

Como se dijera en anteriores artículos, los sacerdotes, al par que intentaban regular las relaciones sexuales instituyendo el matrimonio, diéronse cuenta de que los humanos precisaban entregarse, periódicamente, a determinadas «extralimitaciones» que dejaran saciarse plenamente a los instintos, e idearon la prostitución sagrada o hierática que, al tiempo que proporcionaba satisfacción a esas manifestaciones de desbordada impulsión erótica, pudiese reportarles pingües beneficios y les permitiera mantener en sus manos el control de la sexualidad.

Dos fueron los aspectos que la prostitución, que podríamos llamar legal —puesto que la base de toda ley radicaba en el sacerdocio—, revistió en Caldea, y acerca de los cuales se tienen detalles por las descripciones de Estrabón, Diodoro, Luciano y otros historiadores antiguos, refrendadas al descifrarse los textos babilónicos y, sobre todo, la epopeya de Gilgamés.

En la gran fiesta de Istar, llamada también Beltis y luego Mylitta, representación del principio hembra de la Naturaleza, tenían lugar las ceremonias de la prostitución. Según Delaporte y Plessis, la Comunidad de sacerdotisas de la diosa, ataviadas con ligeras túnicas y despidiendo emanaciones de penetrante perfume, surgían del fondo del templo de la diosa formando tres grupos, cada uno de los cuales encaminábase hacia el lugar previamente destinado para los transportes libidinosos de los varones que, impacientes, aguardaban ya.

El grupo central lo formaban las sacerdotisas recién consagradas, todavía en plena virginidad, las cuales destinábanse a satisfacer los deseos eróticos de los individuos mimados por la fortuna que pagaban por ellas —muchachas de familias acomodadas y, además, uncidas por la diosa—, cantidades elevadas. El sacerdocio eunuco de Istar, que cuidaba de la «educación» de las mismas, al presentarlas a cada uno de sus ocasionales amantes, decía: «Despójate del ligero cendal que te cubre, hija del placer; enseña, sin temor ni reparo alguno, tus firmes senos y tu esbelta figura a este adolescente. Absorbe su soplo entero con objeto de que su amor se esparza sobre ti» (1).

Al decir de los textos de Gilgamés, las jóvenes que se iniciaban aquella noche en las lides amorosas y consagrábanse a Istar, realizaban la ofrenda de las primicias de su amor en habitaciones cerradas, y, por ser la primera vez, solamente con un varón, permitiéndoseles retirarse a descansar una vez consumado el acto carnal. Pero las que ya poseían «experiencia» en el sacerdocio, si bien calmaban el furor sexual de los hombres también en habitaciones recatadas, habían de atender a innumerables solicitudes, y no era raro que el «sangu», o gran sacerdote de Istar, revisara constantemente las celdas, llamando imperiosamente a las sacerdotisas para que procurasen atender a los que aguardaban.

Cuando las apetencias carnales de los privilegiados habían sido colmadas y el templo volvía a adquirir su aspecto normal, apaciguando los gritos, los suspiros y los transportes del frenesí amoroso, las «samhatú» o

(1) Schneider, N.: *The und Familien in der Gesetzgebund der Sumerer, Babylonier, Assirer und Hethiter*. París-Berlín, 1933.

sacerdotisas, dirigíanse al altar de Mylitta y clamaban: «¿Por qué maldices, Enkidú, a la prostituta, hija y madre del placer, que te ha dado a saborear los alimentos de la divinidad? ¡Oh Madre Augusta, oh Istar, sednos propicia; fecunda a las mujeres y procura que las madres den a luz sin peligro alguno» (1).

Dábase entonces por terminado el acto inicial de los festejos y, con él, la forma más solemne y religiosa de la prostitución, la reservada a los magnates y poderosos que no querían mezclarse con el populacho y que tenía lugar en el interior mismo del templo, bajo la mirada vigilante del gran sacerdote y la complaciente bendición de la divinidad. Tal era el primer aspecto de la prostitución sacra.

La fase segunda y postrera, caracterizábase por una casi ausencia absoluta de formalismos y por un cariz más democrático, ya que, en ella, tomaban parte, indistintamente, gentes acomodadas y pueblo llano. La más destacada particularidad de este aspecto de la prostitución sagrada era que se consideraba obligatoria para toda joven caldea que hubiese llegado a la pubertad.

Mandaban las leyes de la diosa que todas las muchachas núbiles de Caldea, tanto las nobles como las plebeyas, lo mismo ricas que pobres, habían de acudir una vez en su vida al templo de Mylitta o de Zarpanit para entregarse sin reparo alguno al primer hombre que se les acercase y, arrojando ante ellas un pedazo de oro o plata, les dijera: «¡Invoco a la diosa Mylitta!» Cualquiera que no hubiese realizado esta ofrenda a la divinidad, quedaba maldita y condenada a los peores sufrimientos en ésta y en la otra vida» (2).

Refiere Herodoto, que ninguna muchacha dejaba de acudir al bosque sagrado de Mylitta para hacer la ofrenda a la diosa, y que aceptaban esa prueba sin rebeldías ni falsos pudores. Iban a ella alegres y tranquilas, convencidas de que había de reportarles el favor de la divinidad. Las muchachas de la aristocracia ostentaban una corona de cuerdas y se sentaban, como las demás, en el suelo, pero con una esclava detrás en signo de superioridad. Ello no obstante, cualquiera que fuese el hombre que las solicitara, in-

cluso un humilde labrador, habían de acceder a su pretensión sin protesta alguna: así lo exigía Mylitta. Cualquier desprecio hacia el hombre sitibundo de amor, equivalía a un agravio inferido a la Madre Augusta, que jamás perdonaba.

Ninguna de las innúmeras muchachas que, de todas partes del inmenso país, acudían a la fiesta, podía regresar a su casa paterna si no había realizado el sacrificio en honor a Mylitta. De esta suerte, tendíase, asimismo, a que, en su deseo de ser «mujeres verdaderas» cuanto antes, las jóvenes pusieran en juego toda la gama de sus seducciones para hacerse amar de uno de los innúmeros varones que asistían a los festejos.

Por lo general, las muchachas nobles, por feas que fuesen, no permanecían por mucho tiempo en el recinto sagrado, porque los muchachos de la plebe, orgullosos de poder, aunque sólo fuese una vez, saciar sus instintos en una representante de la casta superior, elegíanlas cuanto antes para ofrecer a Mylitta el deleitable sacrificio.

Las jovencitas pertenecientes a las clases humildes, en cambio, si no eran muy agraciadas, veíanse constreñidas a permanecer días enteros en espera del generoso o retardado paseante que quisiese desflorarlas. Algunas de ellas, deformadas por los trabajos penosos de su profesión o por defectos físicos congénitos, habían de permanecer varios años en el templo, como misérrimos harapos, ante los cuales desfilaban todos los hombres sin dignarse dirigirles una mirada de simpatía. Trocábanse éstas en verdaderas prisioneras de la diosa, que habían de vivir en el templo a costa de los sacerdotes y casi siempre entregarse por una moneda de cobre a un miserable mendigo. Luego, al llegar el día de la subasta para los matrimonios, los sacerdotes cuidaban —como explicáramos precedentemente— de buscarles marido.

Ninguna mujer, sin embargo, podía contraer nupcias legales sin haber ofrecido su virginidad a Mylitta, y es casi seguro que no se habría hallado en toda Caldea hombre alguno que hubiese tomado por esposa a una muchacha sexualmente pura. No sólo porque los preceptos religiosos lo vedaban, sino porque la mentalidad de la época —al revés de la actual— complaciase en ensalzar las virtudes de la mujer no virgen, considerando a la que permanecía «intocada» como un ser despreciable, indigno de atención alguna.

(1) Houlton, W. H.: *Babylonia*. Londres, 1933.

(2) Jastrow, Morris: *The religion of Babylonia and Assiria*. Londres, 1898.

# *La instrucción para todos*

*Condorcet*

Por el descubrimiento sucesivo de las verdades de todos los órdenes, es como las naciones civilizadas han escapado a la barbarie y a todos los males que siguen a la ignorancia y a los prejuicios. Por ese descubrimiento de las verdades nuevas continuará perfeccionándose la especie humana. Como no hay ninguna de ellas que no proporcione un medio de elevarse a alguna otra, y como cada paso, colocándonos ante obstáculos más difíciles de vencer, nos comunica al mismo tiempo una fuerza nueva, es imposible asignar ningún término a este perfeccionamiento.

Es, pues, un verdadero deber el favorecer el descubrimiento de las verdades especulativas como el medio único de llevar sucesivamente a la especie humana a los diversos grados de perfección y, por consiguiente, de felicidad a que la Naturaleza le permite aspirar; deber tanto más importante cuanto que el bien no puede ser duradero si no se hacen progresos hacia lo mejor, y que es preciso marchar a la perfección o exponerse a ser arrastrado hacia atrás por el choque continuo e inevitable de las pasiones, de los errores y de los acontecimientos.

Hasta aquí un pequeño número de indivi-

---

He aquí cómo la religión, al modelar las inteligencias de cada país, inculcó en los cerebros una moral peculiar y privativa, distinta en cada latitud y aun en cada núcleo racial o agrupamiento lingüístico, enalteciendo ora el incesto, la prostitución y la poligamia, o, por el contrario, condenándolas según conviniera a las miras utilitarias del sacerdocio. La artificiosidad de los códigos morales se irá haciendo más patente a medida que vayamos estudiando su evolución a través de las distintas civilizaciones hasta la aparición del cristianismo.

duos reciben en su infancia una instrucción que les permite desenvolver todas sus facultades naturales. Apenas una centésima parte de los niños puede enorgullecerse de obtener esta ventaja, y la experiencia ha probado que aquellos a quienes la fortuna ha rehusado, pero luego la fuerza de su genio, ayudada por un azar venturoso, ha permitido ponerse en condiciones de instruirse, han permanecido por debajo de ellos mismos. Nada repara el defecto de esta educación primera, que es la única que puede proporcionar el hábito del método y esa variedad de conocimientos tan necesaria para elevarse en una de ellas a toda la altura que, naturalmente, puede uno enorgullecerse de alcanzar.

Sería, pues, importante tener una forma de instrucción pública que no dejase escapar ningún talento sin ser advertido y que le ofreciese entonces todos los socorros reservados hasta aquí a los hijos de los ricos. Se había comprendido esto aun en los siglos de ignorancia. De aquí esas numerosas fundaciones para la educación de los pobres; pero estas instituciones, impurificadas por los prejuicios de los tiempos que las vieron nacer no encierran ninguna de las precauciones necesarias para no aplicarlas sino a los individuos cuya instrucción puede convertirse en un bien público; no eran sino una especie de lotería que ofrecía a algunos seres privilegiados la ventaja incierta de elevarse a una clase superior; hacían muy poco por la felicidad de aquellos a quienes favorecían y nada por la utilidad común.

Viendo lo que el genio ha sabido ejecutar a pesar de todos los obstáculos, se puede juzgar de los progresos que habría realizado el espíritu humano si una instrucción mejor dirigida hubiera centuplicado por lo menos el número de los inventores.

Es verdad que diez hombres partiendo del

mismo punto no harán en una ciencia diez veces más descubrimientos y, sobre todo, no irán diez veces más lejos que uno de entre ellos que hubiese ido solo. Pero los verdaderos progresos de las ciencias no se limitan a avanzar. Consisten también en extenderse más alrededor del mismo punto, en reunir un mayor número de verdades encontradas por los mismos métodos y deducidas de los mismos principios. Con frecuencia, sólo después de haberlas agotado puede irse más allá; y desde este punto de vista, el número de estos descubrimientos secundarios arrastra consigo un progreso real.

Es preciso observar todavía que multiplicando los hombres ocupados en una misma clase de verdades se aumenta la esperanza de encontrar otras nuevas, porque las diferencias de sus espíritus pueden corresponder más fácilmente a las de las dificultades y porque el azar, que influye tan frecuentemente sobre la elección de los objetos de nuestras indagaciones y aun sobre la de los métodos, debe producir entonces más combinaciones favorables. Además, el número de los genios destinados a crear métodos, a abrirse una nueva carrera, es mucho más pequeño que el de los talentos de que pueden esperarse descubrimientos de detalle; y la sucesión de los primeros, en lugar de ser interrumpida con frecuencia, se hará tanto más rápida cuanto que se había dado a más espíritus jóvenes los medios de cumplir su destino. En fin, estos descubrimientos de detalle son útiles, sobre todo, por sus aplicaciones; y entre el genio que inventa y el práctico que hace servir las producciones a la utilidad común queda un intervalo que recorrer, un intervalo

que no puede llenarse con frecuencia sin estos descubrimientos de un orden inferior.

Así, mientras que una parte de la instrucción ponía a los hombres ordinarios en estado de aprovechar los trabajos del genio y de emplearlos sea para sus necesidades, sea para su felicidad, otra parte de esta misma instrucción tendría por objeto poner en vías de obra los talentos preparados por la Naturaleza, suprimirles los obstáculos y ayudarles en su marcha.

## La rebeldía

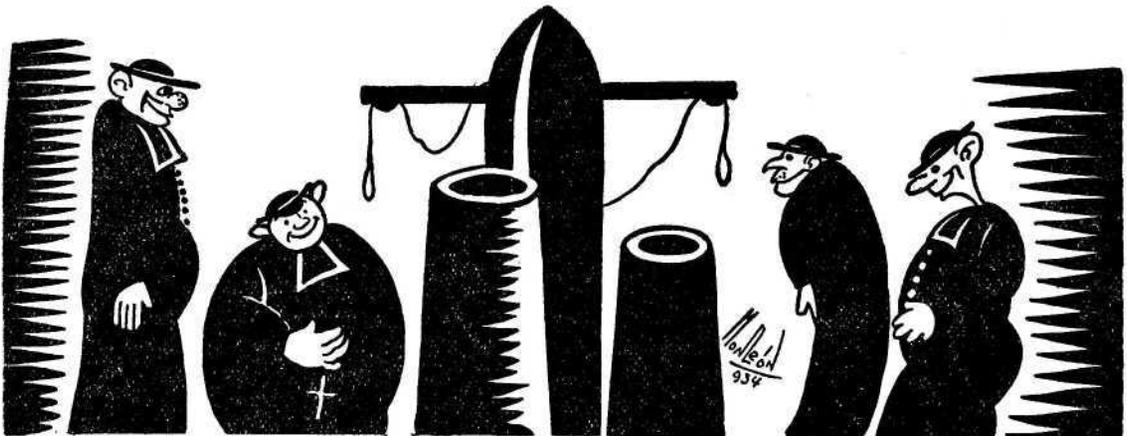
Hubo un espartaco.

El grito de rebeldía resuena eternamente a través del tiempo, a través del espacio, a través de la historia. Se agiganta en los cóncavos donde el dolor se retuerce bajo el azote de la miseria. Repercute, cada vez más resonante, en todos los pueblos y en todos los corazones. El esclavo perpetuo se rebela algunas veces, más veces cada día, y el rumor estridente de las cadenas agitadas por brazos que se levantan amenazadores, llena la tierra con ecos de venganza.

Y de tumbo en tumbo, de revolución en revolución, siempre hacia adelante, con el peso abrumador sobre las espaldas, Sísifo, el pobre Sísifo, explotado en todas partes, sube siempre y siempre rueda hacia abajo, vencido por la miseria moral de los resignados, de los envidiosos, de los eunucos.

Y arde también eternamente sobre la altiva cumbre de la justicia, de la libertad, de la igualdad, penacho gigante de luz que iluminará la sociedad del porvenir.

Subamos de nuevo, ayudemos a Sísifo, no abandonemos a los que luchan sinceramente por las conquistas de ideales de la redención.—DERROUX.



# El contagio moral y la lucha contra las psicosis colectivas

Santiago Valentí Camp

## V

La influencia enorme que en el orden individual y en la esfera colectiva ejerce la sugestión, es indudable. Recordando la frase del famoso tratadista Bernheim: «No todo es sugestión, pero en todo hay sugestión», puede aseverarse que, a pesar de los avances logrados por la educación en lo que atañe al carácter, nos hallamos bien lejos de haber libertado la psique del extraordinario y predominante poder de la impresinabilidad, y he ahí por qué son tan difíciles y penosas las elaboraciones polisintéticas indispensables e imprescindibles para orientarse en la vida, tanto en lo que concierne a los modestos y a veces humildes quehaceres privados, como en las cosas arduas que se relacionan con el dinamismo de las muchedumbres.

Todavía los estudiosos y los que presumen de poseer una vasta erudición, no se han dado cuenta del sinnúmero de contrariedades que ocasionan las alteraciones de la sensibilidad, que, a menudo, involucran en la emocionabilidad excesiva y el cansancio y la fatiga anormal determinadas por la autosugestión, la cual aparta a un número inmenso de individuos de aquel camino que se trazaran para realizar sus fines en la existencia. Y aunque en nuestro tiempo nadie duda de la virtualidad del aforismo: «Vale más prevenir que curar», es evidente que la prudencia, la mesura y la discreción, desde el punto de vista sociológico, pocas veces constituyen el *leit motiv* de la actuación del común de las gentes que no tienen una noción clara de la responsabilidad.

Nunca como en la hora presente pudo advertirse, examinando a fondo la motivación de un sinnúmero de actos, que el contingente de los neurasténicos, histéricos, melancólicos e hipocondríacos constituye la gran masa de las individualidades que presumen de equilibrio psíquico y de hallarse en plena normalidad mental.

La solidaridad presupone y exige la acción recíproca, porque, de otra suerte, es imposible de todo punto el que la unidad psicológica del individuo, y claro que de la colectividad, se desenvuelven en estados de normalidad e higidez.

Las causas determinantes del descentramiento, débense, en buena parte, a que, en cada generación, el número de taras y de estigmas propende a acrecer, porque, además de los defectos congénitos, contribuyen a desarrollarlo las circunstancias exteriores, el medio ambiental, que es un elemento de contagio, ya que ayuda a que se produzcan, en número extraordinario, las interferencias que desvían, y a la postre corrompen y avillanan, los espíritus, al depotenciar los organismos.

Luchar bravamente contra los flagelos contagiosos de índole moral, es tarea que pudiera llenar de gloria a los portavoces del meliorismo, tanto en lo que atañe a la individuación como en lo concerniente a las comunidades. Los medios profilácticos, preservadores y preventivos, han significado un gran triunfo para la Biología, y hase logrado que disminuyeran y aun llegasen a desaparecer plagas físicas que diezaban al linaje humano. Pero los progresos operados en lo que dice relación con la voluntad, no pueden

## Estudios

satisfacer a los espíritus inquietados por el noble afán de elevar el tono de la vida, mejorando los tipos humanos.

Cierto es que los hombres de ciencia poseen, y aciertan a manejar con tino y audacia, en algunas ocasiones, los recursos que pone en sus manos la tecnología, y, así, es innegable que, ahora, se combaten con éxito las agresiones de un sinnúmero de agentes infecciosos que, antes, carecían de medios para oponerse a su propagación. Pero estas campañas que constituyen verdaderas y radiantes conquistas del genio indagador que, por lo general, atesoran los hombres de laboratorio y de clínica, no es, por desdicha, todavía, patrimonio de aquellos otros que teorizan y pretenden haber hallado normas racionales que permitan regular la marcha de la sociedad. Ha sido labor relativamente fácil proteger a las multitudes contra determinadas dolencias, porque la Higiene ha divulgado innúmeros preceptos que permiten inmunizar la piel y las membranas mucosas, que constituyen una armazón que protege nuestro cuerpo, y se puede evitar que muchos gérmenes lleguen a traspasar tales defensas cuando no sobreviene una grieta que facilite al germen franquear la barrera.

Pero hay que convenir en que, en tanto el instinto y la sensibilidad no se hallen cobijados por el intelecto y la razón, en el aspecto ético, el impulso y la pasión no sólo tendrán un dominio respecto a nuestro «ego», sino que propulsarán nuestra entera actividad. El problema grave es que el individuo no acierta a sustraerse a las sollicitaciones del deseo, unas veces sólo impúdico, otras realmente anonadador, porque depotencia todas nuestras facultades y nos hace víctimas de las desbordadas apetencias. De ahí los enormes y terribles estragos que causa la psiconeurosis, el morbo que, hace medio siglo, constituye la causa principalísima de que nuestra complicada máquina orgánica entre en ejercicio cuando debiera permanecer inactiva y, al revés, en los instantes en que debiéramos laborar con ardimiento, nos mostramos reacios a llevar a cabo gestión alguna.

Hace más de un siglo que el descubrimiento realizado por Jenner, al hallar la vacuna, se reputara como un gran éxito para combatir la viruela. No debe olvidarse que esta enfermedad, que tan terribles efectos producía, fué, antes del portentoso triunfo del gran investigador, una de las causas principales de mortalidad. Porque, además, des-

figuraba a los pobres enfermos a quienes no había llevado al sepulcro, dejando huella indeleble en el rostro. En algunos países, singularmente en los nórdicos, la viruela, hoy, constituye una enfermedad rarísima, y ya hubiera desaparecido totalmente de Europa si se cumplieran con toda fidelidad las prescripciones relativas a la vacunación.

Las demás dolencias infecciosas, si bien se combaten con algún éxito, y a medida que las sociedades líbranse del abandono y de la suciedad, es menor el contingente de óbitos que causan, es evidente que no se dominan de una manera triunfal. El carbunco y la rabia, la peste y el cólera, la difteria y el tétanos, retroceden ante las vacunas salvadoras que reducen a la impotencia los gérmenes destructores de la vida humana. También la fiebre tifoidea hace menos estragos, pero de vez en cuando hemos de sufrir sus terribles asaltos. El flagelo que apenas se combate ahora es el de la psiconeurosis, que, en nuestros días, constituye una constante amenaza, especialmente en las grandes aglomeraciones urbanas, donde la imitación malsana y el ejemplo pernicioso de las clases dirigentes, tanto contribuye a extender los efectos funestísimos del despilfarro de energías, empleando esfuerzos en la consecución de triunfos efímeros que, casi siempre, constituyen derrotas vergonzosas.

La sencillez y la modestia no son antídotos poderosos y de probada eficacia contra los falsos estímulos, por la razón potísima de que, aunque todo el mundo presume de conocer los beneficios que proporciona el producirse con simplicidad y corrección, son una ínfima minoría las personas capaces de repudiar aquellas formas torvas de llamar la atención y presumir y ostentar cualidades de que se carece en absoluto o se poseen en menor proporción de aquella de que se blasona.

No hay quien no crea, atesorando una cultura media, en las ventajas que pueden obtenerse mediante las prácticas de la desinfección e incluso con el mero aseo personal, ni tampoco quien desconozca el valor que reviste el aislamiento y otras medidas enérgicas, como los «cordones sanitarios» rigurosos, que constituyen un obstáculo invencible contra la extensión de los gérmenes contagiosos y, por lo tanto, de máximo peligro.

En el orden moral, en cambio, no poseemos medios análogos para combatir ventajosamente y vencer con seguridad el tre-

mendo contagio que ocasionan: la moda, el afán de aparentar, fingiendo y simulando dotes, aptitudes y vocaciones que nos son ajenas y que ni aun cuando tratamos de rehacerlos, conseguimos adquirir. Y es que, las cualidades morales, no hay manera de apropiárselas ni siquiera pagándolas a precios exorbitantes. Tan sólo la formación ulterior de la personalidad, después de haber concurrido a la escuela durante diez o más anualidades, es posible que nos ponga en situación de ánimo para que podamos rechazar los mentidos alicientes que acicatean nuestro sensorio y despiertan en nuestro íntimo sentir la repugnancia hacia todo género de aspiraciones que nos han de estar proscritas, si realmente nos estimamos en lo más intrínseco, que es el ser originales de verdad, aunque sea en un ámbito restringido y casi insignificante.

Pero la astucia, la codicia, la vanidad, la presunción, a menudo nos descentran y desnivelánnos, y, claro está, los remedios morales son poco poderosos y es exigua su eficacia para aniquilar los gérmenes contagiosos del padecimiento moral unas veces, y otras, apenas puede disminuir y atenuar sus funestos y nefastos efectos para lo por venir.

La educación moral necesita, ahora con más intensidad que nunca, la cooperación de la mujer. Antes, las confesiones religiosas tenían, acaso, una virtualidad de que hogaño carecen casi por completo. Y de ahí que los preciados medios de salvaguardar la salud moral hayan de ser misión principal, si no predominantemente, reservada a la feminidad inteligente y conscia. Pero, aunque el promedio de las mujeres liberadas no haya alcanzado el nivel por que las gentes emancipadas suspiran, ello no es óbice para redoblar el esfuerzo que ha de generalizar el tratamiento profiláctico y curativo de las horribles enfermedades psicomorales. La estética laicista ha de tender a que la obra de perfeccionamiento y transformación de la conciencia realícese con la mayor eficacia posible, poniendo en esta magna tarea un hábito de cordialidad.

Es preciso difundir, entre las clases laboriosas, el ideal redentorista, que nunca será lo que debiera ser si se desoye esa voz interior que acierta a discernir el bien del mal, la nobleza de la torpidez, la elevación de la personalidad del desmayo y el convencionalismo antañón. Hay que hacer amar sinceramente el propósito recto y odiar con toda el

alma la plebeyez espiritual, y cuando se llegue a sentir devoción intensa por los ideales y las normas porveniristas, los deberes dejan de constituir obligaciones duras y penosas, y, entonces, las virtudes activas no sólo nos adoctrinan y enseñan, sino que nos transportan a las cumbres, donde los miasmas que pululan en los bajos fondos no pueden alcanzar las cimas ni contaminar el aire puro que allí se respira.

La educación de la voluntad —Julio Payot lo demostrara—, a un tiempo transforma el espíritu, lo hace más ágil y flexible hasta trocarlo en guía de nuestro hacer constante. Y llega a perennizar nuestros móviles que ya no nos pueden hacer divergir, porque ello constituiría una aficción angustiosa. Pero es que, además, hay que educar también la cordialidad para marcar aquellas direcciones que a menudo son decisivas para la vida del sujeto que anhela trocar las concreciones del intelecto en realidades colectivas. Coordinando bien la actuación, la propia obra tiene un inmenso poder moralizador que constituye, sin duda, el mayor beneficio que podemos obtener en todas nuestras empresas.

Cuando de la labor que efectuamos nos sentimos satisfechos, experimentamos un goce inefable, y es que nos consideramos fortificados, la conciencia nos anima y protege nuestra gestión y, además, presérvanos de que los gérmenes perniciosos puedan agredirnos, amenazando nuestra integridad. En cambio, cuando no acertamos a coordinar la gestión, sometiéndola a un ritmo soportable, sin fatiga, ejerce sobre los valores morales la influencia más opuesta, que debilita la personalidad, pervirtiéndola y entregándola, inerme, sin la menor resistencia, a la merced de aquellos individuos que sienten un placer sádico en el vencimiento de aquel a quien llaman amigo, correligionario, compañero, etc.

La obra de la mujer redimida, y en ciertos aspectos redentora, ha de estribar precisamente en combatir todas las formas de perturbación, de locura de la afectividad, de exageración —casi siempre espasmódica—, de excitabilidad funcional, debida a los incentivos inconfesables que todavía están en auge.

La culpabilidad débese, casi siempre, a que la infancia no fué atendida en los casos en que se halla libre de herencia enfermiza, tarada, y es evidente que en los países septentrionales, la criminalidad juvenil y la mo-

# Las palabras

Mariano José de Larra

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto! Nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por más que digan; un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto a lo demás, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Buffón y Valmont de Bomare, me dijese qué animal, por animal que sea, habla y escucha. «He aquí precisamente la razón de la superioridad del hombre», me dirá un naturalista: y he aquí precisamente la de su inferioridad, según pienso yo, que tengo más de natural que de naturalista. Presente usted a un león devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al león), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse a la fiera sobre la inocente presa con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una

necesidad positiva que está por satisfacer. Preséntele usted al lado un artículo de un periódico, el más lindamente escrito y redactado; háblele usted de felicidad, de orden, de bienestar, y apártese usted algún tanto; no sea que si lo entiende le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérsele a usted. El tigre necesita devorar al gamo, pero seguramente que el gamo no espera a oír sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razón. La hembra no engaña al macho, y viceversa; porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razón: a la simple vista huye el segundo del primero, y este es el orden, el único orden posible. Désele el uso de la palabra: en primer lugar necesitarán una Academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal o cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquier otra cosa; necesitarán sabios por consiguiente que se ocupen toda

cedad descarriada revisten menores proporciones que en las naciones súdcas, seguramente porque las madres, al darse cuenta de la anomalía o del trastorno que sufren los niños, aciertan a reeducarlos y los separan, en la ocasión oportuna, del ambiente deletéreo y aléjanlos de los malos ejemplos, y, así, consiguen regenerarlos.

Las grandes innovaciones y mudanzas de nuestro tiempo han de consistir en la elevación moral, primero, de la familia, y, subsiguientemente, de la sociedad. Esta es la gran obra profiláctica, preventiva y preservadora que las mujeres y los hombres hemos de llevar a cabo, porque, de otra suerte, la desventurada especie humana, acometida por todas partes por enemigos encubiertos, corre inmi-

nente riesgo, no sólo en el cuerpo, sino en el alma. El contagio psicopático hay que vencerlo, pero la sinceridad obliga a declarar honradamente que es tarea espinosísima, ruda, cruenta, y, a menudo, consíguense éxitos efímeros porque nos falta continuidad, energía, perseverancia y desfallecemos cobardemente; y pretendemos obtener conquistas rápidas y conseguir mudanzas bruscas en menesteres que la victoria sólo sonríe y es gloriosa cuando, desposeyéndonos de miras inmediatistas y, por lo tanto, mezquinas, nos desplazamos; y, así, es imposible de todo punto hallar la bella recompensa de la cual sólo se es merecedor cuando se ha laborado abrigando confianza en el triunfo.

una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores, que hagan macitos de papel encuadernados, que llamarán libros, para leer sus aspiraciones a los demás, a quienes creen que importan; el león más fuerte subirá a un árbol y convencerá a la más débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir a su albedrío, sino para obedecerle a él; y no será lo peor que el león lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre a las cosas, y llamando a una *robo*, a otra *mentira*, a otra *asesinato*, conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio; el noble bruto que dormía tranquilamente las veinticuatro horas del día, se desvelará ante el fantasma de una distinción; y al hermano a quien sólo mataba para comer, matará después por una cinta blanca o encarnada. Déles usted, en fin, el uso de la palabra y mentirán: la hembra al macho, por amor; el grande al chico por ambición; el igual al igual por rivalidad; el pobre al rico por miedo y por envidia; querrán Gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo, ¡vive Dios!; éstos se dejarán degollar porque lo mande uno solo, afición que nunca he podido entender; aquéllos querrán mandar a uno solo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (o mejor, no sé lo que quiere decir), los que manden a los de baja cuna; allá no habrá diferencias de cunas... ¡Qué confusión! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena; que ésa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusión, los animales, como no tienen el uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices; no pueden engañar ni ser engañados; no creen ni son creídos.

El hombre, por el contrario: el hombre habla y escucha, el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree. Dígame usted que tiene talento. ¡Ciertos!, exclama en su interior. Dígame usted que es el primer ser del universo. Seguro, contesta. Dígame usted que le quiere. Gracias, responde

de buena fe. ¿Quiere usted llevarle a la muerte? Trueque usted la palabra y dígame: *Te llevo a la gloria*; irá. ¿Quiere usted mandarle? Dígame usted sencillamente: *Yo debo mandarte*. Es indudable, contestará.

He aquí todo el arte de manejar a los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. «El hambre, ¡oh lobos! —decidles—, se ha acabado: ahogado el monstruo para siempre...» «¡Mentira! —gritarán los lobos—. ¡Al redil, al redil! El hambre se quita con cordero...» «La hidra de la discordia, ¡oh ciudadanos! —dice por el contrario un periódico a los hombres—, yace derribada con mano fuerte; el orden, de hoy más, será la base del edificio social; ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo por qué horizonte; el iris de paz (que no significa paz) luce después de la tormenta (que no se ha acabado); de hoy más la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomún...», etc. ¿Ha dicho usted *hidra de la discordia*, *justicia*, *procomún*, *horizonte*, *iris* y *legalidad*? Ved enseguida a los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones. ¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Después de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con sólo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los días, como echaba Eneas la torta al cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre... Palabras todo ruido, confusión: positivo, nada.

¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!



¡MUCHO HA DE CORRER.....!

# El Estado

Arturo Arnould

Ya no hay actualmente cuestiones nacionales propiamente dichas. Hay la gran lucha de la Revolución contra el Estado, del porvenir contra el pasado, de la igualdad contra el privilegio, del derecho contra la fuerza.

Esta lucha existe, abierta o latente, en todos los pueblos civilizados, cualesquiera que sean su latitud geográfica y la forma política de su Gobierno: imperio, monarquía, república, poder personal o parlamentarismo.

Lo que detiene y esteriliza la acción revolucionaria en Francia, es lo mismo que detenía ayer la revolución en Italia, lo que la hizo abortar en España, lo que la retarda y hará que mañana sea impotente en Alemania; esto es, *la teoría del Estado*, tanto si es el Estado republicano como si es el Estado monárquico; tanto si es el *Estado obrero* como si es el *Estado burgués*.

*Estado y Revolución* son dos fuerzas contradictorias, incompatibles.

Se trata de salir de la evolución política, cuyos términos todos conducen al despotismo arriba, a la esclavitud abajo, para entrar en el terreno de la evolución social, que nos dará la justicia con la igualdad y con la libertad.

Pero para entrar en este terreno de la realización socialista es necesario, por lo pronto, derribar las barreras que nos dificultan el paso, es decir, abolir el Estado y todo el organismo político de que él es la encarnación suprema.

Cuando se repite la frase de Luis XIV: «El Estado soy yo», todos nuestros liberales se indignan.

Cuando el Estado moderno dice: «La Nación soy yo», y obra en consecuencia, ¿qué diferencia halláis?

Tiene razón. Se lo habéis dado todo; es el más fuerte, lo puede todo, lo es todo.

—Pero ¡yo soy el pueblo soberano! —respondéis—. Todas esas gentes que me gobier-

nan, que me racionan mi parte de libertad, de existencia, de aire respirable, que cortan y roen mi derecho, que legislan sobre todo y contra todo, contra mí particularmente, me deben a mí su Poder.

—¿Pero dejan de tener, por eso ese Poder?

—Yo soy quien los nombra.

—¿Dejáis por eso de ser gobernado?

—Tengo mi papeleta electoral, los cambiaré.

—Y cuanto más los cambiáis, más es la misma cosa.

Primeramente, porque los cambiáis cuando ellos quieren o han fijado, en las condiciones queridas y preparadas por ellos; de tal modo que no podéis impedir nunca el mal sino cuando está hecho.

En segundo lugar, porque el mal tiene raíces más profundas. Podad el árbol cuanto queráis: no dejará de brotar; y si es un manzanillo, quedaréis envenenados lo mismo cada vez que vayáis a descansar a su sombra.

El error consiste en creer que cambiando la investidura del Poder se cambia su naturaleza.

Cierto rey, hablando de sus soldados, decía: «Vestidles de verde, vestidles de rojo: huirán siempre ante el enemigo.»

Lo mismo pasa con el Poder. Se ejerza en nombre del derecho divino y hereditario o en nombre de la soberanía popular y del derecho electivo, será siempre el Poder, y vosotros seréis siempre la cosa inerte que administran, que dirigen, que gobiernan.

Lleve en la frente el óleo santo, la pólvora de las barricadas o la papeleta electoral, el Estado, representado por un hombre o por una Asamblea, ¿acaso no tiene siempre las mismas prerrogativas, la misma omnipotencia?

Desde el momento que habéis dicho sí, con mayor o menor conocimiento de causa, con más o menos libertad moral o material, ¿dejáis de pertenecer a ese Poder que de vosotros salió, pero que ya no es vosotros?

Si a un condenado a muerte se le dijese:

«La Administración no nombrará el verdugo, lo elegirás tú mismo, y antes de cortarte la cabeza declarará que lo hace en virtud de tu propia soberanía», ¿creéis que la suerte del guillotinado habría cambiado esencialmente?

Pues bien; esta teoría es la de la *soberanía delegada*, la de toda la vieja generación revolucionaria y la de todos los jóvenes neófitos que aspiran al Poder.

Basta ya de hacerse ilusiones. Jamás el Estado, sea cual fuere el nombre que tome, será verdaderamente *demócrata*, ni *liberal* siquiera, es decir, sometido a la voluntad de la nación.

¿Cómo queréis que el que manda... obedezca?

Nunca será ni la libertad ni la igualdad, puesto que es la autoridad, y por consiguiente el privilegio, es decir, lo contrario de la libertad y de la igualdad.

Todo el sistema dictatorial, autoritario, gubernamental —tres sinónimos—, descansa en la insensata idea de que el pueblo puede estar representado por otros que no son el pueblo.

Nadie puede representar al pueblo, pues nadie mejor que él puede conocer sus necesidades y su voluntad.

Se representa intereses definidos, circunscritos, limitados, pero no se representa una abstracción.

Se representa un Municipio, un grupo económico, un cuerpo de oficio, pero no se representa el pueblo.

El Estado no os representa. Se representa a sí mismo. Ahora bien; vosotros y él sois *dos*, y *dos jamás pueden hacer uno*.

¿Qué diríais de un hombre que teniendo una espina clavada en un pie cambiase de calzado creyendo curarse?

La espina es el Estado, los Gobiernos son el calzado que se cambia..., y he ahí por qué el mal perdura.

Hablando Proudhon de la clase directora, dice en su *Correspondencia* (tomo V, página 51):

Es una casta torpe, inmoral, ambiciosa, sin principios, siempre pronta a robar la fortuna pública y a explotar al pobre, adaptán-

dose para ello lo mismo al imperio que a la república, a la Iglesia o al rey.»

Por esto hemos visto a Thiers adaptado a la presidencia de la República versallesca y vemos a sus amigos adaptados a la república monárquicoclerical que sueñan regir con decretos del Imperio. Son los listos de la banda.

Han acabado por comprender que con tal que se sepa amordazar al pueblo y se conserve el Poder absoluto en manos de la clase directora, importa poco que la mordaza sea blanca, negra o azul, que el Poder se llame república o monarquía.

Pero va siendo inútil. El pueblo empieza a comprender de dónde viene el mal y a explicarse por qué todas sus victorias de un día resultan derrotas de veinte años.

Un individuo come setas y se envenena. El médico le proporciona un vomitivo y le cura. Enseguida corre al cocinero y le dice:

—Las setas de ayer en salsa blanca me envenenaron. Mañana las harás en salsa negra.

Las come en salsa negra. Segundo envenenamiento, segunda visita al médico y segunda cura.

—¡Diablo! —dice a su cocinero—. No quiero más setas en salsa negra. Mañana me las harás fritas.

Tercer envenenamiento, con acompañamiento de médico y de vomitivo.

—Lo que es esta vez no me pescan de nuevo. Cocinero: confítame las setas.

Vuelta al envenenamiento.

—¡Pero ese individuo es un imbécil! —diréis—. ¡Que arroje las setas a la basura y que no las coma más!

Os ruego que no seáis tan severos, pues ese imbécil es... vosotros, somos todos, es la humanidad entera. Cuatro o cinco mil años hace que guisáis el Estado, es decir, el Poder, la autoridad, el Gobierno, con toda clase de salsas; que hacéis, deshacéis, cortáis y roéis constituciones sobre todos los figurines y que el envenenamiento continúa.

Habéis ensayado realezas legítimas, realezas de hecho, realezas parlamentarias, repúblicas unitarias y centralizadas, y la única cosa que sufrís, el despotismo, la dictadura del Estado, la habéis respetado escrupulosamente, la habéis conservado cuidadosamente.

# La mujer y la guerra

Eugen Relgis

No es necesario hacer un historial de la situación de las mujeres en la sociedad, a través de las épocas y de las razas, para convencernos de que son las protectoras naturales de la paz.

Biológicamente hablando, son las madres las que, pariendo en el dolor, continúan siendo las fuentes de la vida eterna que no pueden suprimir las epidemias, ni las guerras, ni la muerte. Frente a la nada, el instinto de la especie sale siempre victorioso; las generaciones y las civilizaciones han continuado sucediéndose, cada una sobre las ruinas de la otra. Pues el amor es inagotable, a pesar de las convulsiones del odio; es primordial, a despecho de las teorías de «el atavismo guerrero». Por su estructura de alma, determinada ésta por la de sus órganos, la mujer es esencialmente pacifista: su gesto es el de la consolación y sus labios musitan las letanías del amor. Ella es la guardiana de la cuna y del hogar.

La mujer no está destinada al culto de la Fuerza. Si hubo en otro tiempo Amazonas que lanzaban diestramente la flecha; si hubo un período de matriarcado en que la mujer tenía la preponderancia social; si existieron emperatrices que codiciaban la dominación del universo, éstas no son sino excepciones que confirman la «ley» monótona de la preponderancia masculina. Aun cuando desempeñen en los cuadros de la especie un papel fundamental, las mujeres, en el cuadro de la sociedad, estuvieron y están sometidas aún para la mayoría a la esclavitud sexual, económica y moral.

Desde los orígenes de la civilización, la mujer ha sido considerada como propiedad del hombre, tal como el niño o como el animal doméstico, una «cosa» útil, teniendo que cumplir ciertas funciones. Esta situación fué consagrada no sólo por la tradición, sino también por algunas religiones que declaraban a la mujer desprovista de alma. Esta superserfición ha desaparecido, pues el amor y el

alumbramiento no son tan sólo efecto de los instintos.

En recompensa, persisten otras herejías. La mujer es considerada inferior al hombre, intelectualmente; causas genéricas le impedirían contribuir al progreso de la cultura; no tiene la inteligencia de las cuestiones económicas, técnicas e incluso estéticas... Olvidase que es su situación de esclava la que le ha impedido manifestarse en los diversos dominios. No ha podido desarrollar sus facultades cerebrales, porque ha sido relegada en la ignorancia.

El progreso incesante de la socialización, sobre todo durante el siglo último, cuando la crisis económica se ha acentuado en todo el mundo, ha abierto a las mujeres una puerta hacia la emancipación. Dejadas en libertad de cultivarse, pronto han formado una legión de intelectuales que preconizan ardorosamente no sólo los deberes, sino también los derechos de la mujer. Hoy en día, no hay un solo dominio al cual no haya aportado la mujer, al mismo tiempo que la prueba de su capacidad igual a la del hombre, ese espíritu de desinterés y esas cualidades innatas que reclaman ante todo los pacifistas.

En el arte, en la ciencia, en la enseñanza y en la industria, las mujeres ocupan un lugar siempre creciente. Poseen una élite que, a la manera de la de los hombres intelectuales, se mantiene lejos de lo que se llama, en un sentido despectivo, «la política». Pero una categoría de mujeres aun más numerosas se halla bajo el yugo del salario. Si en la hora presente hay un tipo de mujer cerebral, que parece asexuada con frecuencia, existe también el tipo de la mujer burócrata y de la mujer obrera. Estas últimas están en la misma situación que los proletarios; participan en el movimiento socialista, reforzando a los que suscitan la lucha de clases. El resto de las mujeres, «burguesas» o «campesinas», continúa en la misma situación milenaria: la propiedad del hombre y madres prolíficas.

La concepción sobre la familia (exceptuada la Rusia comunista) no ha sufrido cambios fundamentales. A pesar de la transformación de las relaciones sociales, persiste la preponderancia masculina. Basta con considerar la última guerra europea. Esta es obra del hombre; la mujer la ha favorecido a lo sumo con su pasividad, pese a los imperativos pacíficos de su ser. Los que han esperado que la mujer moderase las costumbres guerreras, han quedado amargamente decepcionados.

Las mujeres fueron arrastradas a la locura colectiva tan fácilmente como los hombres. Si no llevaron las armas, las forjaron en las fábricas que antes fabricaban máquinas; si no mataron, contribuyeron a difundir el odio. Deificaron a la patria sanguinaria y enviaron a la muerte a sus esposos, a sus parientes y a los que habían criado sobre su seno. La psicosis de la guerra pervertió su instinto de madre y de guardiana. La superstición del heroísmo y la mentira de Estado hallaron un terreno favorable en las almas frágiles de las mujeres. El orgullo de tener cada una un «héroe» condecorado, las hizo salvajes; la «hermana de la caridad» no otorgaba sus cuidados al enemigo maldito. Llevaban el luto con una altivez afectada, y algunas de ellas recordaban a la madre de los Gracos, *la mujer que da alaridos entre los gritos de guerra, excita al guerrero y moja ya lauros en la sangre para coronar con ellos al vencedor* (1).

Hubo, indudablemente, mujeres que lloraban a su marido o a su hijo en la soledad llena de miseria y de terror. Las hubo que maldijeron la guerra, pero raras veces su brazo se levantó amenazador ante las «autoridades». El grito de paz iba siempre acompañado del grito por el pan. Muy poco numerosas fueron las mujeres que comprendieron que su deber era no esperar, llorando o gritando a coro con los patriotas el retorno del marido en vías de revolcarse en el lodo ensangrentado y de hacer la caza de su semejante, sino apresurar la paz. ¿Por qué no se pusieron al frente de los regimientos en marcha hacia el frente? ¿Por qué forjaron el material homicida? ¿Por qué mantuvieron, con sus joyas cedidas al Estado, las victorias de la muerte?

Las mujeres que, no obstante, constituyen la mayoría de la humanidad, que poseen tantos recursos psicológicos, fueron impotentes para atemperar la furia guerrera. Esta cesó por el hecho de su propio agotamiento, y la

«paz» de Versalles selló también la debilidad y la rudeza moral de la mujer. Esa «paz» es el fruto del dualismo monstruoso: amos y siervos, y también de este otro dualismo: hombre y mujer; del hombre que ha conservado, al mismo tiempo que la preponderancia social, el culto de la fuerza, y de la mujer que ha aceptado la esclavitud doméstica, la servidumbre económica, dejando arder la hoguera de la guerra.

Hoy en día, la horrible experiencia de masacre ha venido a aumentar el ejército revolucionario de buen número de mujeres. Esto no basta. La revolución económica no es todo. La guerra —otros lo han dicho— continúa siendo posible incluso después de la desaparición del capitalismo. En la nueva lucha por la victoria del internacionalismo y del pacifismo, la mujer debe tener un papel preponderante.

Debe conocer ante todo su misión natural. ¡Pacífica y sociable! Así quiso el destino que fuese la mujer. El amor y el alumbramiento, esas dos «funciones» esenciales de la mujer deben ser también las fuentes inagotables destinadas a mantener la paz y la fraternidad entre los hombres.

Que el que nace de la mujer sea criado en una atmósfera purificada de todos los miasmas de la superstición y de la ignorancia, y defendido contra las sugerencias sanguinarias de la «patria militarizada»; que devenga creador de valores culturales y económicos; que el amor maternal lo eduque en el respeto de la vida humana; que sepa que es hermano de todo hombre y fruto, como él, de un amor semejante; que se le prepare para la unión libre, igual y serena con aquella para quien su existencia se prolongará en el infinito de la especie.

He ahí lo que las madres, las esposas y las hijas pueden hacer más fácilmente que cualquier otra cosa. Sólo tienen que escuchar la voz de su corazón si no han logrado todavía oír la de la razón. Mas, dado el imperativo de la solidaridad moderna, no lo lograrán sino organizándose a su vez; tomando parte no solamente en el trabajo social y en el progreso de la cultura, sino también en la acción social que llega hasta la raíz del mal: *la educación*.

Este es el punto de partida. Aun antes de la revolución económica, las mujeres pueden comenzar *la revolución moral*, reconociendo su primera misión: no solamente criar, sino también educar al niño.

(1) Andrés Latzko: *Las mujeres en guerra*.

Si el vástago está bien cuidado, si no es torcido y podado por hortelanos malévolos, el árbol crecerá recto y se cargará de frutos.

La acción de ciertas Agrupaciones de mujeres, comenzada antes de la Guerra Europea y que tiene por objeto la obtención de derechos políticos, ha abierto a las mujeres, en ciertos países, el acceso a funciones más bien políticas y no se ha extendido a los dominios sociales. La «sufragista» es un tipo que ha inspirado principalmente a los comediógrafos. Ella ignoraba en gran parte las cuestiones vitales de la humanidad. Buen número de estas mujeres han entrado en la política sin ninguna utilidad para nadie. (Sabido es que la política se oculta también en los salones, y que muchas luchas políticas y guerras, asimismo, tienen su génesis en una sonrisa prometidora de recompensas secretas...)

Las reivindicaciones puramente políticas de la mujer son vanas. El movimiento feminista, que no gira alrededor del eje del pacifismo y del internacionalismo, representa un esfuerzo sin utilidad. Algunos afirman también que el movimiento feminista es, por su espíritu y por su orientación, un movimiento reaccionario, pues «la liberación de la mujer no se hará por medio de él, por la sencilla razón que no ataca a la verdadera causa de la servidumbre femenina» (1).

La emancipación de la mujer se realizará al mismo tiempo que la liberación de la humanidad del yugo económico y guerrero. Hay principios que justifican estas esperanzas.

Nombremos la Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad, sobre la cual debemos insistir, pues representa el programa más positivo y más adecuado a la situación actual. La Liga es una «internacional femenina del espíritu público y del sentimiento colectivo por la gran ofensiva de la paz» (2).

Aun cuando tiene su sede central en Ginebra, la Liga ha nacido en los países donde está más desarrollada la conciencia social y política: en América y en Inglaterra. Por su espíritu y por su organización, así como por la tenacidad de sus conductoras (3), la Liga

se parece a la Unión of Democratic Control. Fundada hacia principios de la guerra europea, la Liga ha fijado su programa en un primer Congreso, celebrado, en 1915, en La Haya. Su acción se ha desarrollado rápidamente y dió amplitud a su programa en el Congreso de Zurich (1919) y de Viena (1921).

El éxito de la Liga es, en efecto, internacional; forma una federación de mujeres, con secciones en más de veinte países y con miembros en todos los puntos del globo, incluso en Islandia y en Nueva Zelanda. La Liga se esfuerza en establecer relaciones internacionales de una naturaleza que haga imposible la guerra y que cree condiciones de existencia idénticas para el hombre y para la mujer, sin emplear medios violentos, sino solamente por medio del valor, de la voluntad del bien y de la fuerza moral. La Liga se levanta contra «la política moral» que promueve guerras coloniales y la explotación económica, pero se declara también contra la revolución cuyo resultado es doble: un terror blanco y un terror rojo.

Las reivindicaciones puramente feministas, que constituyen la Carta de los derechos de la mujer, son éstas: derecho de voto y derecho a formar parte de los cuerpos legislativos y administrativos; protección de la mujer contra la esclavitud persistente aún en la Europa oriental, en Asia y en Africa; supresión de la tutela masculina e igualdad de ambos sexos en la educación; acceso a las industrias y a las profesiones; supresión de todo tráfico sobre las mujeres y la institución de una moral nueva que tenga por base la maternidad, que deberá considerarse como un servicio; ninguna discordia política o económica deberá privar a las madres de la alimentación necesaria a sus hijos.

En el orden político, la Liga ha inscrito en su programa el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos; los derechos de las minorías; la abrogación de los tratados secretos y de los que son incompatibles con la constitución de la Liga de las Naciones; la supresión de la censura política y la legislación de los derechos de la mujer. La Liga ha obtenido de la Sociedad de las Naciones el recono-

(1) Magdalena Marx: *Para acabar con el feminismo*.

(2) Rudolf Goldscheid: *Frauen, Freiheit und Friede*.

(3) La presidenta de la Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad es Jane Adams (Chicago); secretaria, Camila Drevet (Francia); vice-

presidentas: Lida G. Heymann (Alemania) y Catherine Marshall (Inglaterra); miembros del Comité ejecutivo: G. Duchéne (Francia), M. Gobat (Suiza), Yella Hentzka (Austria), C. Ramont-Hirschmann (Holanda), Gertrud Baer (Alemania), Lucie Dejardin (Bélgica) y Thora Daugaard (Dinamarca).

cimiento de varios puntos contenidos en la Carta de los derechos de la mujer (1).

En el orden *militar*, la Liga persigue la supresión del derecho a declarar la guerra, la reducción inmediata de los armamentos en todo el mundo, el cese de la fabricación de municiones y la abolición del reclutamiento militar. La propaganda antimilitarista de la Liga es sistemática. En Inglaterra, 50.000 hombres se negaron en plena guerra, por efecto de la acción de la Liga, a prestarse al servicio militar.

En el orden *económico*, la Liga pide el libre intercambio, la apertura de todos los mercados comerciales de manera igual para todas las naciones; un sistema monetario de pesas y medidas, universal. En el orden *social*, la libertad completa de las comunicaciones y de los viajes, la abolición del trabajo de los niños y una legislación matrimonial internacional.

Mas lo que preocupa sobre todo a la Liga es la educación de los niños (en el Congreso de Viena, esta cuestión fué discutida durante tres días, de los seis que duró el Congreso). Se ha constituido un Comité internacional para la organización mundial de la educación, para fortalecer los principios étnicos y el civismo internacional. Esta es la base de la paz entre las naciones y de la libertad en el seno de una misma nación.

La Liga pretende renovar la civilización humana. Para esto hay que empezar por educar a los pueblos. El respeto a la vida, el carácter sagrado de la personalidad humana deben estar siempre presentes en el pensamiento de los que tienen una autoridad moral e intelectual. La educación de los niños deberá hacerse con un espíritu internacional; será preciso depurar los manuales escolares de todo lo que tienda a destruir la armonía entre los pueblos.

«La historia de la civilización formará la base de toda instrucción, a fin de que la juventud se familiarice con la evolución de los pueblos y aprenda a conocer a los grandes hombres de todos los siglos. La instrucción cívica debiera desarrollar la conciencia de la solidaridad humana y ser, por así de-

cirlo, una introducción a los deberes de los ciudadanos del mundo.» (Informe del Congreso de Viena, 1921.)

Los que propagan el odio por medio de los libros; los que envenenan a la opinión pública por la escuela, por la iglesia y, sobre todo, por medio de la prensa, debieran sufrir sanciones penales. La prensa no debe ponerse al servicio de la política imperialista. En las escuelas será necesario incorporar al estudio de la lengua nacional, el de una lengua auxiliar internacional; hay que introducir en él también el estudio comparado de la psicología de los pueblos; crear universidades y escuelas normales internacionales para la unificación de la enseñanza, y universidades especiales donde las mujeres aprendan a conocer sus deberes de ciudadanas del mundo y, particularmente, su *responsabilidad* como madres del género humano. La cultura física no debe crear costumbres militares sino que debe ser un método para el desarrollo de la salud y de la capacidad de la especie humana.

Después de haberse levantado o pronunciado por la abolición de la guerra entre los pueblos, la Liga pide también la igualdad de razas: suprimir todas las restricciones en la enseñanza y conceder a cada cual el derecho a ganarse la vida; abolir las disposiciones sobre la deportación, conceder el derecho de asilo, etc. Simpatizando con el movimiento revolucionario de los obreros y pronunciándose contra la explotación del hombre por el hombre, la Liga preconiza, sin embargo, el método pacífico: «Hacer que el hombre pierda el hábito de la violencia.»

Debe suscitarse una campaña más enérgica contra la guerra, y esto atacando los mismos orígenes del mal: la educación. La Liga prepara a las mujeres contra una guerra eventual por medio de una organización internacional; ellas rehusarán todo apoyo a la guerra: nada de trabajo en las fábricas de municiones, nada de propaganda patriótica, nada de prestación al Estado militarista, y (lo que parecía inhumano a algunos, pero que es lógico y eficaz) tampoco el auxilio de la «hermana de la caridad». ¿No volvieron a enviarse a muchos heridos curados al infierno del frente? .

El programa de la Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad es formidable y fundamental, pero realizable. El Congreso de la Liga en Viena nos ha presentado una especie de Parlamento internacional

(1) Las mujeres han obtenido el derecho al voto en Islandia y en Dinamarca (1915); en el Canadá (1917); en Inglaterra, en Alemania, en Austria, en Hungría (1918); en Polonia (1919); en Rusia y en varios Estados de América (1920).—Wyoming (Estados Unidos) es el primer Estado que concedió los derechos a las mujeres, en 1896.

# Cómo debe engendrarse un hijo

Dr. Remartínez

Lo que esencialmente diferencia al hombre del bruto es su facultad de discernimiento, su razón. Esta debe informar y dirigir el mero instinto, cualidad animal, poniéndolo al servicio de la inteligencia. Una cosa es la satisfacción del apetito sexual, función puramente instintiva, y otra el acto trascendental de engendrar un hijo. El animal cumple la primera sin pensar en el segundo, pero el hombre debe separar claramente ambos conceptos. No se precisan generalmente muy especiales condiciones para el ayuntamiento sexual o la obtención del placer que el mismo determina, pero sí se hacen necesarias una multitud de felices concurrencias para que la solemne y elevada misión de engendrar un hijo se cumpla en las mejores condiciones que aseguren su buen desarrollo y afirmen su posibilidad de vida y medro ulte-

---

de las mujeres, de una sobriedad oratoria rara, donde se ha pesado los resultados obtenidos y se ha tomado decisiones cuya ejecución ha comenzado ya. Entonces hemos tenido la impresión de que la mujer, a la cual se le había permitido «jugar» con las riendas sociales y políticas, habíase instalado firmemente en su puesto, bien decidida a no cederlas exclusivamente de los hombres, quienes, después de la guerra, atraviesan una crisis de agotamiento y de enervamiento.

¿No va a realizarse, en una nueva forma, el antiguo matriarcado?... ¿No se llegará a la armonización de las dos mitades de la especie, llamadas a colaborar en todos los dominios al servicio de las mismas aspiraciones humanitarias?

rior. Poco hay que pensar para satisfacer el instinto, pero es hondo problema, cuya magnitud debe hacernos meditar, el hecho de crear un hijo y dar una vida que él no nos ha pedido y que no tenemos el derecho a hacer desgraciada por nuestra ignorancia o nuestra imprevisión. Para machos y hembras casi todos valen; pero, ¡cuán pocos están capacitados para su excelsa misión de padres!...

Cuando quieras infundir vida a un nuevo ser, debes reconcentrarte y medir serenamente las condiciones que te rodean y que te asisten, es decir, cuanto depende de ti y cuanto deriva del medio en que vives. Tu salud y la de tu compañera, vuestra inteligencia, las circunstancias que informan vuestra vida, las posibilidades económicas; todo debes estudiarlo y aquilatarlo previamente sin dejar nada al azar o a la culpable imprevisión de un «ya veremos después». Si no tienes, si no tenéis ambos salud y robustez, no tenéis el derecho a lanzar al mundo a un desgraciado que nacerá débil, enfermizo o degenerado, sin más culpa que la de no haber podido elegir sus padres. Si el medio en que vives no es adecuado, piensa en las dificultades que vas a crearle y a las que condenas a tu hijo. Si tu posición económica no le asegura, mientras no pueda valerse por sí mismo, un regular bienestar, medita sobre la responsabilidad que adquieres ante tu conciencia. Antes que en ti mismo debes pensar en tu hijo, al que debes poner en condiciones de que te supere y sea mejor que tú fuiste.

Para el acoplo sexual instintivo, satisfacción fisiológica de nuestro instinto, cualquier

instante es bueno. Pero no así para la unión perfecta, cuyo móvil o primordial objetivo sea engendrar un hijo. Si aspiras a que el fruto de tu unión, obedeciendo a una actuación vuestra consciente, tenga las mayores garantías de robustez y perfección, deberás elegir deliberadamente las circunstancias que rodeen el momento de la cópula, así como la época y hasta el instante en que aquélla se verifique. Un coito fecundo en momentos de debilidad orgánica de uno de los progenitores o estando éstos bajo la influencia de alguna emoción deprimente, puede malograr en mayor o menor grado el germen en que deben tener puestas sus esperanzas. No basta ser sano, no basta ser fuerte y apto; conviene, además, escoger el momento para el trascendental episodio.

La época más propicia es la primavera, época en que la Naturaleza entera entona su himno a la Vida y la mayoría de los seres vivos sienten en su instinto el acuciador prurito del sexo. La hora no es indiferente; si la noche, según un falso dicho popular, se hizo para el amor, deberemos entender sólo para el amor cuyo fin sea el placer, no la unión sagrada que da vida a un nuevo ser. Las energías orgánicas siguen una marcha casi paralela a la del Sol, y siendo por tanto aquéllas mínimas durante la noche y hacia la madrugada, evitaréis estas horas y elegiréis mejor las de la mañana, mejor en la proximidad del mediodía, para aprovechar más completamente vuestra energía en beneficio del germen que pretendéis procrear.

Procurad que vuestro estado de ánimo sea el adecuado. Id al coito que pretendéis sea creador, tranquilos y sin premuras y cumplid el rito con la mayor perfección y mutuo entusiasmo. Será prudente que desde días antes hayáis ido preparando el momento con una prudente abstinencia sexual previa y una vida higiénica. De todas formas deberéis sentirnos fuertes y alegres. Cualquier molestia o debilidad que notéis, así como cualquier estado de ánimo deprimente que os influya, puede traducirse en imperfecciones o taras del ser a que vais a dar vida. Si vuestro estado de salud es factor importante, no lo es menos el tono de vuestro espíritu, que debe estar preparado en forma, optimista y seguro. Finalmente, no repetáis el coito que pretendéis sea fecundo, porque pudiera suceder que los espermatozoides fecundantes fueran los de la segunda vez, menos vigorosos acaso, o que vuestro estado no fuera de

tanto vigor o entusiasmo como la primera, que es la que debe valer.

Suponiéndote a ti, hombre, bien capacitado de tu misión y consciente de tu responsabilidad, y dando por sentado que has hecho una vida previa sana e higiénica, que no has envenenado tu organismo con tóxicos ni alcohólicos, ni tu espíritu con malos pensamientos de egoísmo, de odio, de envidia, etcétera, y creyendo que has cumplido fielmente los anteriores consejos, poco me queda decirte de tus obligaciones una vez confirmado el embarazo de tu compañera. Pero todavía tienes algo que hacer y algo que no hacer en su beneficio y en el del fruto de vuestro amor. Ante todo te cuidarás de que la futura madre se alimente bien y racionalmente, de que haga vida higiénica, etc., a tenor de los consejos que a ella le doy más adelante, y que tú debes cuidarte de que sean observados. Esto es lo que tienes que hacer. Y lo que no tienes que hacer es... intentar ningún nuevo coito hasta finalizar el embarazo y aun la primera parte de la lactancia. Aunque oigas estúpidas opiniones populares en contra, ten bien entendido que el acto sexual en nada beneficia y en mucho puede perjudicar a tu compañera y al nuevo ser. Debes dominar la bestia y abstenerte por completo, en realidad, hasta bien avanzada la lactancia. No creas que te será difícil esta continencia; pasados uno o dos meses la soportarás mejor que al principio y te ayudará a observar la seguridad de que actúas como ser consciente en beneficio de la madre y de tu hijo.

En cuanto a ti, madre en ciernes, que por este solo título eres ya acreedora a toda la admiración y a todo respetuoso afecto, tengo mucho que aconsejarte para que sepas velar por la normalidad del desarrollo del ser que llevas en tus entrañas y lèves a puerto feliz y con viento favorable la nave de tu estado. Te supongo enterada de los consejos anteriores, y aunque directa o indirectamente se relacionen contigo, no insistiré en ellos. Voy a hablarte ahora a ti, mujer, de lo que más inmediatamente te afecta conocer y practicar.

Lo primero que quiero que sepas es que tu estado no es ninguna enfermedad ni algo calamitoso que haya que temer por su frecuente cortejo de molestias, vómitos, etc. Debes saber que casi todos estos percances, a veces graves y siempre molestos, acaecen por la inobservancia de las normas higiénicas que voy a resumirte y que acatándolas tú

evitarás. El embarazo es un estado perfectamente normal que en la mujer sana y fuerte, que se nutre bien, que cuida su cuerpo, que es limpia y hace una vida higiénica, no debe determinar molestia alguna, salvo la ligera y soportable sensación de peso en el vientre al ir avanzando la gestación. Por tanto, si te aparecen nuevas molestias o sufres algún trastorno, busca, más bien que en el embarazo, en tu género de vida, la causa, y pon el remedio aconsejado de persona perita, el médico, y no de comadres más o menos «experimentadas».

Cuida tu vestido. Nada que te oprima ni dificulte la circulación en ningún punto. Evita las fajas, las ligas apretadas. No uses que comas con buen apetito, pero sin hartarte hasta no poder más. Antes al contrario, debes evitar las comidas copiosas, aunque las hagas ligeras y algo más frecuentes. Mi consejo es que sigas una alimentación preferentemente vegetariana (si no estás acostumbrada) o vegetariana del todo si ya conoces el régimen. De todas formas te señalo la importancia enorme que tienen para el desarrollo del embrión las sales minerales vitalizadas y las vitaminas que SOLO en las frutas y verduras puedes encontrar.

Cuida tu vestido. Nada que te oprima ni dificulte la circulación en ningún punto. Evita las fajas, las ligas apretadas. No uses tacón en tus zapatos, en tu estado es muy perjudicial por la anómala posición a que condena a las vísceras abdominales.

Haz ejercicio. Sigue el consejo de aquel viejo tocólogo: «Pasear hasta el día del parto.» No te apoltrones. Paseando o haciendo algo de gimnasia sueca, moderada y asiduamente, fortalecerás tu organismo, robustecerás los músculos de tu vientre que tan dura prueba han de sufrir en el parto, tendrás más apetito y asimilarás mejor lo que comas. Además, respirarás cuanto aire pue-

das, lo que ha de traducirse en que tu sangre, que es la del hijo que llevas en ti, esté mejor oxigenada y más fuerte.

Cuida tu cuerpo y tu piel. Sé limpia para toda tu persona y hazte amiga del agua y del baño si no lo eras antes. Pero con precaución. Si no estás acostumbrada, toma algunos baños semanales tibios; si ya conoces la caricia del agua fría, mejor así. Te recomiendo muy especialmente que TODOS LOS DIAS te des un corto baño de asiento frío, de unos cinco a diez minutos de duración, en la cantidad de agua precisa para sólo mojar los genitales y el periné. Este baño te fortalecerá los planos musculares perineales que han de trabajar intensivamente en el parto.

Cuida tu estado mental. Debes saber que, de un lado, toda emoción deprimente, los disgustos y pesares, las preocupaciones, influyen desequilibrando el sistema nervioso e impurificando la sangre que se recarga de sustancias tóxicas; y de otro, que probablemente la naturaleza de los pensamientos se refleja sobre las cualidades del embrión. Algunos pueblos orientales rodean a las mujeres encinta de cuanto más bello pueden hallar: jardines y flores, músicas, perfumes, etcétera, procurándole un ambiente de belleza y bienestar que parece reflejarse en el nuevo ser. Sobre todo procura estar tranquila y alegre, que serenidad y alegría son los mejores tónicos y el más eficaz coadyuvante de un buen parto.

Nada más. Observad ambos esposos estas normas; aconsejaos en cualquier duda de persona técnica, y tras de una gestación normal y sin molestias conseguiréis un hijo sano y fuerte que sea motivo de legítimo orgullo para vosotros que habéis sabido engendrarlo conscientemente.



# La electricidad y la vida

A. G. Clauradó

La idea no es nueva: Tales de Mileto, hace veintiséis siglos, ya tuvo la intuición de que la electricidad es el alma del Universo. Hoy, aunque seguimos desconociendo la naturaleza íntima de la electricidad, conocemos muy bien sus efectos, y ello nos es suficiente para atribuirle con la evidencia de un axioma la paternidad del Universo y el origen y causa de la vida.

Ante el avance de la especulación filosófica y de la experimentación científica, el vitalismo se bate en retirada, y el *grosero* materialismo se impone por derecho propio.

Los cuerpos se resuelven en átomos, y éstos en electricidad. Esto no lo sabía Tales de Mileto, pero ahora lo sabe un estudiante de bachiller. Luego es cierto que la electricidad es el alma del Universo.

Pero ahora sabemos algo más: ya la Química es un capítulo de la Física, y ésta, a su vez, lo es de la Mecánica. La luz, la electricidad, el magnetismo..., los cuerpos sólidos, los líquidos, los gases, la vida, todo es mecánica electrónica, inercia, manera de estar de la energía.

Hoy se admite la idea de que la sensibilidad, lo mismo que todas las manifestaciones superiores de la vida de los animales y del *homo sapiens* no son exclusivas de éstos, sino universales y características tanto de las plantas como de los seres inorgánicos. Y no sólo los vegetales y animales nacen, crecen, se reproducen y mueren, sino los astros y los minerales. Y es natural que así ocurra, pues todos se rigen al conjuro de una misma fuerza: la electricidad.

No hace mucho se ha demostrado que los fármacos obran de idéntica manera en los vegetales que en los animales. Los tóxicos matan de la misma manera a un animal que a un vegetal; los narcóticos duermen a uno y a otro; los anestésicos insensibilizan de la misma manera a un animal que a un vegetal, según puede experimentarse con la sensitiva, la atrapamoscas y otras plantas de sen-

sibilidad manifiesta. Y algo asombroso: de una manera un poco más difícil de comprender, pero no menos cierta, obran sobre los cuerpos inertes. Un golpe, el calor, el frío, etcétera, duelen sobre un animal porque modifican el quimismo, o en último análisis, la mecánica electrónica de la arquitectura celular; destruyen o modifican la parte del cuerpo sobre que se aplican, ni más ni menos que ocurre sobre los cuerpos inorgánicos. Y destruyen o modifican, porque rompen el equilibrio neutro o acidifican el básico, y esto ocurre porque la naturaleza eléctrica se ha modificado, y la electricidad positiva produce acidificación y la negativa alcalinización. Este es el secreto de los fármacos.

Dice Claudio Bernard en su trabajo *El problema de la fisiología general*, que: «En el orden mecánico o físico los fenómenos del organismo vivo nada tienen ya que los distingua de los fenómenos mecánicos o físicos generales, si no son los instrumentos que los manifiestan.»

Lehmann ha descubierto en los cristales movimientos semejantes a los de los seres vivos, y les ha visto unirse y dividirse para formar dos. Los cristales nacen, crecen, se reproducen, se regeneran y mueren, de la misma manera que los animales. Ostwald fundió salol a 39 grados, y evitando la llegada accidental de nuevos cristales, lo colocó en un tubo cerrado; el salol permaneció líquido hasta que fué tocado con un hilo de platino que había estado en contacto con salol sólido. Pero si el alambre era pasado por la llama previamente, se podía impunemente introducir en el líquido sin que los cristales aparecieran.

Hartman ha evidenciado en los metales la reacción de defensa. Interrumpiendo a tiempo un esfuerzo, se comprueba que los gránulos del metal se han modificado y acumulado alrededor del punto amenazado de rotura para consolidarlo. Todos hemos observado que no es posible doblar por el mismo sitio

de un doblez anterior un alambre, chapa o fleje; y esto ocurre porque el metal se *deforma* reforzándose por el sitio amenazado. Lord Kelvin fué el primero que observó que el metal es sensible a la fatiga, e igualmente lo es a la temperatura, a la electricidad y a todas las influencias externas, como los seres vivos. Y en todos estos fenómenos interviene la electricidad: las características de un cuerpo inerte y su capacidad de reacción tienen por causa su signo eléctrico.

De la misma manera ocurre en los vegetales: su vida es electricidad. La misteriosa función clorofílica es explicada por Harvey, Gibson por medio de la electricidad generada por la luz. En efecto, sólo un fenómeno electrolítico es capaz de realizar esa maravillosa síntesis energética, primer paso en firme de la vida; eslabón de la cadena circular, elementos, mineral, vegetal, animal..., elementos...

Pero donde más nos interesa demostrar el valor de la electricidad es en nuestra vida. Arrhenius, con su teoría de la dispersión iónica en los electrolitos, nos ha permitido una concepción nueva de la fisiología. Todos los procesos físicoquímicos de nuestro organismo son un cambio, elaboración y destrucción de principios básicos o ácidos. Pero el ácido no es más que un cuerpo disociado que deja en libertad iones de hidrógeno positivo ( $H^+$ ), resultando por lo tanto la acidez *una carga de electricidad positiva*. La base es el cuerpo que deja iones de oxígeno e hidrógeno, negativos ( $OH^-$ ) en libertad. Los cuerpos neutros, como el agua, están disociados en iones electropositivos y electronegativos, en proporciones equivalentes.

En las fórmulas de análisis de acidez de los cuerpos se toma el exponente  $-7$ , constante de un factor, como tipo para expresar el grado de acidez de una solución, diciéndose que  $pH=7$ , si el líquido es neutro;  $pH < 7$ , si es ácido, y  $pH > 7$ , si es alcalino. De donde resulta que midiéndose el grado de acidez por la concentración iónica, resulta hecha esta medida por la carga eléctrica.

Sabido es que la materia en los seres vivos tiene que adoptar necesariamente el estado coloidal, que es el único que hace compatible la reacción química con la forma definida. En el estado coloidal las soluciones son incompletas y el cuerpo disuelto está en forma de partículas, que son iones gigantes formados por acúmulos moleculares, que se llaman *micelas* coloidales. Pues bien; Brown

descubrió, con el auxilio del ultramicroscopio, que estas miscelas están dotadas de rápidos movimientos, que ahora en honor a su descubridor se llaman brownianos, y resulta que estos movimientos son debidos a la carga que poseen: sea la solución coloidal electropositiva o electronegativa, todas las micelas tienen la misma carga, por lo que se repelen, y el disolvente, signo contrario, por lo que las retiene en su masa. Este es un mecanismo admirable que hace posible gracias a los movimientos brownianos, las complicadas reacciones químicas en un medio poco apropiado. Esto induce a admitir una vida puramente física, concediendo a la micela el carácter de individualidad biológica, la que sin más elementos que la electricidad adquiere movimientos con un fin utilitario.

Cuando el coloide —y esto es importantísimo— empieza a perder carga eléctrica, las micelas van aumentando de tamaño, diciéndose entonces que el coloide ha madurado. Y cuando las micelas pierden toda su carga eléctrica, la fase dispersa se precipita, lo que se llama floculación. Y puesto que el protoplasma es un coloide, he aquí la historia de nuestra vida. Cuando nuestros coloides floculan, morimos. Es decir, cuando nuestras cargas eléctricas se agotan.

Lumiére, que ha estudiado detenidamente los estados coloidales, piensa que si fuera posible detener la floculación, podríamos prolongar considerablemente la juventud y la vida. Y viendo el papel fundamental de la electricidad en la vida de los coloides, parece que esto no será un sueño, y más viendo que las leyes de la floculación son cuestión de aporte de electricidad polarizada. En efecto, la ley del signo de Hardy, dice que «un coloide es floculado por iones de carga opuesta; en cambio, aumenta la dispersión (que es rejuvenecimiento) cuando el ion es del mismo signo». La ley de la cantidad o ley de Schulze, dice que «la acción precipitante de una solución iónica es directamente proporcional a la valencia». Y sabemos que la valencia es cuestión de carga eléctrica. Se conoce la naturaleza de los iones de cada cuerpo y su capacidad de cesión de cargas eléctricas positivas o negativas, de donde puede vislumbrarse un inmenso campo abierto a la terapéutica del rejuvenecimiento y de la enfermedad.

La sangre es una emulsión que se comporta como los coloides, y en la que la parte

sólida está representada por los glóbulos rojos y blancos. Los glóbulos rojos tienen cargas eléctricas positivas y los blancos, negativas. Esto es muy significativo y además explica la fagocitosis y las infecciones, porque la carga eléctrica de las bacterias es positiva. Y la labor destructora de los macrófagos de Metchnikof, devoradores de células nobles, signos contrarios, desequilibrio de cargas.

El carácter catalítico de la regeneración de los fermentos, de tan gran importancia para la vida, tiene una explicación eléctrica: El fermento es de naturaleza coloidal y sus micelas han adquirido la facultad de renovar sus cargas eléctricas constantemente y de comunicar sus propiedades a otras sustancias susceptibles de convertirse también en coloidales.

El análisis de los plasmas acusa una reacción ligeramente alcalina que suele expresarse por la fórmula  $pH = 7.07$ , de donde resulta el estado más favorable para los procesos biológicos el en que predomina ligeramente el ion  $OH^-$ . Cualquiera causa capaz de alterar este equilibrio eléctrico del plasma se traduce por alteración de la vida y en nuestro caso de la salud. Así se explica la acción tóxica de los no electrolitos, como el azúcar y la urea que provocan el coma diabético y el urémico; y la acción destructora de los rayos X y del radio, que favorecen la floculación de las micelas al neutralizar las cargas eléctricas.

La fatiga y el sueño tienen una explicación en la insuficiencia de iones minerales libres en las células cerebrales y en el aparato neuromuscular.

La digestión es una repetición de proceso de ionización primordial de las proteínas inertes.

El funcionamiento del sistema endocrino no tiene más explicación posible que la de regular el estado eléctrico del plasma y la capacidad conductora de los nervios.

La atracción sexual no es más que la atracción de electricidades de signo contrario; el óvulo tiene su plasma nuclear cargado de electricidad negativa, al paso que el espermatozoo es una micela electropositiva.

Y el mundo psíquico, la mente, no es más que un complejo de funciones eléctricas, según hemos esbozado en estas columnas (1).

(1) «Origen eléctrico del intelecto». ESTUDIOS, septiembre de 1932.

## La ciencia y la sociedad

Por todos los caminos llegamos siempre a proclamar el derecho que la razón tiene de reformar la sociedad por medio de la ciencia racional y el conocimiento teórico de lo que es. No hay, por tanto, exageración en afirmar que la ciencia encierra el porvenir de la humanidad, que sólo ella puede decirle la última palabra de su destino y enseñarle la manera de realizar su fin. Hasta aquí no es la razón quien ha guiado el mundo: es el capricho y la pasión. Día vendrá en que la razón, esclarecida por la experiencia, volverá a tomar su legítimo imperio, el único que es de derecho divino, y conducirá el mundo no al azar, sino con la clarividencia del fin que tiene que realizar.—ERNESTO RENÁN.



# Las vitasterinas

*Adán, el Hombre Nuevo*

Bajo esta denominación general se designan las vitaminas solubles en cuerpos grasos, por oposición a aquellas que lo son en el agua, tales como las vitaminas de nutrición que ya hemos estudiado.

El motivo de semejante clasificación se refiere a los caracteres químicos de estas vitaminas que no contienen ázoe, y, además, al hecho de que se han diferenciado unas de otras a medida que los biólogos experimentadores iban avanzando en el estudio de la vitamina A, de desarrollo, la que, como indica su clasificación, es la primera que se descubrió, y también porque todas favorecen la renovación de los tejidos. Cada vez que el organismo construye o repara, y si se halla en estado de crecimiento, de gestación, de cicatrización, etc., necesita preferentemente de una u otra de entre ellas, y, por lo general, de todas, armónicamente combinadas en la alimentación diaria.

Se designan aquéllas de la siguiente manera:

Vitamina A, de crecimiento, o, más exactamente, de desarrollo; también se le denomina antixeroftálmica o antiinfecciosa.

La vitamina D, antirraquítica o de fijación cálcica.

La vitamina E, antiesterilidad, o de reproducción.

El análisis biológico ha permitido descubrir el carácter de cada una de ellas, por razón de la extrema sensibilidad de los organismos animales a su ausencia, e inmediatamente a su presencia. Para estudiar es obligatorio, desde luego, exagerar los casos de carencia, para comprobar con más seguridad lo que sucede en el organismo cuando falta una de estas vitaminas indispensables. Por este motivo revelóse rápidamente el carácter de cada una de ellas, ya antixeroftálmico, bien antirraquítico o antiesterilidad.

Es esencial saber, de otro lado, que estas vitaminas poseen una actividad, ante todo positiva, y no negativa como podrían creer algunos tomando al pie de la letra su denominación. No es posible realizar un crecimiento, una calcificación y una reproducción normales sin que las vitaminas de desarrollo, de fijación cálcica y de reproducción se hallen presentes en los alimentos en cantidad suficiente para el organismo.

Todas las vitaminas son indispensables para asegurar las funciones corporales y deben mantener al organismo desde uno al otro cabo de la existencia, puesto que éste hállase constantemente en reparación y atestigua de esta forma su juventud, vigor y vitalidad. Al margen de tales funciones de sostenimiento, esas vitaminas se manifiestan como insustituibles en las edades críticas, aquéllas en que se realizan las multiplicaciones celulares, ya se trate del tejido muscular, óseo, como sanguíneo, y en particular son precisas a la mujer en las épocas de gestación y en las de lactancia.

Los investigadores tratan ahora de descifrar el mecanismo de su acción, la cual, en su solo enunciado, se nos presenta ya como importantísima y diversificada. Aunque a este respecto no se pueda sentar todavía afirmación alguna, ha sido comprobado que la ingestión de estas vitasterinas produce un efecto tal, que es como si ellas asegurasen a nuestros humores una notable constancia en su composición. Por esta causa hemos de considerarlas como desempeñantes de un papel positivo en la economía general del organismo y, por tanto, pueden compararse en importancia a las hormonas, en este sentido. Pero en tanto que estas últimas son un resultado de la secreción glandular, las vitasterinas han de buscarse en el exterior del cuerpo y deben ser recuperadas por medio de la alimenta-

ción, aun en aquellos casos en que se presentan bajo la forma de provitaminas.

A este lazo de unión existente entre las glándulas y la calidad de nuestra alimentación, débense los innúmeros y diversos resultados que se obtienen, tales como el crecimiento, la integridad de los tejidos de la piel, la salubridad de los ojos, la resistencia a las infecciones, la buena formación de los huesos y los dientes, la fecundidad, la lactancia, etc. Funciones que son de todas las edades, pero que son más intensas en los jóvenes, porque se acumulan en ellos en un número de años más reducido. Por este motivo el estudio de las vitasterinas interesa de una manera especialísima a las juventudes, y, sobre todo, a aquellos que tienen la misión de educarlas y guiarlas, aquellos que han de formarlas y conducir las en buena forma hasta la edad adulta.

Cuanto queda dicho tiene por objeto hacer resaltar el carácter más universal que hay que reconocer en las vitaminas de nutrición, las cuales no tienen gradaciones para las diferentes edades de la vida. Además, las vitasterinas, o vitaminas liposolubles, o sea, solubles en cuerpos grasos, pueden constituir reservas en el organismo, en tanto que las vitaminas solubles en el agua no pueden constituir reservas apreciables y se ven constantemente eliminadas, especialmente por la saliva y la orina. Finalmente, se sabe que estas vitasterinas se recuperan por conducto de aquellos alimentos que entran en nuestra alimentación en menor cantidad.

La importancia del estudio de esos elementos vitales puede juzgarse por los resultados que los consumidores han de esperar de los mismos, así como por los cuidados que ha de ponerse en la preparación de determinados productos alimenticios, tales como el aceite de oliva, que es uno de los manantiales más preciosos de vitasterinas, a condición de que no se le refine excesivamente, según es costumbre en las industrias de este género. Las nociones adquiridas con referencia a tal asunto son muy precisas. En los casos de las vitaminas A, de desarrollo, y D, de fijación cálcica, los esfuerzos realizados hanse visto coronados por el más lisonjero éxito, ya que esas vitaminas son conocidas no sólo en sus efectos fisiológicos, sino también en su composición molecular.

Ha llegado, pues, el instante de aprovechar los resultados tan cara y penosamente adquiridos, y de preocuparse, al adquirir nuestros

alimentos, de las cualidades biológicas que han de tener. Las vitaminas tienen enemigos mortales que debemos evitar cuando los conozcamos. Hasta hace muy pocos años eran por completo desconocidos, y, por esta razón, las vitaminas solubles y presentes en los cuerpos grasos que consumimos crudos, como el aceite de oliva, hallábanse, por lo general, ausentes de nuestra alimentación. Por ello, ésta, mal preparada, cedió el puesto a otra clase de aceite, el de cacahuete, que no tiene ningún valor biológico, pero que, en cambio, es más barato. Estos errores se pagan indefectiblemente, no en metálico, sino en pérdida de salud. El alimento no sólo es un calorífico —pues desde este punto de mira en ningún caso pierde en calidad— sino que también ha de ser biológico.

Desde los tiempos de Hipócrates, ninguna sentencia más acertada que aquella que afirmaba que la salud deficiente estaba relacionada con el desequilibrio de nuestros humores. En la actualidad esta aserción ha sido confirmada, precisándose, además, que dicho equilibrio depende de las vitasterinas, que estudiaremos con más detenimiento en otro artículo.



# Inadmisible dualidad de Jesús

Carlos Brandt

*Et voilà comme on écrit l'histoire.*—VOLTAIRE.

Para poder tener una idea de la autenticidad de los Evangelios habría primero que someter a una investigación imparcial de la manera como fueron escritos. William Raph Inge, teólogo bíblico e historiógrafo de reconocida reputación, dice :

«El original en dialecto hebreo del Evangelio de San Mateo se perdió completamente. El Evangelio de San Marcos nos hace una narración de la vida de Jesús, pero dicho evangelista probablemente jamás llegó a ver al Maestro ni a oír una sola palabra de sus labios. San Marcos no hizo más que escribir lo que le dictaba San Pedro, quien era pescador de oficio y de quien no se tiene prueba alguna de que supiese leer ni escribir. San Lucas no fué tampoco testigo de los acontecimientos que relata. Las autoridades bíblicas están contestes en que San Lucas jamás llegó a ver al Salvador. San Lucas se hizo cristiano después de la muerte de Jesús, para seguir a San Pablo. San Juan, como San Pedro, era también pescador de oficio y, además, pariente de Jesús. El Evangelio de San Juan fué escrito, o, mejor dicho, dictado, de 57 a 77 años después de la muerte de Jesús, época en que San Juan estaba ya viejo, y su memoria, por lo tanto, no muy firme. En todo caso, la mayor parte del *Nuevo Testamento*, tal cual se le conoce hoy, no es original, sino que fué transmitido de memoria por espacio de varias generaciones, hasta llegar a ser escrito en pergaminos, en griego; pero esos pergaminos griegos no fueron escritos en vida de Jesús, ni aun siquiera en vida de los apóstoles o de las personas que conocieron a Jesús. El original más antiguo que existe del Evangelio data del año 350 de nuestra Era.»

Con estos datos a la vista se comprenderá la necesidad absoluta —para conocer la verdadera historia de Jesús, y principalmente para conocer su filosofía— de ordenar los Evangelios psicológicamente, expurgándolos de las muchas contradicciones que contienen. Son los llamados cristianos —católicos, protestantes y griegos ortodoxos— los principales culpables de que aun no se haya procedido a expurgar los Evangelios de las contradicciones, errores y blasfemias que contienen, y en que hacen a Jesús aparecer condenando su propia doctrina.

Debido a malas traducciones y peores adulteraciones, la *Biblia* y, particularmente, el *Nuevo Testamento* está plagado de contradicciones inadmisibles. Esas contradicciones hacen que «la figura de Jesús aparezca en los Evangelios unas veces inmensa y otras, microscópica: la una es la más completa antítesis de la otra», según observa Couchaud.

El San Juan que nos presenta a un Jesús inmenso predicando la humildad, la caridad, la paciencia y recomendándonos: «Amad los unos a los otros» (San Juan, XV, 12, 13), no puede ser el mismo San Juan que nos presenta a un Jesús microscópico que, furioso cual un energúmeno, cae a latigazos a los mercaderes del templo (San Juan, II, 15).

El San Lucas que nos presenta a un Jesús inmenso, predicando: «Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; al que te hiriere la mejilla izquierda, preséntale también la derecha, y el que te quite lo que es tuyo no se lo reclames jamás» (San Lucas, VI, 29, 30), no puede ser el mismo San Lucas que nos presenta a un Jesús microscópico, dando esta orden: «A aquellos de mis enemigos que no quieren que yo reine sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia» (San Lucas, XIX, 27), o diciendo:

«El que no tenga bolsa tómesela, y también la alforja, y el que no tenga, venda la capa y compre espada» (San Lucas, XXII, 36).

El San Marcos que nos presenta a un Jesús inmenso, diciendo: «Todos los pecados les serán perdonados a los hijos de los hombres» (San Marcos, III, 28), no puede ser el mismo San Marcos que presenta a un Jesús microscópico, cometiendo la incalificable contradicción a su misión de apóstol propagandista, de decir que sus doctrinas no se deben propagar para que las gentes «no se conviertan y les sean perdonados los pecados» (San Marcos, IV, 12). Según ese San Marcos, el Redentor no quería que su redentora doctrina se conociese, para que las gentes no se fuesen a salvar...

El San Mateo que presenta a un Jesús inmenso, explicando en las Sinagogas su moral panteísta con tal pericia, que hace exclamar a los sacerdotes, «¿Dónde aprendió este hombre tanta sabiduría?» (San Mateo, XIII, 54), no puede ser el mismo San Mateo que nos presenta un Jesús microscópico tan ignorante que se deja conducir por el Diabolo a un monte muy alto para desde allí poder ver todos los reinos de la tierra (San Mateo, XX, IV); que nos asegura que «las estrellas caerán del cielo cual manzanas del árbol sacudido» (San Mateo, XXIV, 29); que se pone a profetizar cosas que jamás llegaron a realizarse, como aquello de que volvería al mundo antes de cumplirse una generación (San Mateo, XVI, 28; XXIII, 36; XXIV, 34, etcétera), o que cuando en su propia tierra le resultaron fallidos los milagros que quiso hacer, cual un mal prestidigitador de feria, disculpó su falta de habilidad que atribuye a la incredulidad de sus coterráneos al exclamar: «No hay profeta sin honra sino en su tierra y en su casa» (San Mateo, XIII, 57). Y, finalmente, el San Mateo que pone en boca del inmenso Jesús este mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo; este es el más grande de todos los mandamientos» (San Mateo, XXII, 39), no puede ser el mismo San Mateo que hace decir al microscópico Jesús: «No he venido a meter paz, sino espada; he venido para sembrar discordia entre los hombres» (San Mateo, X, 34, 35). Ni tampoco el mismo San Mateo que nos pinta al microscópico Jesús amenazando a los que no creyesen en él, con el fuego eterno del infierno, donde sería el llorar y el crujir de dientes (San Mateo, XIII, 42). Tanto desde el punto de vista intelectual, como desde el punto de vista moral,

la creencia en el castigo eterno del infierno es tan estúpida y tan infame, que deshonraría a un mismo cafre, al más perverso de los criminales... Para honra del género humano puedo asegurar que la creencia en el infierno es ya sólo un canon profesional del clero; una mentira religiosa, algo en que de buena fe ya nadie cree, a menos que se trate de un ser anormal, esto es, de un degenerado a quien el fanatismo hubiese desequilibrado las funciones cerebrales. Hoy ya nadie cree de veras en esa superchería inventada antiguamente por los taimados que viven a costa de la credulidad de los supersticiosos. Atribuir tan infame creencia a Jesús es una horrible blasfemia... Es oportuno recordar que el infierno propiamente dicho (*Shool*), en el sentido del *Antiguo Testamento*, no existe en el *Nuevo Testamento*. En este último sólo se habla del *Valle de Gehema*, aunque San Mateo, como vimos, nos habla una vez del *horno*, donde será el llorar y crujir de dientes. Y todo para concordar con el *Antiguo Testamento*...

Es sabido que en todo ser humano se albergan dos sentimientos: el bueno y el malo; pero siempre prevalecerá el uno sobre el otro. Hay algo que hace a los hombres, y sin lo cual éstos no podrían entrar en la historia, y es la consecuencia, el carácter, que es lo que hace la personalidad. Podrá un tirano tener momentos de arrepentimiento interno; pero esos momentos son necesariamente fugaces, pues de otra manera no sería un tirano. Podrán aparecer pensamientos innobles en un hombre virtuoso, en un apóstol de moral; pero esos pensamientos, acallados por la voz de la conciencia, jamás llegarían a manifestarse en hechos, pues en tal caso el apóstol dejaría de serlo. Un ser cuya naturaleza moral fuese contradictoria y ambigua; un individuo en quien el principio del bien y del mal tuviesen igual control, carecería de consecuencia y sólo la consecuencia, así en el bien como en el mal, es lo que hace la personalidad. De modo que tal individuo no podría jamás entrar en la historia y aun con dificultad pudo hacerlo entrar Stevenson en la ficción con su novela *El extraño caso del doctor Jackyl y Mr. Hyde*. Pero para el mundo real esa dual personalidad, como la del ya descrito Jesús microscópico y Jesús inmenso de los Evangelios, sólo se consigue en los asilos de lunáticos. Para poder significar algo se requiere tener personalidad, y para tener ésta se requiere poseer consecuencia en principios. Nada hay más que

valga menos que un hombre inconsecuente, falto de sinceridad. Un predicador que viviese contradiciéndose no sería un predicador, ni siquiera un Dios, ni nada. Tal predicador no podría entrar en la historia, pues su nombre no valdría la tinta que se invirtiera en escribirlo. Si fuésemos a creer en el Jesús microscópico que nos pintan los evangelistas, empeñados en dar al Redentor una naturaleza dual a lo Jakyl e Hyde —más valiera entonces borrar el nombre de Jesús de la mente humana. Por fortuna, muriendo en la cruz, Jesús mostró que estaba muy lejos de ser el inconsecuente que los evangelistas del Jesús microscópico quisieron presentarnos.

Por otro lado, las partes del *Nuevo Testamento* en que se hace aparecer a Jesús microscópico, inconsecuente y contradictorio son tan insignificantes, que se vuelven imperceptibles comparadas con el enorme volumen de la doctrina moral del Jesús inmenso. Las partes bíblicas del Jesús microscópico fueron interpolaciones tendenciosas, traídas por los cabellos, y, muchas de ellas, copiadas del *Viejo Testamento* para hacerlo concordar con el *Nuevo Testamento*. En todo caso, si contamos la opinión de cada uno de los cuatro evangelistas, veremos que hay siempre sólo uno de ellos que pinta al Jesús microscópico, contra tres que le niegan esa *microscopidad*. Por ejemplo, San Juan es el único evangelista que hace aparecer a Jesús dando latigazos en el templo, hecho que San Lucas, empeñado siempre en poner las cosas en orden, ni siquiera menciona, en tanto que San Mateo y San Marcos sólo dicen que echó a los mercaderes del templo, sin mencionar latigazos. Así tenemos a tres evangelistas contra uno, negando con su silencio lo de los latigazos.

Semejante cosa pasa con aquello del degüello, y que fué interpolado por San Lucas para disculpar con una cita bíblica los excesos a que el fanatismo había conducido ya a los cristianos. Pero los otros tres evangelistas, con su silencio, niegan implícitamente lo del tal degüello. Lo de que tenemos que comprar espadas sólo lo refiere San Lucas, pues los otros tres evangelistas, con el silencio, descalifican tal historia. Lo de no predicar las redentoras doctrinas a fin de impedir que las gentes, practicándolas, pudiesen salvarse —inadmisible muestra de la más estúpida mala fe— lo interpoló San Lucas para hacer concordar su Evangelio con el profeta Isaías (Isaías, VI, 9). Mas los otros tres evangelistas desaprueban esa interpolación con el silencio...

La idea del infierno fué obra exclusiva de San Mateo, y negado por el silencio de los otros tres evangelistas. Lo de humillar a los enemigos lo copió San Mateo (XXII, 44) de los Salmos de David (Salmos, 110, 1); lo de que había venido tan sólo para meter enemistad y disensión entre los hombres, también lo copió San Mateo de los profetas Miqueas (VII, 6) y Malaquías (IV, 5, 6) para hacer concordar su Evangelio con las *predicciones* de dichos profetas. Y lo mejor es que todas estas interpolaciones de San Mateo, implícitamente las desaprueban con su silencio los otros tres evangelistas. Tanto a los ojos del clero, como al de los profetas, San Mateo se ganó la palma de ser el más complaciente de los evangelistas. Fué también el que tomó más empeño en hacer concordar esas dos cosas incompatibles: el *Viejo* con el *Nuevo Testamento*, o sea, el Jesús microscópico con el Jesús inmenso.

De todo lo dicho hasta ahora tenemos que cada pequeñez atribuida a Jesús por alguno de los evangelistas ha sido negada con el silencio de los otros tres. Ello quiere decir que el Jesús microscópico está en relación de uno contra tres con el Jesús inmenso. En cambio, en las partes en que aparece el Jesús inmenso predicando su doctrina de amor y de perdón, como *el más grande de los mandamientos*, como *un nuevo mandamiento*, están contestes los cuatro evangelistas entre sí, sin discrepar uno sólo. Dichas partes, dichas doctrinas, tampoco fueron interpoladas, pues son completamente desconocidas en el *Viejo Testamento*. Consecuentemente, entre los dos Jesús: el inmenso, que ama y perdona, y el microscópico, que odia y condena, claro, que el primero es el verdadero, y el segundo el apócrifo...

Respecto al empeño de hacer concordar los Evangelios con el *Viejo Testamento*, debemos agregar que no solamente tiene por miras mostrar la divinidad de Jesús con profecías, esto es, con milagros, sino también, y muy particularmente, la de cohonestar los excesos a que se entregaban los llamados cristianos. Pero el hecho de que las frases que aparecen en el *Nuevo Testamento* para concordar con el *Viejo Testamento*, sean literalmente exactas, prueba que fueron copiadas, interpoladas. Tratándose de un milagro tal exactitud sería favorable; mas como la historia moderna no reconoce milagros, resulta que esa exactitud sirvió precisamente para demostrar que fueron interpoladas, y

por lo tanto un fraude, arte para el que San Mateo mostró tener mucha vocación...

El doctor George M. Lamsa, famoso investigador bíblico, nativo de las montañas del Kurdistán, donde se habla todavía el arameo, el idioma de Jesús, ha publicado un libro, *Mi vecino Jesús* (Harper Bros, New York), en que apunta algunos de los muchos errores que las traducciones de la *Biblia* han venido cometiendo. Aunque está generalmente admitido que las doctrinas de Jesús, cual aparecen en los Evangelios, fueron en su mayor parte escritas originalmente en griego e inspirados por la filosofía platónica, el doctor Lamsa sostiene que existen partes de esa doctrina escritas originalmente en arameo. Uno de los errores de la traducción que aparece en los *Evangelios*, es donde dice: «primero entra un *camello* por el ojo de una *aguja*...» El original no dice *camello*, sino *cable*. Pero como *camello* y *cable* se dicen lo mismo en dicho idioma, los traductores tomaron la acepción *camello*, porque ignoraban la acepción *cable* de dicha palabra. «Bienaventurados los pobres de *espíritu*...», fué otra maña traducción. Como dice el original arameo en *pobres de orgullo*, es decir, los humildes: «Bienaventurados los humildes...» Finalmente, *Eli, Eli, lama sabachthani*, que en las versiones griegas y en la *Vulgata Latina* viene apareciendo como «Padre mío, por qué me habéis abandonado», es, según el doctor Lamsa, otro error, pues el original arameo dice: «Dios mío; este ha sido mi destino.» La palabra *lama* (por qué), como aparece en el original es *lmana*, cuyo significado es: *por o para esto*. En arameo, *sabachthani* no significa *abandonar*, sino *destinar*. El error provino del empeño que se tomó en hacer concordar las citadas palabras de Jesús con el Salmo 22. Dicho Salmo no contiene en realidad la palabra *sabachthani*, sino la palabra *azavtani*, que sí significa *abandonar*. Véase, pues, a cuántos errores conduce el empeño de hacer concordar el *Viejo* con el *Nuevo Testamento*...

El objeto de hacer aparecer esas concordancias es, como se comprenderá, el de darles a los Evangelios una aureola de milagrosos; mas eso de *milagros* es algo que en nuestros tiempos ha perdido por completo importancia. La historia moderna no entiende de milagros. La lógica, el método inductivo han servido para clarificar muchas páginas de la historia antigua, que las contradicciones y los mitos tenían oscu-

recidas. Mommsen, el padre de la historiografía moderna, colocando una al lado de otra las historias de Aníbal, por Polibio, por Tito Livio y por Plutarco, logra presentarnos una historia del gran capitán cartaginés que está más cerca de lo que ha debido ser la verdadera que ninguna otra. ¿Por qué no tratar de establecer una historia de Jesús y de la naturaleza de su doctrina empleando el mismo método que Mommsen? Eliminemos los portentos, los milagros, y en cuanto a las contradicciones, sometamos esos puntos a la mayoría de votos. Ya veríamos que de hacer esto último con los Evangelios, lo del degüello, lo de las espadas, lo del infierno, y en fin, todo aquello en que se hace aparecer a Jesús en contradicción con su propia doctrina, quedaría automáticamente eliminado. Su doctrina, así resplandeciente en toda su pureza, nos mostrará que es tanto o más importante que su vida.

La historia nos ha dejado muy poco acerca de la personalidad de los grandes escultores griegos que nos legaron sus mármoles inimitables. Sin embargo, estos últimos nos dicen más de sus autores que lo que todos los textos de historia pudieran decirnos. Eso mismo se podría aplicar a Jesús, pues es su doctrina lo que más nos interesa. Y así como la crítica ha podido establecer cuáles son las obras escultóricas originales de los grandes griegos, y cuáles son solamente copias o apócrifas, portadoras en el zócalo —para los efectos de la venta— de un nombre bien sonante, pero falso, así mismo la crítica tiene el derecho de establecer cuáles fueron las verdaderas doctrinas de Jesús y cuáles las falsas y contradictorias que los evangelistas erróneamente o adrede, pusieron indebidamente en su boca.

Suponiendo que en un viejo archivo se encontrara un manuscrito atribuido a Colón, y en que éste dijera que él nunca se atrevería a navegar por el mar océano, pues convencido como estaba de que la Tierra era plana, se expondría a que al llegar al borde, su buque rodara por el abismo. Claro que dicho manuscrito lo reputaríamos de apócrifo, pues Colón, con sus hechos, demostró estar convencido de todo lo contrario de lo que contiene el supuesto manuscrito. Porque si tuviésemos que resolvernos, o por Colón que dijese que la Tierra es redonda, o por otro Colón que dijese que es plana, es lógico que este último sería el apócrifo y el primero el verdadero. Asimismo, entre el Jesús inmenso

que perdona y ama, y el microscópico que odia, condena y aborrece, este último es el apócrifo y el primero, el verdadero. Cualquiera patán es capaz de odiar, de degollar, de condenar, de dar latigazos, de amenazar con el infierno; pero muy pocos son los espíritus bastante nobles para amar, para perdonar y para morir rogando por sus victimarios. De modo que nos asiste perfecto derecho a pedir que se declaren apócrifas todas aquellas citas evangélicas en que se hace aparecer a Jesús inconsecuente y contradiciendo su propia y principal doctrina: *Ama a tu prójimo como a ti mismo*. La retórica de todos los sofistas no será jamás suficiente para negar la grandeza del que predicó y practicó ese mandamiento que tampoco se puede destruir de una sola plumada, como creen algunos ilusos. Bien dice Rousseau: «Si Jesús no hubiese existido, los que inventaron los Evangelios merecerían ser tan grandes como él.» Pero despreocúpese el noble pensador ginebrino, pues en la época de Jesús —ni probablemente en ninguna otra época— pudo haber quien fuese capaz de haber creado esa doctrina, sino uno solo, a saber, el que la predicó con tal firmeza, que fué por ella crucificado en el Gólgota, donde expiró pidiendo por sus victimarios.

Creo que más útil que negar la existencia de Jesús habría sido una campaña para tratar de expurgar los Evangelios de sus mitos y contradicciones a fin de salvar para la

historia la verdadera doctrina de Jesús. Afirma Hume que «si queremos conocer la historia antigua tendremos que borrar de sus páginas lo de sobrenatural que contiene». El medio de eliminar las contradicciones, en lo posible, ya nos lo dió Mommsen, aplicando ante la igualdad de posibilidad la ley de la mayoría, como vimos. Emil Ludwig, tras un extenso estudio en la materia, llega a la siguiente conclusión: «La mayor parte de las contradicciones en los Evangelios proviene del desorden en que éstos fueron escritos. Ordénenseles psicológicamente y ya veremos que son lógicos. Es entonces que comenzaremos a comprender también la verdadera vida de Jesús.» Si procedemos de esta manera veremos que en el fondo de los Evangelios brilla un oro tan puro, que sería un crimen desecharlo tan sólo porque allí, como en la mina, esté completamente virgen; esto es, mezclado con el cuarzo, impuro. Libremos, pues, a los Evangelios de sus mitos y de sus contradicciones para que podamos reconocer su verdadero valor. Emil Ludwig ha tenido gran éxito al ordenar psicológicamente los Evangelios para hacerlos entrar en la literatura. Falta ahora quien los ordene psicológicamente para la historia y particularmente para la filosofía. Será entonces que podremos llegar a saber quién fué verdaderamente Jesús.



# El arma del despotismo

*Julio Senador Gómez*

En la historia económica del Continente podría representarse la del pueblo español bajo la figura de un gigante derribado que inútilmente tratara de conservar sus últimas energías aferrándose a la ilusión de una supervivencia imposible mientras toda su sangre fluyera por una tremenda herida que ningún cirujano se aprestase a cerrar, sino, premeditadamente, a hacer más honda cada día.

En esta comparación hay un poco de metáfora. La sangre de un país es su dinero. Por eso se llama «circulación» lo mismo al movimiento del jugo vital que al de moneda o de cosas que lo valgan.

Cuando todo el territorio de un país se reduce a propiedad particular es preciso comprar al contado el derecho de vivir; y quien no pueda pagar en «sangre monetaria», dejando de descansar, tiene que pagar en sangre viva, dejando de comer. Para eso se inventó el impuesto de Consumos.

Nunca ha ocurrido esta desgracia más que a los que viven del trabajo: antiguamente, porque el clero y la nobleza estaban libres de tributación; y hoy, porque en virtud del fenómeno llamado «repercusión de los impuestos» cada clase social les va arrojando sobre la que sigue hasta llegar a quien materialmente no puede oponer resistencia al saqueo.

Así comprenderá el lector las causas originarias de la absoluta ruina y el perpetuo desorden en que se debatió siempre nuestra Hacienda, no obstante sus feroces exacciones, puesto que pretendió siempre nutrirse de los recursos arrancados a los que apenas poseían lo indispensable para subsistir. Es cosa conocida que todo acontecimiento adverso o favorable influye sobre el Presupuesto. Lo extraño es que, a veces, puede influir en forma que escapa a toda previsión.

Cualquiera creería, por ejemplo, que la

pérdida de la escuadra Invencible no costó más vidas que las de los infelices ahogados en los naufragios; y, sin embargo, ha seguido, hasta la fecha, causando estragos mortales en las muchedumbres desvalidas porque, para hacer frente al quebranto financiero consecutivo a la derrota, se estableció el infame impuesto «de millones», hoy llamado «de Consumos», que impunemente continúa destrozando la vitalidad de la nación.

Se gravaron el vino, el aceite, la carne y, en general, todos los artículos de primera necesidad, para obtener la cifra presupuestada de ocho millones de ducados en seis años. Las Cortes lo aceptaron a regañadientes, como un mal transitorio; pero pronto declarado permanente a pesar de la repulsa general.

El rey extrajo a la nobleza un donativo forzoso de cuatro millones de ducados. Todavía encontró quien le prestara novecientos mil y, además, exigió el pago anticipado de las contribuciones de tres años; pero el país, reducido a la última penuria, no pudo dar más que doscientos cincuenta mil. De todo ese dinero, más millón y medio que el Potosí remitió en 1593, por el «quinto» que percibía la corona, no quedaba un solo real en 1595. Felipe II había comenzado a reinar con una Deuda de treinta y cinco millones de ducados. Murió debiendo cien millones.

Lo primero en que pensó su sucesor fue en extender a Vizcaya el impuesto de Consumos; y, no pudiendo triunfar contra la oposición de la Junta de Guernica, emprendió la falsificación de la moneda. Se acuñaron, en piezas de cobre, seis millones, y el Erario ganó tres. Nada más natural, porque poder robar sin miedo a la Guardia civil es un negocio que no tiene quiebras y, por lo mismo, tan atractivo, que se ha seguido practicando hasta la época moderna. Así, cuando

los Gobiernos de la Restauración estafaban al país con las célebres acuñaciones de plata que duraron hasta la prohibición de don Angel Urzáiz, no faltó economista de semanarios ilustrados que ponderara los «saneados beneficios» del Tesoro en esta operación.

Con motivo de la otra a que nos referimos, todo el cobre de Europa se abatió sobre España, donde circulaba por doble valor; y, a causa de este nuevo desastre para un país que por la misma moneda debía dar doble trabajo, vino una disminución correlativa de las rentas públicas. ¿Dónde procurarse entonces más dinero sino a costa del pan del pueblo, como siempre?

Se recargó, por consiguiente, la contribución «de millones», comprobándose enseguida que no cubría los gastos de recaudación, y como según la lógica de los gobernantes conviene disparar dos cañonazos cuando no alcanza uno, vuelve a recargarse en 160 el tributo «de millones».

En 1610, las rentas españolas ascendían a 15.648.000 ducados. Estaban empeñados 8.308.500. Se debía a los genoveses, incluyendo lo que anticiparon para movilizar a Invencible, 1.002.147. Quedaban líquidos unos tres millones para las atenciones de un enorme Imperio. No es extraño que, en reinados sucesivos, fuera necesario salir a mendigar oficialmente por las casas madrileñas limosnas de un mínimo de cincuenta reales para mantener al rey. Por ahí puede conjeturarse la prosperidad de los súbditos.

Como aun quedaban fuera del impuesto de seis reales por quintal de sosa purificada, con lo que se hace casi imposible la fabricación de jabones.

En 1631, se establece la redención a metálico. Eximirse del servicio militar costaba 3.600 reales. Además, se declaran Monopolios reales el tabaco, el salitre, la pólvora, el plomo, los naipes, el azufre, el arsénico, el lacre, la pimienta, la goma arábiga y el aguardiente. Una fanega de sal, que valía anteriormente 30 reales, se vendía después a 321.

Por la permanencia del déficit se inventa, en 1637, el tributo del «papel sellado» y enseguida se recarga la alcabala en una mitad, pasando al quince por ciento el gravamen sobre todas las cosas vendibles. Para el pago de alcabalas y millones se concertaban las ciudades por una suma fija llamada, como ahora, encabezamiento. Otra forma de bar-

barie que dura, sin modificación, desde hace tres siglos.

Ningún dinero bastaba. Era preciso gravar con nuevas socaliñas el impuesto «de millones» y, en 1642, se establece el de «fiel medido», a razón de cuatro maravedises por arroba de vino, vinagre y aceite. En 1649 se imponen otros cuatro maravedises por libra de jabón; y en 1650, no encontrándose ya nada sobre que establecer nuevos tributos, se imponen dos maravedises ¡por cada libra de nieve! que se vendiera en Madrid. Además, vuelven a recargarse «los millones» sobre todas las especies y, en 1665, se aumenta en un dos por ciento los derechos de Aduana por importación y exportación.

En 1667 se imponen cien ducados por cada coche de mulas, 50 por los de dos, y 15 por cada mula de montar.

Los villanos de los pueblos seguían pagando, desde tiempo inmemorial, la «moneda forera», equivalente a ocho maravedises por cabeza cada siete años. Ahora compare el lector. El impuesto «de millones» se llama hoy de Consumos. La antigua alcabala es el moderno impuesto sobre cifra de ventas y sobre Derechos reales. Subsisten la redención a metálico —hoy la cuota—, los impuestos por Timbre, Aduana, pesas y medidas, rentas estancadas y hasta el de moneda forera, reemplazado actualmente por la cédula personal. Subsisten, con uno u otro nombre, todos los impuestos absurdos y afrentosos exigidos en tiempos de los Austrias y que omitimos por no alargar la relación. Aquí es donde más falta hacía la Revolución; pero parece que todavía no se piensa en ella, aunque sería, para el nuevo régimen, la mayor garantía de permanencia y estabilidad.

---

## El Estado y la libertad

---

Emilio Castelar

... Los socialistas, como los absolutistas, creen que el Estado es la misma sociedad. Por eso creen que el Estado va a resolver el problema social. Pues bien, nosotros creemos que el problema social se resolverá por la moral, por la ciencia, por el trabajo, por la industria; y como el Estado no es ni la moral, ni la ciencia, ni la industria, ni el trabajo, negamos radicalmente al Estado capacidad para resolver el problema social; ni aun derecho para intentarlo, si ha de sacrificar un átomo de libertad humana...

# La eugénica y el problema social

Andrés Lorulot

## ¿Qué es la eugénica?

La ciencia *eugénica* —que está particularmente desarrollada en los países anglosajones— es aún muy poco cultivada en las naciones latinas.

*Eugénica* proviene del griego *Eugenés*, que significa *bien nacido*. Es la ciencia del *buen nacer*; el estudio de los agentes de naturaleza social que mejoran —o que, al contrario, alteran— las cualidades nativas, tanto físicas como mentales, de la raza.

Es preciso reconocer que nuestra raza está en plena decadencia intelectual, física y también... moral.

El Ministerio de la Guerra francés señaló últimamente una crisis alarmante en el vigor físico entre los reclutas ingresados ha poco. Las Juntas de revisión pueden mostrarse severas y eliminar la mitad —50 %— de los jóvenes que comparecen ante ellas, pero los que son declarados *útiles para el servicio* no brillan por su salud corporal. Incluso se pretende que los primeros fracasos de la campaña del Rif, deben imputarse a esta debilidad física. Se dice que los jóvenes soldados franceses hacían un papel muy reducido ante los rudos montañeses marroquíes.

Por otra parte, los estudiantes reclamaron ruidosamente hace poco tiempo contra la severidad de los catedráticos y el gran número de fracasos registrados en los exámenes. Los examinadores incriminados han contestado —y la explicación parece bastante fundada— que el nivel intelectual de los estudiantes había bajado considerablemente.

Todo esto, en su mayor parte, es obra de la guerra.

Los años pasados en la inquietud, en las privaciones, en la locura guerrera, han hecho regresar a la Humanidad.

Si queremos ganar el terreno perdido, si queremos que nuestras razas occidentales, ya usadas y fatigadas por siglos de ardiente actividad —y por innumerables errores y tonterías— puedan recobrase y subir nuevamente la pendiente, que de lo contrario les conduciría a la nada, es necesario que tomemos inmediatamente las enérgicas medidas que se imponen.

Pero para ello es preciso oponer a la política de guerra, de egoísmo y de aplastamiento, otra de paz y de humanidad. ¿Será posible?

Sería igualmente necesario reformar los métodos pedagógicos y suprimir los programas. Antes se cultivaba el cuerpo en detrimento del espíritu. Hoy se hace lo contrario: se cultiva el espíritu —¡y de qué forma!— en perjuicio del cuerpo. La verdad está a la mitad del camino entre estos dos extremos. Es preciso desarrollar la inteligencia, fortificando al mismo tiempo la salud física. Lograremos así ver menos muchachos con la columna vertebral desviada, menos miopes, menos tuberculosos.

En París mueren millares de recién nacidos, de los cuales la mayoría podrían ser salvados. La leche adulterada, por sí sola, causa verdaderas hecatombes en los bebés. Para enriquecerse hay grandes lecherías que no vacilan en adulterar la leche que venden a la población. Recientemente, una importante Sociedad lechera (¡proveedora de los Hospitales!) fué condenada ligeramente por haber vendido varios miles de litros de leche más o menos traficada y contaminada. Cuando se trata de defender la salud pública podrían los Tribunales actuar con un poco más de energía. Pero la injusticia de la Justicia es ya un cuento viejo.

Constatamos la misma benignidad e in-

cia cuando se trata de instalar Casas de ex-  
pósitos y agenciar Maternidades verdadera-  
mente detestables, cuando deberían ser am-  
plias, confortables y provistas de material  
moderno.

«Los hospitales son tan defectuosos —es-  
cribe el doctor Variot— que el 60 % de los  
niños criados en los asilos mueren.»

En lugar de predicar la *repoblación* ciega,  
sería mucho mejor esparcir la luz en las cla-  
ses pobres y educarlas, poniéndolas frente a  
frente con su responsabilidad humana. Na-  
da hay más grave que dar vida a un hijo que  
no ha pedido nacer, y con el cual nos expone-  
mos a hacer un desgraciado, o tal vez un  
criminal.

«El criador de carneros procura perfeccio-  
nar la raza de éstos a fin de obtener la mejor  
lana y los más buenos ejemplares. Sabe por  
experiencia que debe eliminar los elemen-  
tos menos buenos, pues si deja un enfermo  
en el rebaño, su contacto afectará más o  
menos a los mejores individuos. El que cría  
caballos y quiere tener ejemplares de pura  
sangre, cuida de que sus sementales no se  
mezclen y procura que éstos tengan el peso  
y la forma requeridos para dar una progenie  
perfecta.» (Doctor Hanish.) Estos cuidados  
que se tienen con los animales no rezan entre  
los hombres, donde nada de esto se tiene  
en cuenta. El mismo criador de caballos o  
carneros, por un ilogismo singular, no piensa  
ni un instante que podría poner en práctica,  
para crear una descendencia de buena cali-  
dad, los principios que tan excelentes  
resultados le dan en su dominio profe-  
sional.

Vivimos, lector amigo, en el reino del *caco-  
genismo*, de la reproducción al azar e inco-  
herente.

Los mismos animales son más razonables  
que los hombres. De ellos pueden citarse  
ejemplos típicos: Una gallina que tenía va-  
rios polluelos enfermizos y sin vitalidad, los  
abandonó, marchándose con los sanos.

El cerdo mata a menudo sus lechones. Y  
no es nada raro en el gato. La hembra del  
cocodrilo devora algunas veces a sus peque-  
ños si salen deformes, exactamente igual que  
hacen las hembras de los ratones si se les  
estropea el nido.

Cunisset Carnoi explicó en *Le Temps* el  
caso de una perra que amaba y acariciaba  
mucho a su pequeño, pero que, sin embar-  
go, lo mató al apercibirse de que estaba gra-  
vemente herido (se había caído de gran altu-

ra, rompiéndose la columna vertebral, y no  
podía moverse). Lo cogió por la piel del  
cuello, le sacudió violentamente dos veces y  
le partió la cabeza.

El instinto maternal mismo, cuando es  
consciente de su misión, se rebela contra la  
procreación numerosa hecha al azar o al ca-  
pricho del macho.

Todos los esfuerzos intentados para mejo-  
rar a los individuos y crear individualidades  
conscientes, fuertes e inteligentes serán nu-  
los si olvidamos la eugenesia y, sobre todo,  
la profilaxia antes del nacimiento.

«En realidad, esta profilaxia debería em-  
pezar mucho antes del nacimiento y tener  
en cuenta los estados *psicasténicos*, es decir,  
de la herencia. Sería imprescindible hacer  
que los individuos comprendiesen lo peli-  
groso de las uniones entre personas taradas:  
sifilíticas, neurópatas, alcohólicas, etc... Creo  
que mis lectores comprenderán fácilmente  
que no es necesario buscar ante todo el au-  
mento numérico de la población, sino que  
es preciso en primer lugar preocuparse por  
su calidad, y que es muy peligroso llenar un  
país con un número creciente de neuropáti-  
cos y débiles.» (1).

Y ¿qué diremos de los malos padres? Pia-  
doso calvario el de la infancia desarmada,  
entregada a los tratos brutales y a las sevi-  
cias de seres desnaturalizados que les tortu-  
ran y les matan lentamente... La justicia  
—además de ser poco justa y de no preocu-  
parse de estas cosas— sería casi impotente  
para castigar a estos odiosos criminales. ¿No  
sería mejor que estos monstruos se abstuvie-  
sen de procrear?

El conocimiento de los medios anticoncep-  
cionales, ¿impediría toda procreación? Creo  
que no. Porque el instinto maternal es inhe-  
rente al corazón de la mujer. Esta sólo con-  
siente en ahogar esta voz cuando se trata de  
casos de verdadera gravedad. Una organiza-  
ción social mejor, una educación más esme-  
rada y profunda de ambos sexos, permitiría  
mejorar considerablemente la *calidad* de  
las nuevas generaciones. Y es bien sabido  
que la calidad vale siempre más que la  
cantidad.

Reflexionad sobre este ejemplo: Una mu-  
jer perfectamente sana, a la que nada impi-  
diese los embarazos —y sabiendo que la  
menstruación dura alrededor de treinta

(1) Doctor Pierre Janet, *Les obsesions et la psy-  
chastenis*. París, 1903.

años— podría procrear de 20 a 25 hijos (1). Su vida entera estaría absorbida por los partos sucesivos; se vería privada de todos los placeres y se encontraría prematuramente gastada y envejecida. Y, desde el punto de vista nacional, ¿qué harían con estos niños? Sería necesario provocar continuas guerras para suprimir todo el exceso de población. ¡Bonita civilización!

«Cosa extraordinaria e inaudita hasta el presente; de todos los instintos naturales del hombre, sólo hay uno que no ha sido civilizado: es el de reproducción. Como quiera que los instintos tienen como fin la conservación del individuo, todos se han refinado poco o mucho —más bien poco que mucho— pero se han hecho esfuerzos para guiarlos, para refrenarlos, se ha enseñado al niño a comer y a beber bien, es decir, a no comer ni beber demasiado. Nos hemos esforzado y nos esforzamos aún para hacerle comprender que hay alimentos sólidos y líquidos que no son saludables.

«¿Qué se ha hecho para civilizar el instinto de reproducción? Absolutamente nada. Este instinto, el más poderoso de todos y no temo decir que también el más noble, ya que es la salvación de la especie, puesto que tiene como misión asegurar su conservación, no ha sido tomado en cuenta para nada. Se le ha decorado con este hermoso nombre de amor y se le deja obrar como un inconsciente, como un loco, es decir, como un criminal a menudo.

«...La selección natural ha desaparecido,

(1) Sin hablar de los casos de gemelismo que, según parece, son manifestaciones de degeneración; lo cual no impide que los periódicos se extasién diariamente ante el nacimiento de tres o cuatro gemelos.

por así decirlo, como lo constata justamente mi amigo Charles Richelet, cuando dice: «Muchas jóvenes, feas y casi deformes, encuentran marido porque son ricas. Hombres viejos, mal hechos y torpes, se procuran bellas esposas porque tienen una posición asegurada. ¡Ay! la preocupación por tener descendientes hermosos, robustos e inteligentes no es nunca la finalidad de los casamientos. La civilización que ha trabajado (?) tanto por el progreso del individuo, nos conduce fatalmente a la degradación de la especie y, por lo tanto, a la del mismo individuo...» (Doctor Picard, de la Academia de Medicina, de París.)

Sí, es preciso decirlo claramente: la desigualdad económica favorece la selección al revés.

El hijo del millonario, degenerado e idiota, se verá colmado de cuidados y rodeado de un lujo costosísimo —lo cual no le impedirá morir, o si subsiste, continuar siendo también un depravado o un inmoral. (Muchos más ejemplos podría citar.)

Y, mientras tanto, el proletario habrá procreado quizá —no siempre— un hijo sano y robusto, el cual llegará a enfermar porque sus padres no tienen tiempo suficiente para ocuparse de él o porque le falta lo necesario.

La injusticia social, basada en los privilegios del dinero, conduce a la degradación de la especie.

Sólo una procreación cuidada y sana podrá proporcionar a la sociedad los individuos fuertes de cuerpo e intelecto que la llevarán a un mundo mejor.



# La «Escuela de la Nueva Oportunidad»

María Lacerda de Mouca

En uno de los números del periódico *O Combate*, aparecido en agosto de 1928, encuentro, al releerlo, que dos asuntos, aparentemente distintos, tratados en la primera y última página, se complementan y unifican de una manera admirable.

La «Escuela de la Nueva Oportunidad» es un gran establecimiento de Nueva York destinado a la reeducación de mutilados, proporcionándoles medios para ganarse el sustento sin recurrir a la humillación ni al recurso extremo de la limosna, pomposamente calificada de pública caridad; de esta suerte se pretende evitar que esos seres desgraciados sean una carga para los demás y que engrosen el número crecidísimo de la falange que forma el parasitismo social.

El articulista de *O Combate*, después de estudiar detenidamente la institución, concluye: «En resumen, esta «Escuela de la Nueva Oportunidad» ofrece a los alumnos: la oportunidad de aprender una profesión y de proporcionarse empleo; la facilidad de adquirir un miembro artificial a precio de coste y la posibilidad de allegar recursos a aquellos mutilados que no pueden salir de su casa para ganarse la vida en una oficina o taller. Y, sobre todo, proporciona la satisfacción y la fuerza moral de poder decir: «Es cierto que soy un lisiado, pero no constituyo una carga para mi familia o para la sociedad, porque gano honradamente mi vida...»

El periodismo popular moderno, pletórico de grabados, al igual que los anuncios luminosos comerciales o que la propaganda de candidaturas políticas, tiene que variar los clisés y el colorido... El diario viene a ser el libro de lectura de los niños mayores: sin «figuras» o «santos» no impresiona, no interesa al público, al «¡lector!». Por esto, con miras sensacionalistas, hallo en el precitado

número de *O Combate*, y en última página, una información acerca de algunos militares rusos, de los restos del Cuerpo de Cosacos del Don.

No es necesario que recuerde a mis lectores la vida de los cosacos, agrupados en «voiskos» y al mando de un jefe llamado «ataman», «atman» o «hetman», los cuales servían en la caballería, y, en caso de movilización general, proporcionaban «sotnias» o escuadrones; aunque también formaron parte de algunos batallones de infantería y de no pocas baterías de artillería montada.

Los «voiskos» más célebres e importantes fueron los del Don. Formaban la escolta de Catalina II, la cual dejó un retrato que se ha hecho célebre, en el cual ostenta el uniforme del regimiento por ella creado. Pablo I concedió al mencionado regimiento autorización para ostentar la cruz de Malta color frambuesa, y Alejandro I escogió su escolta particular de entre los cosacos del Don, los cuales constituyeron, asimismo, la guardia imperial del zar Nicolás.

En el grueso de las tropas que combatieron a Napoleón figuraban nutridas representaciones de los cosacos, los cuales obtuvieron brillante apoteosis en la vida fastuosa del periclitado imperio ruso. Miraban al pueblo con marcado desprecio, cual si fueran ellos los representantes de una raza superior y como si la muchedumbre civil fuese algo despreciable a la que había que tratar con toda dureza; su orgullo se alimentaba en el espíritu de casta doblemente jerárquico: eran militares y formaban parte de la corte.

Pero llegó la Revolución rusa. Después de la derrota del ejército de Wrangel, los últimos soldados y oficiales cosacos del Don abandonaron la Crimea, acampando en Lemnos, y, en 1921, se trasladaron a Servia, en

donde se convirtieron en leñadores, según el testimonio del escritor ruso Dimitri Novik y del de George Oudart. Más tarde, trabajaron en la construcción de una línea férrea en Bosnia.

De ahí marcharon a Francia, en cuyo país trabajaron en cierta fábrica de Aveyron. Luego se instalaron en París, en cuya urbe ocupanse en la carga y descarga de vagones de ferrocarril desde hace unos seis años. Son ochenta soldados, célibes todos, quienes viven, como en su cuartel de Rusia, en un barracón, prolongando, de esta suerte, la ilusión de otros tiempos de fausto militar imperialista.

Guardan cariñosamente sus arreos: armas, uniformes de gala, fotografías, banderas, objetos de arte, recuerdos de la corte famosa, reliquias todas salvadas de la gran hecatombe revolucionaria. Dentro del barracón militar respírase el contagioso ambiente marcial, pero en las horas de reposo ejecutan música regional y las tradicionales danzas rusas, las danzas de los cosacos, los bailes eslavos tan característicos y llenos de nostalgia, plétóricos de espiritualidad y misticismo.

Y aquellos ex oficiales, mundanos, parasitarios, ociosos, brutales en su jerarquía social, hanse transformado en obreros, en cargadores y faquines numerados, prefiriendo esa libertad, semejante profesión independiente, a toda otra labor, puesto que, así, imaginan conservar los restos de su antigua nobleza de soldados de la guardia imperial...

Por cierto que tal actitud, aunque se asiente sobre una falsa base, tuvo la virtualidad de tornarlos realmente nobles, puesto que la única nobleza, la sola hidalguía está en poder del individuo que se basta a sí mismo en la manutención y subsistencia, dando elasticidad a los músculos y fortaleciendo el carácter, virilidad adquirida en la conciencia de sí propio como individuo, como ser humano destinado a contribuir a la estabilización del bienestar del prójimo, adquirido en el brío de un trabajo manual necesario para la armonía del todo social, el trabajo manual que eleva al hombre y a la mujer por encima de cualquier jerarquía de clase o de privilegios odiosos.

Si las manos, otrora aristocráticamente cuidadas, encallecieron en la ruda faena del leñador, las conciencias de esos hombres deben haberse sentido aliviadas al sustituir, por un trabajo manual útil, el oficio parasitario y criminoso de la escuela militar, cuyo pro-

grama es la ciencia de matar y cuyos métodos tienen por base la destrucción, el pillaje y el saqueo.

Si el principio en torno al cual se agrupan es un principio falso: bandera, hidalguía militar u orgullo de casta guerrera despótica, el concepto de patria, la nostalgia del antiguo fausto de un imperio brillante, pero en sumo grado criminal, en compensación, la consecuencia de este gesto de algunos individuos que son capaces de llenar sus horas ociosas y muelles con el trabajo honrado de maletero o cargador, la consecuencia de esos hombres redimidos por el trabajo manual, necesario para el bien de la colectividad, es un admirable ejemplo de valor, tenacidad, nobleza y del sentimiento de dignidad humana.

No es, pues, preciso ser mutilado para llegar a semejante resultado. No es indispensable hallarse físicamente impedido para alcanzar una tal realización. Tampoco es necesaria la guerra para demostrar que los mutilados pueden reeducarse ni para poner en evidencia la habilidad de los cirujanos y científicos en las operaciones de reconstrucción de los órganos deteriorados por la brutalidad de los campos de batalla. Mejor sería que los hombres se conservaran perfectos —como objetores de conciencia—, negándose a empuñar las armas.



# Factores de la economía capitalista y condiciones de la economía socializada

D. A. de Santillán

El principio de toda economía, la esencia de lo económico, leeréis en cualquier Manual de esta ciencia, consiste en obtener el efecto relativamente mayor con el gasto (sacrificio) relativamente menor.

Y si no hubiese más argumentos, el propio argumento económico puro bastaría para combatir y rechazar la ordenación actual del capitalismo. No implica ya esta forma económica la obtención del mayor efecto con el menor gasto; al contrario, el derroche es formidable, el aprovechamiento de los recursos de la Naturaleza, del trabajo, de la técnica y de la ciencia son ínfimos.

Detallemos un poco.

Los factores de la producción son éstos:

1.º La Naturaleza, que proporciona al hombre las materias primas y ciertas fuerzas naturales.

2.º El trabajo humano, manual e intelectual.

3.º El instrumento, que multiplica el trabajo del hombre (algunos economistas denominan a este último factor capital).

El capitalismo no aprovecha siquiera los recursos posibles del primer factor; por doquiera se observan tierras incultas, caídas de agua sin utilización. En la Argentina, de 80 millones de hectáreas aptas para el cultivo de cereales, apenas se aprovechan 25 millones; los grandes saltos de agua del Iguazú, Apípe, Salto Grande, etc., no se industrializan porque no conviene a las cuatro grandes empresas de la electricidad, que se llevan todos los años, en intereses y amortizaciones, más de 100 millones de pesos.

En cuanto al trabajo humano, intelectual y manual, no hace falta demostrar que no es utilizado ni en el 50 % de su existencia por el régimen económico vigente. Existen en el mundo varias decenas de millones de obreros sin trabajo; ambulan los técnicos sin empleo, los sabios se mueren también de hambre. Sólo una ínfima minoría de técnicos y de sabios consigue vender su fuerza de trabajo a los potentados del régimen capitalista. Se desaprovecha aquí una fuente inmensa de riqueza: el trabajo manual, el trabajo intelectual (ciencia y técnica), cada día más despreciados.

También se sabe que el tercer factor, el instrumental, la técnica, trabaja muy por debajo de su capacidad de rendimiento. Se han instalado mecanismos prodigiosos; se podrían instalar otros superiores aún. Pero lo vemos moverse apenas unas horas al día o unos días a la semana. Se ha calculado que la industria norteamericana, trabajando plenamente, en toda su capacidad de producción, estaría en condiciones de surtir en productos industriales a todos los mercados del mundo. La tercera parte del tonelaje de la Marina mercante está paralizada. Los economistas del capitalismo, los hombres de Estado, las Conferencias de expertos, todas las fuerzas del conservatismo social y político se esfuerzan por hallar una salida a ese mal. Nada se ha hecho hasta aquí, nada ha sido posible hacer contra su empeoramiento incesante.

Lo único que sabemos es que si la paralización industrial, si el aprovechamiento del aparato técnico ha ido decreciendo en los úl-

timos años, todas las perspectivas indican que el decrecimiento será mayor todavía en los que vienen.

Se constata, pues, que el capitalismo no aprovecha los tres factores de la producción sino en porcentajes a veces inferiores a un cincuenta por ciento; no aprovecha la tierra y las fuerzas naturales; no aprovecha al hombre como obrero, como técnico y como científico; no aprovecha el instrumental mecánico existente y el posible. Por consiguiente, no es un régimen viable; lo fué cuando pudo extraer de esos tres factores el máximo de rendimiento; hoy, a causa de sus contradicciones, se ve condenado a batirse en retirada, a disminuir sus áreas de siembra, a restringir el número del personal en sus fábricas, a pasarse sin millares y millares de técnicos y de sabios; a reducir la capacidad productiva de su industria.

No se salga, si se quiere, de ese terreno puramente económico, y dígasenos en nombre de qué principios puede defenderse la existencia del «orden» en que vivimos todavía.

\* \* \*

Una empresa capitalista cualquiera implica, por ejemplo, una explotación agrícola, los siguientes desembolsos:

- 1.º La renta de la tierra;
- 2.º El interés del capital;
- 3.º El salario de los obreros;
- 4.º El beneficio del empresario, y
- 5.º La defensa estatal de la propiedad privada.

El kilo de pan que os lleváis a la boca está gravado con la parte que se lleva el propietario de la tierra, con la que se lleva el interés del capital invertido en la empresa, con el salario de los obreros, con la ganancia o beneficio del empresario y con la defensa estatal de la propiedad privada.

Hemos visto que los factores de la producción, son tres: la tierra, el trabajo humano y el instrumental, que multiplica el esfuerzo del hombre.

Una economía socializada no tiene en cuenta más que esos tres factores. El pan que consumiréis en ella no estará gravado más que con el trabajo humano y con el empleo del instrumental técnico. Desaparece la renta del propietario, desaparece el interés del capital, desaparece el beneficio del empresario, desaparece la defensa estatal de la propiedad privada.

Nadie puede decirnos que la moneda, el gran dios de la economía capitalista, es un factor productivo, nadie puede asegurar que el propietario particular es una fuerza necesaria para la producción; nadie se atreverá a sostener que los trigos no crecen sin registros de propiedad y sin gendarmes.

Ahora bien; piénsese lo que será una economía en donde todos los factores parasitarios interpuestos por el hombre y por su régimen nefasto de la propiedad privada hayan sido suprimidos, en donde sobre la producción no habrá más que productores y aquellas partes de consumidores que tienen derecho natural a la existencia sin aporte previo de su fuerza de trabajo: los niños, los ancianos, los enfermos.

J. Stuart Mill ha escrito: «Yo no reconozco justo un estado de sociedad donde hay una clase que no trabaja, donde existen seres humanos que, sin haber adquirido el derecho al descanso con el trabajo precedente, son dispensados de participar en la labor que incumbe a la especie humana.» Tiene toda la razón Stuart Mill; sólo que falla en cuanto a los medios para forzar al trabajo a quienes los privilegios actuales eximen de él.

Nosotros creemos también que una sociedad tal no tiene derecho a existir y propiciamos su transformación.

Queremos una economía socializada, en donde la tierra, las fábricas, las viviendas, los medios de transporte cesen de ser monopolio particular y pasen a ser propiedad colectiva, de la comunidad entera.

Ese cambio del régimen de la propiedad implica una ordenación enteramente diferente de la vida económica. La dirección de la industria está en manos de los empresarios, de los capitalistas. Técnicamente son inferiores a los ingenieros y a los obreros. Pero los empresarios están sometidos a las grandes potencias financieras y, en realidad, son los banqueros los que dirigen toda la vida económica contemporánea. Lo que para sus cálculos no es rentitivo no debe hacerse. Y el derecho a la vida se ha puesto cada vez más en contraste con los intereses particulares de los financieros.

La nueva economía socializada estará en manos de los obreros y de los técnicos y no tendrá otra finalidad que la de satisfacer necesidades. La población no estará en ella como un mercado, las gentes no habrán sido hechas para comprar los productos, sino que

los productos se habrán elaborado para satisfacer las necesidades de las gentes.

Con razón dicen los tecnócratas: «Cualquier sistema de organización social proyectado para utilizar nuestros recursos y habilidades en condiciones de seguridad, ofrecido por la ciencia en nombre de la técnica, supondrá la prohibición del sistema de precios... La tecnocracia tiene por evidente que los financieros, los industriales y los políticos han perdido por completo el control de la máquina económica, que marcha a tontas y a locas, y les lleva a ellos y a masas del pueblo al caos y al desastre...» (Allen Raymond: *¿Qué es la tecnocracia?* Edición española, página 62.)

La valoración pecuniaria de las cosas debe dejar su puesto al consumo, de acuerdo a las posibilidades del nivel de vida total. Con la valoración pecuniaria desaparece esa potencia

monstruosa y absorbente, enteramente parasitaria, del mundo de las finanzas, de las deudas públicas, de las cargas improductivas: desaparece la esclavitud del salario y sus floraciones: el interés, la renta y el beneficio. Volveremos a la economía del sentido común, la que sabrá producir riquezas mediante los tres factores esenciales de la economía: la tierra y las fuerzas naturales, el trabajo del hombre y el instrumental que multiplica el esfuerzo humano.

Del aprovechamiento máximo de esos tres factores dependerá el *standard* de vida del futuro, lo que quiere decir que estará en nuestras manos y en nuestra voluntad la realización del bienestar y de la felicidad en este mundo.



# Defensa de oficio

Angel Samblancat

Señores togados: Dejaré a un lado los gerundios —considerando, resultando—, las palabras de cinco sílabas y los latines que se han inventado para embrollar el estilo y para que la gente no se entienda. Y hablaré a la pata la llana.

Voy a tratar de exculpar al pobre diablo que accidentalmente se sienta en el banquillo con razones que os van a hacer reír, que os van a llenar de compasión, no hacia el desventurado en cuyo favor se esgrimen, sino hacia el letrado que las alega.

Tened presente que yo soy un licenciado y bachiller hecho a puñetazos, y que en cuanto abro un Código blasfemo y bostezo, caigo en un soponcio, en un letargo, en un marasmo que me dura quince días. A mí, para pasto espiritual, denme ustedes cuentos, epigramas, *pamphlets* y demás amena literatura.

Con lógica de poeta y artista, pues, de creador entrañable, y no con sofismas de rábula de corazón sequizo, os voy a convencer de que habéis de absolver a mi patrocinado. Y que lo absolveréis no me cabe duda, porque, de lo contrario, pensaría que debajo de vuestro bonete o birrete no reina más que el vacío y que, como el clero, os vestís de negro porque tenéis el alma del mismo color del traje con que os disfrazáis.

Mirad al hombre a quien el fiscal acusa de ser un criminal terrible y a quien parece que quiera exigirle las responsabilidades de Annual por haber sido sorprendido desenchufando una bombilla en una escalera.

¿Creéis que en el rostro de ese paria se aprecia otra nota degenerativa, otros estigmas y otras huellas que las del hambre, que ha torturado toda su existencia?

El alma en pena que ahí veis no hace cara más que de sufrimiento. Está canijo y traspillado, pero sus facciones son armónicas. Tiene rasgos de eccehomo, faz doliente y espectral de nazareno. El señor fiscal es

mucho más feo que él. Su oficio de mastín de la ley, de perro de presa de la sociedad, le ha desarrollado las quijadas hasta un punto que mete miedo.

Mi defendido vive en una barraca hecha con cuatro estacas y unos trozos de arpillera. ¿Qué barbaridades no se le han de ocurrir cuando pasa ante los palacios del Paseo de Gracia? ¿Qué ideas queréis que tenga sobre la propiedad un desheredado de todo, un ente a quien se ha hundido en el abismo de la extrema miseria? Ha de ser por fuerza un concepto muy sumario, muy elemental. En las tinieblas de la cloaca no se piensa igual que en el paraíso de los chalets.

El inculpado es analfabeto y sus ojos tuvieron sed de luz. Y fué a llenar el cántaro donde la había: en una escalera que no tenía portero o cancerbero, una bestia de esas que, cuando ve un pobre, empieza a ladrar y a tirarle bocados a la nalga.

Estamos en la edad de oro de la electricidad, y la alhaja por quien yo abogo quiso seguir las corrientes del siglo, las corrientes enchufistas de nuestra República.

Comprendedle y disculpadle. No por los argumentos que yo he aducido, que no valen una birria, sino porque es de razón, si no de ley. No juzguéis al procesado con criterio de picapleitos. No juzguéis a nadie. Nadie puede juzgar a su hermano. No abráis el libro de las penas, porque en el estatuto de la pena siempre hay diez artículos para ahorcar al que no tiene dinero. No apliquéis la letra de la ley a quien no come. Aplicadle toda la misericordia de vuestras entrañas, toda la caridad de vuestro pecho. Sed indulgentes, porque es contra vosotros mismos y no contra él contra quien vais a fallar. Perdonadle, insisto. Mejor dicho, pedidle perdón. Pidámoselo todos, porque somos nosotros los que le hemos robado a él, los que le hemos asesinado cuerpo y alma.

	En rústica	En tela
<b>Palabras de un rebelde</b> , por Kropotkin ...	1'50	3
<b>Cuentos de Italia</b> , por Máximo Gorki ...	2	3'50
<b>Anissia</b> , por León Tolstoi ...	3	4'50
<b>Problemas trascendentales</b> , por Tárrida del Mármol ...	1'10	
<b>La transformación social de Rusia. Cómo se forja un mundo nuevo</b> , por Máximo Gorki ...	2	3'50
<b>¿Qué hacer?</b> , por León Tolstoi ...	2	3'50
<b>La educación según la Naturaleza</b> , por Daniel L. Coello ...	4	
<b>Poetas y literatos franceses</b> , por Pedro R. Piller (Gastón Leval) ...	3	
<b>Infancia en cruz</b> , por Pedro R. Piller (Gastón Leval) ...	3	4'50
<b>La esfinge roja</b> , por Han Ryner ...	3	4'50
<b>¿También América!</b> , por Campio Carpio ...	4	
<b>La montaña</b> , por Elíseo Reclus ...	2	3'50
<b>El arroyo</b> , por Elíseo Reclus ...	2	3'50
<b>Evolución y revolución</b> , por Elíseo Reclus ...	1'50	3
<b>El calvario</b> , por Octavio Mirbeau ...	2	3'50
<b>El imperio de la muerte</b> , por Vladimiro Korolenko ...	2	3'50
<b>El dolor universal</b> , por Sebastián Faure ...	3	4'50
<b>La Ética, la Revolución y el Estado</b> , por Pedro Kropotkin ...	2	3'50
<b>Los hermanos Karamazow</b> , por Fedor Dostoiewski. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas ...	3	4'50
<b>La vida trágica de los trabajadores</b> , por el doctor Feydoux ...	3'50	3'50
<b>Ideario</b> , por Enrique Malatesta. Un tomo de 224 páginas ...	2	3'50
<b>Crítica revolucionaria</b> , por Luis Fabbri ...	2	3'50
<b>Ideología y táctica del proletariado moderno</b> , por Rudolf Rocker ...	3	4'50
<b>Los cardos del Baragán</b> , por Panait Istrati ...	2	3'50
<b>La Religión al alcance de todos</b> , por R. H. de Ibarreta ...	2	3'50
<b>Las ruinas de Palmira</b> , por el Conde de Volney ...	2	3'50
<b>La Internacional Pacifista</b> , por Eugen Relgis ...	1	
<b>Albores</b> , por Albano Rosell ...	3	4'50
<b>Problemas económicos de la revolución social española</b> , por Gastón Leval ...	3	4'50
<b>La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico</b> , por Pierre Ramus ...	3'50	
<b>La Inquisición en España</b> (ilustrada con diecinueve láminas) ...	1	
<b>El sacrilego</b> , por José Sampérez Janín ...	5	
<b>Secretos del Convento</b> , por Sor María Ana de Gracia ...	2	3'50
<b>Sebastián Roch (La Educación jesuítica)</b> , por Octavio Mirbeau ...	2	3'50

#### FOLLETOS FILOSÓFICOS Y SOCIALES

	Plas.
<b>La bancarrota del capitalismo</b> , D. A. Santillán... por el profesor G. F. Nicolai ...	1
<b>Origen y desarrollo del trabajo humano</b> , por el profesor G. F. Nicolai ...	1
<b>Rusia actual y futura</b> , por el profesor G. F. Nicolai ...	1
<b>Los principios humanitaristas</b> , por Eugen Relgis ...	0'30
<b>La propiedad de la tierra</b> , por León Tolstoi ...	0'30
<b>La Iglesia y la libertad</b> , por Lorurot-Desgranges ...	0'40
<b>La prostitución</b> , por Emma Goldmann ...	0'25
<b>La lucha por el pan</b> , por Rudolf Rocker ...	0'50
<b>La libertad y la nueva Constitución española</b> , por Higinio Noja Ruiz ...	0'30

	Plas.
<b>El militarismo y la guerra</b> ...	0'25
<b>La fabricación de armas de guerra</b> , por Rudolf Rocker ...	0'30
<b>Huelga de vientres</b> , por Luis Bulffi ...	0'25
<b>Las fealdades de la Religión</b> , por Han Ryner ...	0'50
<b>Generación voluntaria</b> , por Paul Robin ...	0'25
<b>¿Maravilloso el instinto de los insectos?</b> ...	0'30
<b>Feminismo y sexualidad</b> , por Julio A. Munárriz ...	0'50
<b>Superpoblación y miseria</b> , por Eugenio Lericolais ...	0'40
<b>La virginidad estancada</b> , por Hope Clare ...	0'20
<b>El mareo</b> , por Alejandro Krupín ...	0'50
<b>La tragedia de la emancipación femenina</b> , por Emma Goldmann ...	0'20
<b>Entre campesinos</b> , por E. Malatesta ...	0'35
<b>La filosofía de Ibsen</b> , por Han Ryner ...	0'25
<b>¿Qué es el comunismo libertario?</b> , por Ramón Segarra ...	0'50
<b>El comunismo libertario</b> (Sus posibilidades de realización en España), por Isaac Puente ...	0'40
<b>Maternología y puericultura</b> , por Margarita Nelken ...	0'25
<b>Amor y matrimonio</b> , por Emma Goldmann ...	0'30
<b>El matrimonio</b> , por Elías Reclus ...	0'30
<b>La libertad</b> , por Sebastián Faure ...	0'30
<b>El sindicalismo</b> , por Anselmo Lorenzo ...	0'30
<b>El sindicalismo revolucionario</b> , por V. Grifuelhes ...	0'30
<b>El problema de la tierra</b> , por Henry George ...	0'30
<b>Educación revolucionaria</b> , por C. Cornelissen ...	0'30
<b>Estudios sobre el amor</b> , por José Ingenieros. Segunda edición ...	0'75
<b>El subjetivismo</b> , por Han Ryner ...	1
<b>Juana de Arco, sacrificada por la Iglesia</b> , por Han Ryner ...	0'60
<b>Crainquebille</b> , por Anatole France ...	0'50
<b>La muerte de Oliverio Becaille</b> , por Emilio Zola ...	0'50
<b>Luz de domingo</b> , por Ramón Pérez de Ayala ...	0'50
<b>Infanticida</b> , por Joaquín Dicenta ...	0'50
<b>Urania</b> , por Camilo Flammarion ...	0'50

#### Colección «Ayer, hoy y mañana»

Estos folletos, magníficamente presentados, constituyen una pequeña enciclopedia de gran valor cultural, pues el tema de cada uno de ellos lo forman opiniones cuidadosamente seleccionadas de las figuras más destacadas de la intelectualidad mundial. Van publicados los siguientes:

	Plas.
<b>Pobres y ricos</b> ...	0'30
<b>La política y los políticos</b> ...	0'30
<b>Democracia, sufragio y parlamentarismo</b> ...	0'30
<b>Periodicos y periodistas</b> ...	0'30
<b>Capital, dinero y trabajo</b> ...	0'30
<b>La guerra</b> ...	0'30
<b>La sociedad actual</b> ...	0'30
<b>Criminales, leyes y juzgadores</b> ...	0'30

#### CORRESPONSALES ADMINISTRATIVOS DE «ESTUDIOS»

<b>Barcelona</b> .—Unión de Quiosqueros: Barbará, 12.
<b>Madrid</b> .—Agencia de distribución: Moratín, 49.
<b>Sevilla</b> .—José Romero Luquez: Reyes Católicos: Nuevo Quiosco.
<b>Granada</b> .—Manuel Laguna: Zenete, 15.
<b>Buenos Aires</b> (Argentina).—Fermín Cortés: Uspallata, número 1.757.
<b>Rosario Santa Fe</b> (Argentina).—J. Emilio Núñez: 9 de Julio, núm. 826.
<b>Montevideo</b> (Uruguay).—Emilio Huerta: Maldonado, número 1.051.
<b>Camagüey</b> (Cuba).—Manuel Gaona: Lanceros, 17.

